Col. 522
Top. 201.551

SUR

REVISTA BIMESTRAL

HOMENAJE A EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA

1895 - 1964

VICTORIA OCAMPO: Cortina de alas ● EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: Carta a Victoria Ocampo; Dos capítulos inéditos sobre Martí ● BERNARDO CANAL-FEIJÓO: Los enfermos de patria ● ADOLFO DE OBIETA: Ser, No Ser y Deber Ser de la Argentina ● EUGENIO PUCCIARELLI: La imagen de la Argentina en la obra de Martínez Estrada ● ENRIQUE ANDERSON IMBERT: Martínez Estrada en 1926 ● MARIO A. LANCELOTTI: Martínez Estrada cuentista ● RAÚL VERA OCAMPO: El "Sarmiento" de Martínez Estrada: Un Ensayo de autobiografía ● JAIME REST: Evocación de Martínez Estrada ● ALDO PRIOR: Bibliografía de Martínez Estrada.

CRÓNICAS Y NOTAS

V. O.: Recuerdos sobre recuerdos (Al margen de "Mundo, Mi Casa", de María Rosa Oliver) ● NOTAS BIBLIOGRÁFICAS por Eduardo González Lanuza, María Elena Lasala, Ivonne Bordelois, M. A. L. y Fernando Elenberg.

295

JULIO Y AGOSTO DE 1965

BUENOS AIRES

CORREO ARGENTINO
SUC. 20 (B)
TARIFA REDUCIDA
CONCESION 3291

S1CJ.15.1.2 15

H0008092

SUR

FUNDADA EN 1931
Y DIRIGIDA POR
VICTORIA OCAMPO

●

Redacción y Administración
VIAMONTE 494, 8º piso
T. E. 31-3220
BUENOS AIRES
Secretaria de la Dirección
MARÍA LUISA BASTOS

COMITÉ DE COLABORACIÓN

ERNEST ANSERMET — EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA
ADOLFO BIOY CASARES — RAIMUNDO LIDA
ALBERTO LUIS BIXIO — EDUARDO MALLEA
JORGE LUIS BORGES — FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI
CARLOS ALBERTO ERRO — H. A. MURENA
WALDO FRANK — SILVINA OCAMPO
ALBERTO GIRRI — MARÍA ROSA OLIVER
ALFREDO GONZÁLEZ GARAÑO — ENRIQUE PEZZONI
GUILLERMO DE TORRE

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN

Número suelto . . . . . $ 75.—
Números especiales . . . . $ 100.—

SUSCRIPCIÓN ANUAL

Argentina y países limítrofes:
Anual ..... $ 400.—
Número suelto: $ 75.—

Otros países:
Anual ..... 6 dólares
Número suelto: U$S 1.—

BIBLIOTECA NACIONAL
FECHA - 7 OCT 1998
COLECC Nº 522
Top. 201.551

GRAHAM GREENE

TALLANDO UNA ESTATUA

BIBLIOTECA NACIONAL
COMPRA
Proveedor ALBERTO CASARES
total
Precio $ 12.000
Fecha - 7 OCT 1998

Esta nueva pieza es la dramatización de una obsesión, patética por absurda, trágica por sus consecuencias irreversibles. El personaje —un escultor sin talento— está inspirado en la figura de Benjamin Robert Haydon, que, según palabras de Greene "estaba obsesionado hasta el sacrificio de toda vida personal por los grandes temas bíblicos cuando éstos habían pasado de moda".

Una vez más Graham Greene da muestras de su dominio de las situaciones dramáticas, en las que dosifica con el equilibrio propio del escritor talentoso y avezado la ternura, la farsa y los elementos más trágicamente inapelables que se pueden desentrañar aun de vidas insignificantes o estériles como la del protagonista de esta obra. La tradujo Victoria Ocampo.

VIAMONTE 494 - 8º
T. E. 31-3220

SUR

Acaba de aparecer

DESARROLLO DE LA INDUSTRIA EDITORIAL ARGENTINA

por

EUSTASIO ANTONIO GARCÍA

Esta obra se enviará, *sin cargo* a quienes lo soliciten a:

"Los diversos capítulos de que se compone el libro —'La industria editorial y el desarrollo económico'; 'Evolución histórica de nuestra industria editorial'; 'La edición en su proceso gráfico'; 'La edición en su proceso comercial'; 'Principales aspectos en el desarrollo de la industria' y 'Reflexiones para una política de desarrollo del libro argentino'— son trabajos tan completos, tan apretados de doctrina, tan ricos en documentación que cada uno constituye una sintética monografía sobre la materia."

GONZALO LOSADA

FUNDACIÓN
Interamericana de Bibliotecología
FRANKLIN

Av. LIBERTADOR 1146 Bs. As. R. Argentina

BOOKS ABROAD

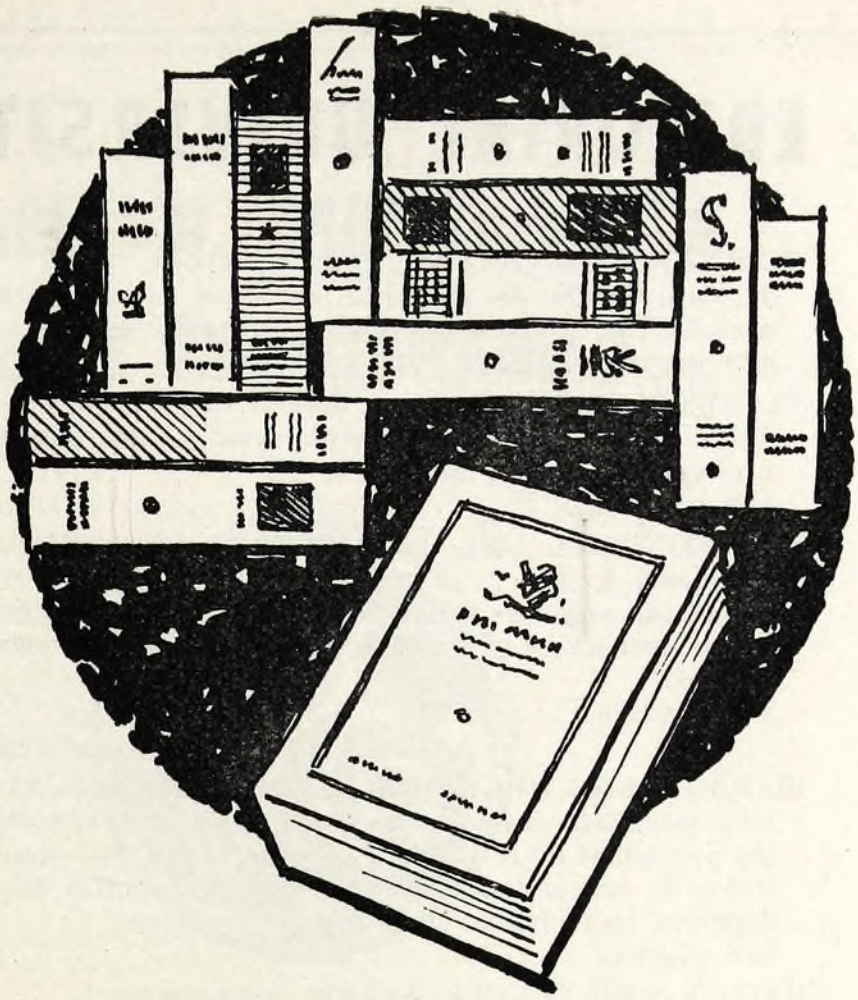
An International Literary Quarterly
Published by the University of Oklahoma

Editor: ROBERT VLACH

Articles and reviews, in English, deal with literary currents and works of living authors from all over the world; new poetry, fiction, drama, and criticism, in every language. Each spring, *Books Abroad* contains selective lists of the best books published around the world during the preceding year, and surveys of different national literatures.

Price: $ 1.25 per copy, $ 4 a year or $ 7 for two years.

University of Oklahoma, Norman, Oklahoma, U.S.A.



Inscríbase
en la

BIBLIOTECA CIRCULANTE

Harrods

80.000 *ejemplares en*
CASTELLANO, FRANCES e INGLES
que incluye las últimas Novedades de la Literatura Universal.

Florida 877 (R. 5)

EDITORIAL UNIVERSITARIA

NOVEDADES

GOBIERNO MUNICIPAL, Efrén Córdoba.
Extenso estudio del gobierno municipal en sus aspectos sociológicos, políticos, históricos y jurídicos.
420 páginas ..... u$s. 3.50

EL SEMBLANTE, Evaristo Ribera Chevremont.
Obra poética de uno de nuestros valores culturales. Con prólogo de Concha Meléndez.
126 páginas ..... u$s. 2.50

LA ECONOMÍA DEL HEMISFERIO OCCIDENTAL, Toynbee, A. J.
Un lúcido análisis de los procesos de cambios internos en las economías y sociedades de los países latinoamericanos.
100 páginas ..... Rústica ..... u$s. 2.00
Encuadernado u$s. 2.50

EL PROBLEMA DEL LIBERALISMO, Francisco Ayala.
Una integrada colección de ensayos sobre la historia y los problemas de la libertad en el presente, que plantea temas de actualidad e interés como la garantía de los derechos individuales en el Estado moderno.
290 páginas ..... u$s. 3.50

MITO Y EXISTENCIA, Ludwig Schajowicz.
Su autor, catedrático de Filosofía de la Universidad de Puerto Rico expone sus ideas sobre el politeísmo griego.
414 páginas ..... u$s. 3.25

ENSAYOS SOBRE SUBVERSIÓN, Héctor A. Murena.
Un análisis profundo y ágil de los problemas de la vida intelectual en el movido mundo de nuestro tiempo.
90 páginas ..... Rústica .. .. u$s. 2.00
Encuadernado u$s. 2.50

ENSAYOS DE ANTROPOLOGÍA POPULAR, Eugenio Fernández Méndez.
La antropología es una de las ciencias más populares de nuestro tiempo, pues se ocupa de temas tan variados como el origen del hombre, la evolución de la cultura, el contacto moderno de pueblos y razas, y la relación entre su personalidad y cultura.
152 páginas ..... u$s. 1.25

PSICOLOGÍA EDUCATIVA, E. Sánchez Hidalgo.
Para el público que desee obtener una visión sintética y autorizada de los métodos de la psicología, en su modalidad norteamericana.
800 páginas ..... Encuadernado u$s. 5.00

Pídalos a su librero o a:

EDITORIAL UNIVERSITARIA

APARTADO X, UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

¿SABE VD. QUÉ SIGNIFICA ESTE MONOGRAMA?



Éste es un emblema cuyo origen es desconocido y que se comenzó a usar en el año 1900. Sin embargo, de todas partes del mundo cualquiera que vea esas letras sabe que son símbolo de confianza

GENERAL ELECTRIC ARGENTINA
SOCIEDAD ANONIMA

ASOMANTE

Revista literaria trimestral editada por la

ASOCIACIÓN DE GRADUADAS DE LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

Fundada en el año 1945

Directora: NILITA VIENTÓS GASTÓN

Subdirectora: MONELISA L. PÉREZ MARCHAND

NÚMERO 1, VOLUMEN XXI **ENERO-MARZO 1965**

SUMARIO

IN MEMORIAM: *Mariano Picón-Salas - Esteban Salazar Chapela.*
MONELISA L. PÉREZ MARCHAND: *"Crisis" de una idea en la edad de ASOMANTE (1945-1965).*
RICARDO GULLÓN: *Alegrías y sombras de Rafael Alberti, Segundo momento.*
MARGOT ARCE DE VÁZQUEZ: *Las décimas de Lloréns Torres.*
TRES POETAS: *Cintio Vitier, Juan Antonio Corretier, Jacinto Luis Guereña.*
EDUARDO ANGUITA: *Novela y libertad.*
JOSÉ LUIS CANO: *Carta de España.*
DAMIÁN CARLOS BAYÓN: *Carta de París.*
GIUSEPPE BELLINI: Carta de Italia.
H. A. MURENA: *Carta del Río de la Plata.*
Los libros: José Emilio González, Antonio Otero Seco, Iris M. Zavala, Emilia de Zuleta.
GUÍA DEL LECTOR.

Suscripción anual ..... u$s. 4.50
Número suelto ..... „ 1.25

APARTADO 1142, SAN JUAN, PUERTO RICO

REVISTA IBEROAMERICANA

Órgano del

INSTITUTO INTERNACIONAL DE LITERATURA IBEROAMERICANA

Director-Editor:
ALFREDO A. ROGGIANO

Secretario-Tesorero:
SAÚL SIBIRSKY

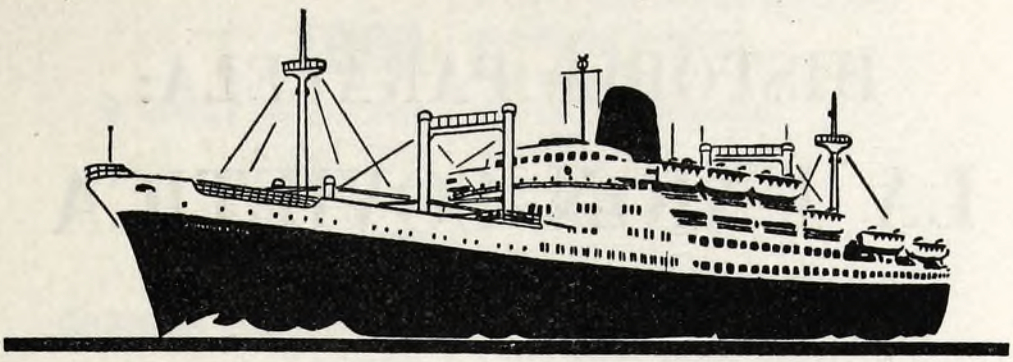
Suscripción anual:
U.S.A. y Europa: 6 dólares; Iberoamérica: 2 dólares

1617 Cathedral of Learning,
University of Pittsburgh,
Pittsburgh, Penna 1523, U.S.A.

Una revista especializada en las letras de Iberoamérica, que responde al lema:
A LA FRATERNIDAD POR LA CULTURA.

Han aparecido 57 números.
(Véase *Índice*, publicado por la Unión Panamericana.)

Solicite colección completa o números atrasados.



¡¡AHORA TOTALMENTE RENOVADOS!!

CON CLASE ECONÓMICA

"ARGENTINA MARU" y "BRAZIL MARU"

MÁS CONFORT...
MEJOR SERVICIO...
MAYOR SEGURIDAD...

Y CON LA TARIFA MÁS ECONÓMICA
DE LA PLAZA

¡¡ESTA ES SU OPORTUNIDAD!!

Próximas Salidas:

BRAZIL MARU	*ARGENTINA MARU*
Octubre 23, 1965	Diciembre 22, 1965
Febrero 20, 1966	Abril 23, 1966

Mitsui O.S.K. Lines

AGENTE GENERAL EN LA ARGENTINA

EMPRESA LÍNEAS MARÍTIMAS ARGENTINAS

CORRIENTES 389 — **25 DE MAYO 489**

PASAJES: T. E. 32-7809

FLETES EXPORTACIÓN: T. E. 32-8070
FLETES IMPORTACIÓN: T. E. 32-6684

HISTORIA PARALELA:
LA UNIÓN SOVIÉTICA

por Louis Aragon

En oportunidad de la publicación del primer tomo de esta obra fundamental, señalamos que ella reunía todas las características de un acontecimiento bibliográfico, no sólo por la importancia y el singular interés del tema, sino por la jerarquía de los dos escritores a quienes ha sido confiado. En efecto, la historia paralela de las dos grandes potencias que, a partir de 1917, vienen disputándose con intensidad creciente la hegemonía sobre el mundo contemporáneo, encierra las claves que permiten comprender, en muchos de sus aspectos esenciales, el drama de nuestro tiempo.

En el tomo inicial, nuestros lectores tuvieron ocasión de apreciar los méritos del estudio en que André Maurois ha descripto las fases del proceso político, económico y cultural de los Estados Unidos.

Por su parte, en los dos tomos que ahora brindamos al público de habla castellana, Louis Aragon analiza exhaustivamente los hechos que, por su sentido y proyecciones, esclarecen la naturaleza de la Revolución comunista que, bajo las más diversas formas, busca afirmarse dentro y fuera de la Unión Soviética.

A través de un substancioso y prolijo desarrollo, colmado de personajes y acontecimientos, nos presenta, con estilo cuya concisión recuerda los modelos clásicos del género, la primera historia de la Rusia comunista, liberada de las trabas y deformaciones impuestas por el culto de la personalidad.

La amplitud que Aragon confiere a la exposición y análisis de los sucesos que jalonan la sombría y, por momentos, apasionante historia del régimen soviético, desde los días de octubre de 1917, hasta la situación alcanzada en 1960, constituye un factor decisivo para apreciar, con el debido conocimiento de causa, lo que como potencia mundial y como expresión dinámica de la acción revolucionaria, significa hoy en día Rusia, tanto en el plano de su actividad ideológica, como en el de su realidad geopolítica.

El paralelo con los Estados Unidos surge, inevitable; por lo que el trabajo de Aragon y el de Maurois vienen a constituir las dos mitades antagónicas de la única e inseparable realidad en que se debate nuestro tiempo.

Un cuarto y último volumen abarcará un vasto conjunto de opiniones que esta "historia paralela" sugiere a prominentes personalidades norteamericanas y soviéticas.

Emecé Editores S.A.

Departamento de Ediciones: **Alsina 2061 - T. E. 48-6043**
Departamento de Créditos: **Luzuriaga 38 - T. E. 23-1090**
Administración y Ventas: **Luzuriaga 38 - T. E. 23-1098**

TODO
lo que es indispensable saber sobre arte cabe en el vasto contenido de estos diccionarios esmeradamente editados:

Lexicón Kapelusz:
PINTURA ABSTRACTA,
por **Michel Seuphor.**
600 biografías;
más de 230 ilustraciones,
la mayoría a
todo color;
384 páginas. **$ 1.900**

Lexicón Kapelusz:
PINTURA MODERNA,
por **John Ashbery**
y colaboradores.
Más de 250 monografías;
343 ilustraciones.
la mayor parte
de ellas a todo color;
384 páginas. **2.200**

ARTE
LEXICONES KAPELUSZ

EN PREPARACIÓN:

Lexicón Kapelusz:
PINTURA ANTIGUA,
por **Joachim Fernau.**
500 nombres, biografías; 230 reproducciones a todo color.

Lexicón Kapelusz:
BALLET MODERNO,
por **Georges Arout y otros.**
Más de 650 artículos; 143 ilustraciones a todo color; 230 en negro.

Volúmenes lujosamente en cuadernados en cuerina plástica, tamaño 17 X 24 cm

EDITORIAL
KAPELUSZ
Moreno 372 · Buenos Aires

POLÍTICA

IDEAS PARA UNA AMÉRICA NUEVA

Director: Luis B. Prieto F.
Directores de Redacción: Alejandro Oropeza Castillo y Diógenes de la Rosa
Director Ejecutivo: Alejandro Yabrudy Rojas

Una publicación para el lector que se interesa por los temas sociales, culturales, económicos, educativos, y en general por la problemática del subcontinente americano.

Volumen III Nº 33 Abril 1964

ÍNDICE

ALFREDO ASCANIO GUEVARA: *Problemas estructurales del desarrollo regional venezolano.*

LEWIS HANKE: *Ramón Menéndez Pidal vs. Bartolomé de las Casas.*

RAMÓN SENDER: *Doctrina y realidad. La ecuación Libertad vs. Dios en la política.*

JORGE L. MARTÍ: *La cuestión racial en la evolución constitucional cubana.*

DORA ISELLA RUSSEL: *La antorcha intelectual de Mayo.*

Mirador Político — Libros y Escritores — Actividad Cultural — La Ciencia — La Economía — Los Sindicatos — Documentos.

Suscripción anual u$s. 5.—
El ejemplar u$s. 0.50

Dirección y Administración:
Apartado 9359 (Candelaria) **CARACAS**

DIÁLOGOS

REVISTA DE LETRAS Y ARTES

Dirección: Enrique P. López - Ramón Xirau
Redacción: José Emilio Pacheco

NÚMERO 5 JULIO-AGOSTO

Colaboración de:

Max Aub, Ulises Carrión, Augusto Monterroso, Álvaro Mutis y Juan Manuel Torres en CUENTO.

José Luis Abellán, H. A. Murena, Jorge Edwards, Alejandra Pizarnik, William Styron (continuación del número anterior) y Ángel Valente en ENSAYO.

Carlos Barral, R. Bonifaz Nuño, R. Castellanos, Roberto Juarroz, M. A. Montes de Oca, y Gabriel Zaid en POESÍA.

Suscripción anual 3.00 **dólares**
Precio ejemplar 0.50 **dólar**

Insurgentes Sur 594-302
México 12, L. F.
MÉXICO

ÚLTIMAS NOVEDADES

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ: **Breve historia de América.**

El pasado americano, minuciosamente estudiado, pero sin abandonar el punto de vista presente, es el tema de esta importantísima obra; ampliada y sumamente corregida por el propio autor. Numerosas láminas y mapas enriquecen el volumen (enc.).

ENRIQUE ANDERSON IMBERT: **El gato de Cheshire.**

El *arte* de contar se confunde en estas narraciones con el simple y poderoso *gusto* de contar: inevitable comprobación del lector, que vuelve a cualquier página de Anderson Imbert como a una isla de generosa invención y, también, de inquietante lucidez. (Novelistas de Nuestra Época.)

ROBERTO F. GIUSTI: **Visto y vivido.**

El crítico, narrador y ensayista Roberto F. Giusti ha vivido tres vidas: la literaria, la política y la de la docencia en la cátedra. Eso le ha permitido enfocar gran parte de la actividad espiritual del país a lo largo de sesenta años de comunicación con ella. (Cristal del Tiempo.)

SCHELLING: **Lecciones sobre el método de los estudios académicos.**

Esta interesantísima obra, publicada por primera vez en castellano, corresponde al curso con que el filósofo alemán Schelling dio término, en 1802, a su docencia en la Universidad de Jena. Traducción y notas de Elsa Tabernig. (Biblioteca Filosófica.)

CARLOS VAZ FERREIRA: **Tres filósofos de la vida: Nietzsche, James, Unamuno.**

Este volumen documenta uno de los aspectos menos conocidos de la actividad del filósofo uruguayo: su revisión crítica de pensadores que han marcado una huella profunda en las ideas y aun en la vida de nuestro tiempo. (Biblioteca Filosófica.)

WOLFGANG WIESER: **Fuentes y trama de la vida.**

Obra de síntesis e información de la biología contemporánea donde se conjugan el rigor científico y el sentido didáctico, y que satisfará un importante sector de la sed de conocimientos del hombre culto contemporáneo. (Ciencia y Vida.)

EDUARDO LOZANO: **De nacer y morir.**

No es arriesgado augurar a este riguroso y coherente segundo libro de Eduardo Lozano —tan esperado y demorado— un lugar intransferible y definitivo en nuestra poesía actual. (Poetas de Ayer y de Hoy.)

Biblioteca Clásica y Contemporánea

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: **Poemas májicos y dolientes.**

ANÓNIMO: **Popol Vuh** (traducción de la versión francesa del profesor Georges Raynaud por Miguel Ángel Asturias y J. M. González de Mendoza).

ELVIO ROMERO: **Antología poética.**

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: **Pastorales.**

CHARLES BAUDELAIRE: **Las flores del mal.**

WALT WHITMAN: **Canto a mí mismo.**

FERNANDO DE ROJAS: **La Celestina.**

EDITORIAL LOSADA, S. A.

ALSINA 1131 **BUENOS AIRES**

URUGUAY — CHILE — PERÚ — COLOMBIA



prix formentor 1964/65

gisela elsner
los enanos gigantes

un libro publicado en 13 países

PORTUGAL	Editora Arcadia Limitada
SUECIA	Albert Bonniers Förlag
ITALIA	Giulio Einaudi Editore
FRANCIA	Editions Gallimard
ESTADOS UNIDOS	Grove Press
NORUEGA	Gyldendal Norsk Forlag
DINAMARCA	Gyldendalske Boghandel
CANADÁ	McClelland and Stewart
HOLANDA	J. M. Meulenhoff Editie
FINLANDIA	Kustannusosakeyhtiö Otava
ALEMANIA	Rowohlt Verlag
ESPAÑA	Editorial Seix Barral
INGLATERRA	Weidenfeld and Nicolson

seix barral

en todas las buenas librerías y en

IBER - AMER ARGENTINA

BOLÍVAR 260 T. E. 30-4036 BUENOS AIRES

PREUVES

publie dans son numéro d'AOUT

THEODORE DRAPER

Les origines de la crise dominicaine

BERTRAND DE JOUVENEL

Civiliser notre civilisation

YVES LEVY

La conversion d'Elie Faure

WITOLD GOMBROWICZ

Le festin chez la comtesse Fritouilh

JEAN BLOT

L'INDE? Peut-être demain

●

PREUVES: 18, Avenue de l'Opéra — PARIS (1er)

Le Nº de 96 pp. illu. —
France: 3 F. 60 — Etranger: 4 Frs.
C. C. P. PARIS 178-00

Un ancien numéro sera gracieusement envoyé sur simple demande comme specimen

CADERNOS BRASILEIROS

REVISTA BIMESTRAL

Julho-Agôsto de 1965
Ano VII - nº 30

SUMÁRIO:

ALAIR O. GOMES: *O Conceito de Liberdade na Ciência Contemporânea.*

RICHARD LOWENTHAL: *A Revolução tem Futuro?*

JOSÉ HONORIO RODRIGUES: *O Pensamento Político e Social de José Bonifácio.*

TEMAS E VARIAÇÕES:

GERHARD SCHMIDT: *Transplantação da Cultura.*

ANTONIO CALDAS CONI: *Cartas de Salvador.*

FICÇÃO:

ELVIRA FOEPPEL: *Filha-Fração Pulsátil.*

POESIA:

IVAN JUNQUEIRA: *Conversa com Cassiano Ricardo.*

JOSEPH BRODSKY: *Elegia a John Donne.*

MANUEL BANDEIRA: *Sonêto Sonhado.*

LIVROS:

Resenha de CLARIVAL VALLADARES: *Una Questão de Cultura* (Ferreira Gullar).

Resenha de BASSUL A. NETTO: *Desenvolvimiento e Cultura* (Mário Vieira de Mello).

Resenha de VAMIREH CHACON: *Conciliação e Reforma* (José Honório Rodrigues).

Resenha de FERNANDO PY: *Cristo Partido ao Meio* (Aguinado Silva).

Diretor: Afrânio Coutinho

Assinaturas:

Assinatura Anual:
(seis números): U$S 5.00

(doze números): U$S 9.00

Enderêço para assinaturas:
Rua Prudente de Morais, 129
Ipanema — ZC-37 — Estado de Guanabara - Rio de Janeiro - BRASIL

NOVEDADES

EDICIONES CULTURALES ARGENTINAS

Adolfo Saldías, por Julio Irazusta ..... $ 250.—

Ángel Gallardo, por Guillermo Furlong, S. J. .. „ 300.—

Cancionero Musical Argentino, Ana Serrano Redonnet ..... „ 300.—

Fray Mamerto Esquiú, por Ilka Krupkin ..... „ 220.—

Gabriela de Coni y sus ficciones literarias, por Antonio Pagés Larraya „ 100.—

José Luis Busaniche, por Fermín Chávez ..... „ 300.—

Julio Rey Pastor, por Juan J. González Covarrubia ..... „ 280.—

Las siete muertes del general, por Agustín Pérez Pardella. Teatro .. „ 150.—

La traducción literaria. Antología del poema traducido, por Lysandro Z. D. Galtier. Tres tomos ..... „ 1.500.—

Marcos Victoria, por Héctor F. Miri ..... „ 250.—

Oliverio Girondo, por Aldo Pellegrini ..... „ 150.—

Roberto Ledesma, por Nicandro Pereyra ..... „ 200.—

Samuel A. Lafone Quevedo, por Guillermo Furlong, S. J. ..... „ 270.—

Una geografía Argentina vista por poetas, por Roberto Ledesma .... „ 150.—

EDICIONES THEORIA

Cuentos y diálogos lunfardos, 1885-1964, por Luis M. Soler Cañas .. $ 350.—

El nuevo gobierno de Sancho, por Leonardo Castellani ..... „ 450.—

Juan XXIII (XXIV). *Una Fantasía*, por Jerónimo del Rey ..... „ 450.—

Pasado, presente y futuro de la política económica Argentina, por Alfredo Köliker Frers .. „ 260.—

El comunismo en la revolución anticristiana, por Julio Meinvielle ..... „ 240.—

Sarmiento, su gravitación en el desarrollo nacional, por Pedro de Paoli „ 360.—

Macedonio Fernández, por Vicente Trípoli ..... „ 110.—

Lugones, por Leonardo Castellani ..... „ 200.—

Proceso al liberalismo argentino, por Atilio García Mellid ..... „ 600.—

La fe de Martín Fierro, por Francisco Compañy „ 300.—

El poder destructivo de la dialéctica comunista, por Julio Meinvielle ..... „ 320.—

En venta en todas las buenas librerías del país, o solicítelos directamente a sus editores.

EDICIONES THEORIA S. R. L.

MORENO 1368
(Casilla de Correo 5096)
T. E. 38-5461 BUENOS AIRES

Solicite nuestro catálogo general.

NOVEDADES

Edward Albee

¿Quién le teme a Virginia Woolf?

Harold Pinter

El cuidador
El montaplatos
El amante

André Breton

Manifiestos del surrealismo

Aldo Pellegrini

Para contribuir a la confusión general

Bertold Bretch

La ópera de dos centavos
Herr Puntila y su sirviente Matti

Ediciones

Nueva Visión

Viamonte 494, 4º p., Buenos Aires

HISTONIUM

Revista mensual ilustrada

En este número publica:

- MARIO INTAGLIETTA: *Conquista del espacio cósmico para dominar la Tierra.*
- SELENIO: *Hace 20 años que se arrojó la primera bomba atómica.*
- CLAUMAR: *Seis ponencias argentinas para dinamizar las actividades de la ALALC.*
- MIREILLE LEDOT: *Vivir: Plenitud de sensaciones.*
- LORENZO BOCCHI: *El bisabuelo de los "peatones del espacio".*
- G. M.: *Hacia un nuevo muralismo.*
- ROBERTO N. MEDINA: *Fracaso de un ideal humano.*
- VIATOR: *El libro y su crónica. Disquisición sobre Neptuno.*

Además, las notas de sus corresponsales en Europa y las secciones habituales de teatro, cine, música, el libro y su crónica, etc.

$ 40.— el ejemplar
$ 400.— suscripción anual (12 números)

HISTONIUM
Administración y Redacción:
PARANÁ 464
T. E. 40-4045

LA ESTAFETA LITERARIA

aparece sábados alternos con
36 páginas de 27 x 39 cms.

LA ESTAFETA LITERARIA

publica en junio-julio de 1965 un número triple: el MAPA LITERARIO DE GALICIA. Estudio y crítica, historia y reseña de todos los escritores nacidos en las cuatro provincias del Noroeste español.

LA ESTAFETA LITERARIA

reside en el Ateneo, calle del Prado 21; Madrid-14; España. Suscripción anual para España, 300 pesetas. Para América (correo aéreo) 1.150 pesetas o 20 dólares USA.



LA TORRE

REVISTA GENERAL DE LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

Dirigida por JAIME BENÍTEZ

Año XIII - Nº 49 Enero-abril 1965

SUMARIO

MANUEL MALDONADO DENIS: *Apuntes sobre la cuestión cultural en Puerto Rico.*

ALBERTO WAGNER DE REYNA: *La organización.*

BERNARDO GICOVATI: *De Rubén Darío a César Vallejo: una constante poética.*

JACINTO LUIS GUEREÑA: *Sartre entre escritores.*

E. F. GRANELL: *Recepción en la Academia de Palomino y Céan*

FRANCISCO CARAVACA: *¿Plagió Mérimée el "Don Álvaro" del Duque de Rivas? Ensayo de literatura comparada.*

HUMBERTO PIÑERA: *"Tempo" de Proust en el tiempo de Machado.*

ROBERTO D. AGRAMONTE: *Jovellanos, planificador.*

HARRIET S. STEVENS: *Lo que James sabía.*

MARÍA SCUDERI: *Literatura y artes plásticas de hoy: sus posibles correspondencias.*

ÁNGEL LÁZARO: *Una comida en el P.E.N. Club.*

GERALD HOLTON: *La ciencia y los cambios de la Alegoría del Movimiento.*

Notas — Libros — Bibliografía Argentina — Bibliografía Mexicana

Suscripción anual ..... u$s. 1.50
Número suelto ordinario ..... „ 0.50
Extraordinario ..... „ 1.00

Dirija sus pedidos directamente a:
Editorial Universitaria, Apartado X (Universidad)
RÍO PIEDRAS. Puerto Rico

Acaba de aparecer

"ANTIESTÉTICA"

LUIS FELIPE NOÉ

Un libro sobre el quehacer artístico más actual como una aventura del espíritu contemporáneo.

EDICIONES VAN RIEL FLORIDA 659

SUSCRíBASE A SUR

Envíe el siguiente talón a la Editorial Sur, S. A. Viamonte 494.

Incluyo $ 400.— en Cheque / Giro Postal como pago de mi suscripción a partir del número .....

Nombre .....

Dirección .....

Localidad .....

REGALE UNA SUSCRIPCIÓN A UN AMIGO:

Nombre .....

Dirección .....

Localidad .....

Cheque / Giro Postal por $ 400.— a partir del número

Cheques o giros postales a la orden de Editorial Sur, S. A.

COLECCIÓN ESQUEMAS

NOVEDADES

JORGE LUIS BORGES

INTRODUCCIÓN A LA LITERATURA INGLESA

Una síntesis original, a través de autores representativos, en la que el autor condensa su vasta erudición, experiencia literaria y docente sobre el tema.

VÍCTOR MASSUH

EL RITO Y LO SAGRADO

Clara descripción del fenómeno religioso en su manifestación simbólica y análisis de su evolución.

EDITORIAL COLUMBA

Pedidos: **ALSINA** 1814 **T. E. 45-1611**



CRITERIO

Aparece 2 veces por mes

REVISTA DE CULTURA

Suscripción anual $ 800.

Suscripción semestral $ 450.

Número suelto $ 40.

Alsina 840 Buenos Aires

T. E. 34 - 1309

de 13.30 a 19.30 (sábados, de 9 a 12.30)

NOVEDADES

	Pesos	Dólares
EL PROBLEMA FUNDAMENTAL DE LA AGRICULTURA MEXICANA, por el Ing. Jorge L. Tamayo, autor de la Geografía General de México. Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano	20.00	2.00
DIÁLOGOS CON AMÉRICA, por Mauricio de la Selva. El autor entrevistó a veinte escritores destacados de veinte naciones americanas ..	15.00	1.50

De venta en las principales librerías

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado 965 Tel.: 23-34-68

México 12, D. F.

IL CAFFÈ

Bimestrale di Letteratura eccentrica e grottesca

Antologia dell'Umorismo Mondiale

Diretta da GIAMBATTISTA VICARI

Abbonamento annuo	lire	3.000
Francia	franchi	4.000
Altri paesi	dollari	10
Un numero	lire	500

In autunno "Il Caffè" inizierà la pubblicazione di un supplemento SATIRICO

Via della Croce 67 **ROMA**

CUADERNOS AMERICANOS

LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO

Publicación bimestral en la que colabora lo más distinguido de la intelectualidad hispanoamericana

Suscripción anual (6 volúmenes)

México	$	100.00
Otros países de América y España	Dls.	9.00
Europa y otros Continentes	„	11.00

Precio del ejemplar del año corriente:

México	$	20.00
Otros países de América y España	Dls.	1.80
Europa y otros Continentes	„	2.15

EJEMPLARES ATRASADOS, PRECIO CONVENCIONAL

Los pedidos pueden dirigirse a la Av. COYOACAN Nº 1035 o al Apartado Postal Nº 965. MEXICO 1, D. F. República Mexicana

REVISTA DE OCCIDENTE

Fundada por *José Ortega y Gasset*

2ª Época. Publicación Mensual

Director: *José Ortega Spottorno.* Secretario de Redacción: *Paulino Garagorri.* Consejo Asesor: *Fernando Chueca Goitía. – Luis Díez del Corral. – Enrique Lafuente Ferrari. – Pedro Laín Entralgo. – Rafael Lapesa. – José L. L. Aranguren. – José Antonio Maravall. – Julián Marías. – José Luis Sampedro. – Fernando Vela.*

ÍNDICE DEL Nº 23 (Febrero 1965)

Francisco Giner de los Ríos: *Carta a Ortega.*
Walter Gropius: *Ambiente urbano y planificación.*
P. José M. González Ruiz: *Cristianismo y desmitización.*
Tibor Dery: *El circo.*
Marc Sieber: *El anticolonialismo.*

Notas: *Francisco R. Adrados*: Baroja y la "Ilíada". *Gabriel Celaya*: La poesía oral. *Ángel Crespo*: Tiempo libre, tiempo de vida. *C. de Castro Aguirre*: Estereotipos y caracteres nacionales.

Crítica: por *Antonio Truyol, J. López Pacheco, Antonio Elorza, José Luis Serrano, M. Valls.*

Viñeta de *Chillida*

Redacción y Administración:
Bárbara de Braganza 12, Madrid

Distribuidor exclusivo en Argentina:

H. F. MARTÍNEZ DE MURGUÍA S.A.C.E.

Córdoba 2270 **T. E. 48-6173** **Buenos Aires**

HUMBOLDT

Revista trimestral dirigida por Albert Theile

ÍNDICE DEL Nº 21 (1965), DEDICADO A LOS PROBLEMAS DE EDUCACIÓN EN AMÉRICA DEL SUR Y ALEMANIA

NICOLAUS SOMBART: *Planificación y planetarización.*
JUAN LISCANO: *¿Hacia un hombre nuevo?*

FRITZ KLENNER: *La libertad en un mundo planificado o ¿La consecuencia de planear será la planificación del hombre?*

RALF DAHRENDORF: *El sismógrafo de la libertad. Ideas para una reforma universitaria.*

JOHANNES ZIELINSKI: *El amor, fundamento antropológico de la pedagogía.*

PABLO HUNEEUS: *Problemas y estrategias del planteamiento educativo en América Latina.*

HERMANN REGNER: *La obra didáctica de Orff ("Orff-Schulwerk"). Nuevos métodos para la educación musical.*

HERBERT MESCHKOWSKI: *Paradoja y antinomia. Las ciencias exactas en la educación del hombre.*

FRIEDRICH SCHNEIDER: *La técnica y la economía, motores de la pedagogía de los pueblos. Una aportación a la pedagogía comparada.*

ROLAND GROSS: *Construcción de escuelas teniendo en cuenta las necesidades de la pedagogía moderna.*

KLAUS von BISMARK: *La televisión, factor de educación.*

Crónica — Crítica — Libros — Marginalia — Revista de revistas — Calendario ibero-alemán — Horizonte abierto — Contactos entre el mundo ibérico y el germánico.

Se ruega dirijan la correspondencia en lo relativo a la venta, suscripción y publicidad a la editorial.

Übersee - Verlaf. Hamburgo 36. Neue Rabenstr. 28

ZONA FRANCA

REVISTA DE LITERATURA e IDEAS

Director: JUAN LISCANO

Redacción: GUILLERMO SUCRE

LUIS GARCÍA MORALES

Año 1 - Nº 7-8 Diciembre 1964

SUMARIO

RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT: *Sobre la situación del pensamiento de hoy.*

GUILLERMO SUCRE: *Los libros en 1964.*

ISAAC CHOCRON: *Teatro este año.*

ALFREDO GERBES: *Vida musical 1964.*

JUAN LISCANO: *Poemas.*

CÉSAR DÁVILA ANDRADE: *Poemas.*

LUIS GARCÍA MORALES: *Poemas.*

GONZALO ARANGO: *El pez ateo de tus sagradas olas.*

BAIVA DÁVALOS: *Interregno.*

PIERRE DE PLACE: *René Char en el infinito de la palabra.*

RENÉ CHAR: *Poemas.*

DAVID ALIZO: *Literatura actual, actualidad futura.*

DENIS DE ROUGEMONT: *El erotismo.*

CARLOS REYES: *Fundación Mendoza: Obra social y cultural. Antología Hermética.*

ALEJANDRA PIZARNIK: *Olga Orozco.*

Suscripción anual u$s. 5.—

Número suelto u$s. 0.25

Redacción y administración

Edificio Disconti, piso 7, Sierra a Muñoz, Apartado 8349, Caracas

índice

LA ÚNICA REVISTA ESPAÑOLA QUE REFLEJA LA REALIDAD ACTUAL DE ESPAÑA.

Los temas más vivos del pensamiento contemporáneo:

POLITICA - LITERATURA - ARTE - CIENCIA - FILOSOFIA

Una revista intelectual editada en Madrid, con nervio polémico. (*ÍNDICE considera la polémica como un medio de conocimiento*).

He aquí algunos trabajos de sus últimos números:

JEAN SERVIER:	*El progreso humano no existe.* *20 argumentos contra el evolucionismo.* *Los secretos del rombo.*
GERARDO DIEGO:	*En la muerte de Cansinos Assens.*
S. G. ARECHABALA F. DELGADO J. A. SOMOZA	*Unamuno: 100 años.*
CARLOS EDMUNDO DE ORY: JOSÉ L. SAEZ:	*El surrealismo de par en par.* *Blancos y negros. James Baldwin y su última obra.*
4 páginas ilustradas:	*El tango y Gardel.*
J. A. SOMOZA LUIS TRABAZO	*Aldous Huxley.*
JOSÉ L. DEPETRE:	*La materia prima.*
ENTREVISTAS:	con *Salvador de Madariaga, P. Riaza Morales, Serge Mallet, Padre Alejandro, Jean Roche.*

Y las habituales secciones de *LIBROS. POESÍA. CINE. TEATRO. ARTE. CARTAS...*

índice DICE LO QUE NO SE DICE (en España)

APARTADO 6076 - MONTE ESQUINZA 24 - MADRID 4 - ESPAÑA

DAVAR

Revista Literaria editada por la
SOCIEDAD HEBRAICA ARGENTINA

Director

Secretario de la Subcomisión de DAVAR

Dr. MARCOS DINER

Asesor Literario: BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT

La Sociedad Hebraica Argentina, que alcanza en su actividad cultural la cabal realización de sus fines, se propone ahora, con su revista literaria, dar una mayor amplitud a la acción que en ese plano viene cumpliendo a lo largo de más de un cuarto de siglo. Bajo el signo de DAVAR, que en hebreo designa la Palabra y su matiz y dignidad del Verbo (el Logos griego) aparece esta manifestación nueva de viejos propósitos. La fisonomía de DAVAR está determinada por la convicción de que el arte y la cultura, expresión vital de los pueblos, pueden y deben ser instrumentos para perfeccionar las formas de la convivencia humana.

DAVAR, Número 1 (Julio-Agosto 1945).

Subscripción anual:

Para socios	$	240.—
Para no socios	„	300.—
Exterior	u$s.	2.—

Dirección y Administración

SARMIENTO 2233 **BUENOS AIRES**

comentario

revista trimestral

Tribuna para el pensamiento y los problemas contemporáneos

Editada por el Instituto-Judío Argentino de Cultura e Información

Relaciones humanas.
Problemas de Argentina y Latinoamérica.
Sociología.
Letras.
Bibliografía.

Suscripción anual	Número suelto
$ 300.—	$ 80.—

Redacción:

San Martín 663, 2º piso — **T. E. 31-6040**

Administración:

Tucumán 2137 — **T. E. 48-1031**

DUCILO

S.A.I.C.

Hilados de Rayón
Ducordura
Hilados de Nylon *
Celofán **
Gases "Freon" *
Nylon * Industrial

* Marca Registrada.

** Marca Registrada de la Cellophane S. A. autorizada exclusivamente a Ducilo.

VIAMONTE 1145
BUENOS AIRES

NEUE RUNDSCHAU

Vierteljahrsschrift
Begründet von S. Fischer
im Jahre 1890

Eine Zeitschrift für moderne Literatur, Politik und geistiges Leben. Die repräsentative Vierteljahrsschrift, in der Autorem von Rang sich mit den Problemen unserer Zeit auseinandersetzen.

ERZÄHLUNGEN. GEDICHTE.
ESSAYS. BERICHTE.
REZENSIONEN. GLOSSEN.

Autoren: Theodor W. Adorno. Ilse Aichinger. Ingeborg Bachmann. Johannes Bobrowski. Elías Canetti. Paul Celan. Tibor Déry. Hilde Domin. Max Frisch. Günter Grass. Rudolf Hartung. Herbert Heckmann. Peter Huchel. Walter Jens. Franz Kafka. Karl Löwith. Georg Lukács. Golo Mann. Thomas Mann. Harry Pross. Christa Reinig. Ernst Schnabel. Gershom Scholem. Peter Szondi. Martin Walser. Roland H. Wiegenstein.

Einzelheft DM 4,50
Jahresabonnement DM 16,—

SFV

S. FISCHER VERLAG

APARECIÓ

Tercera edición

LOS SIETE PILARES DE LA SABIDURÍA

por *T. E. Lawrence*

"LOS SIETE PILARES DE LA SABIDURÍA es una narración de guerra y aventuras y un resumen de todo lo que significan los árabes para el mundo... La riqueza y energía del tema, la calidad de la prosa, el sentido de la mística, inconmensurable personalidad que yace tras ella, elevan decisivamente esta obra por encima del nivel de las producciones contemporáneas..." A estas palabras, escritas por Sir Winston Churchill cuando LOS SIETE PILARES apareció en Inglaterra, podríamos añadir que este sorprendente documento de un episodio de la Primera Guerra Mundial era premonitorio en el terreno histórico y que el lector contemporáneo sigue encontrando en este libro todas las cualidades permanentes de literatura de primer orden: vivacidad, concisión, hondura psicológica, posibilidad de armar un relato coherente gracias a la dosificación de los detalles y su integración en un gran esquema generalizador, en el cual se destaca la compleja y enigmática figura de su autor, T. E. LAWRENCE.

EDITORIAL SUR S.A.

VIAMONTE 494

T. E. 31 - 3220

BUENOS AIRES

OCTAVIO PAZ

LOS SIGNOS EN ROTACIÓN

Octavio Paz —ganador del Gran Premio Internacional de Poesía otorgado en Bruselas en 1964— es además de poeta un prosista agudo y profundo. Este pequeño volumen es una muestra de la sagacidad crítica y de la inspiración expresiva del escritor mexicano. En él procura dilucidar el papel, la función y la situación de la poesía de nuestro tiempo. Su enfoque parte de un punto de vista seriamente profesional pero sus alcances sobrepasan el ámbito estrictamente poético, ya que, según Paz: "El poeta contemporáneo vive en un tiempo histórico que se distingue de los otros tiempos en ser la época de la conciencia histórica... Nuestro tiempo es el del fin de la historia como futuro imaginable o previsible".

EDITORIAL SUR S. A.

VIAMONTE 494 T. E. 31 - 3220

BUENOS AIRES

FRANCISCO
AYALA

ESPAÑA, A LA FECHA

EL TALENTO DE FRANCISCO AYALA ES POLIFACÉTICO. IGUALMENTE PRESTIGIOSA ES SU OBRA DE NARRADOR QUE SUS MEDITACIONES DE SOCIÓLOGO Y ENSAYISTA. ESTE VOLUMEN REÚNE UN SIGNIFICATIVO CONJUNTO DE ESCRITOS SOBRE EL TEMA DE ESPAÑA EN LOS CUALES EL LECTOR ENCONTRARÁ SIN DUDA PODEROSAS RAZONES QUE EXPLICAN LA ACTUAL SITUACIÓN ESPAÑOLA, PREVISIONES RESPECTO AL FUTURO Y, EN CONJUNTO, NUMEROSOS ESTÍMULOS PARA LA MEDITACIÓN.

SUR

SUR

NÚMERO 295 JULIO-AGOSTO DE 1965

CORTINA DE ALAS

"Para Sarmiento la realidad había tomado los caracteres constitutivos de su misma personalidad, y si aún nos parece su persona mental y temperamental tan ceñida a la realidad, hasta el extremo de coincidir puntualmente ambas configuraciones, es porque esa realidad que vemos es la que elaboró él con su genio."

"Había sabido mantenerse exento de los elementales vicios de la concupiscencia, la depredación, el cohecho, la hipocresía.

"... Incapaz de obtener gloria ni fortuna sino por los caminos reales de la legalidad, nunca concibió siquiera, en sus delirios de grandeza ... que pudiera lograrla a costa del más insignificante sacrificio de su honradez. Y ese escrúpulo en él morboso de la veracidad y de la honradez contrastaba con las prácticas seculares del gobierno y de la vida económica de su país, sostenidas por la exacción, el soborno y el fraude." (*Radiografía de la pampa.*)

Esto que escribe Martínez Estrada sobre Sarmiento podría decirse, *mutatis mutandis*, de él mismo. Así era el hombre que hemos perdido. Incapaz del más insignificante sacrificio de su honradez. Que pudiera él equivocarse no queda descartado. ¿Quién no se ha equivocado en alguna cosa? La apasionada necesidad de justicia que sentía lo arrastraba, a veces, a una igualmente apasionada injusticia. Pero aquella injusticia suya no era jamás el producto de una vileza interior (como suelen ser las injusticias cometidas por los hombres).

Padeció a su país a manera de una enfermedad; como aquella tremenda enfermedad de proporciones bíblicas (Job) en que lo vimos debatirse durante años. Confundía un mal con otro. Nunca sanó físicamente del todo, pues nunca sanaban tampoco esas llagas de su patria que, con los ojos abiertos o cerrados, contemplaba con horror.

En estos mismos días de agosto murió en Londres, hace 43 años, su amigo (pues aunque no lo conociera personalmente era su amigo), Hudson.

En el libro que le dedica con tanto amor y compresión y en que revive el mundo maravilloso que aquel argentino-inglés llevaba dentro, apunta Martínez Estrada: "Murió en el destierro voluntario, desterrado conforme al sino del país en que nació, de la sociedad para cuyo trato no había nacido." Éste es un *leit-motiv* de este argentino que vivía en una especie de destierro, él también, aunque materialmente no se alejara de su terruño. ¿Qué peor destierro que el del desterrado en su propio país? Todos hemos tenido oportunidad de conocer esta angustia, ocasionalmente. En él parece haber sido diaria. Y ese mal es un mal sin esperanza, una tristeza sin salida (como hubiera dicho el Conde de Keyserling).

En Hyde Park hay un lugar dedicado al recuerdo de Hudson. El transeúnte puede leer, al pasar (si es que no se detiene), que el monumento está consagrado a un hombre que "amó la luz, los campos verdes y que vio el esplendor del manto de Dios". Martínez Estrada cita estas palabras al final de su capítulo primero en *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson.*

Si Palermo fuera mío (entendámonos, si yo pudiera decidir y resolver lo que allí ha de hacerse) elegiría algún lugar solitario (si es que aún existe ese milagro) y lo dedicaría a los pájaros (en Inglaterra y Estados Unidos se les llama *Bird Sanctuary*). Allí podrían ir a beber en sus bebederos y algunos niños chicos, aficionados a este cariñoso juego, podrían llevarles migajas del pan que no han acabado de comer en sus casas. Nada de estatuas en este refugio verde, fuera de las estatuas aladas y vivientes que se posan en ramas imprevisibles. Marcaría el lugar y lo bautizaría con dos nombres unidos en una lápida: MARTÍNEZ ESTRADA – HUDSON.

Martínez Estrada no estaría solo, él que tanto debió sufrir de soledad, Estos dos hombres tenían predilección por los pájaros (desde luego, en Hudson esta predilección fue muchísimo más lejos). Se complacían en observarlos y en ganar su amistad.

Si dejáramos en primera fila a estos amigos de don Ezequiel, yo creo que no le molestaría nuestra presencia en la segunda. Yo creo que no le disgustaría a este hombre tierno y arisco esta manera de recordarlo, de quedar junto a él. No estoy muy segura de que "otras maneras" le serían gratas. Como yo lo quiero temo contrariarlo hoy más que nunca, ya que él no podría protestar. Por eso me importa tanto estar segura... y propongo lo que propongo. Si no estamos en primera fila, lo repito, y se la dejamos a sus amigos predilectos, no entrará en juego su naturaleza espantadiza. Para acercarnos a él necesitamos esta cortina de alas.

VICTORIA OCAMPO

CARTA A VICTORIA OCAMPO *

Señora:

Para cumplir mi promesa de esbozar en algunas líneas el mapamundi de mi vida, recorrí no menos de veinte veces el camino del recuerdo. Equivale a sacar de un cofre mariposas pulverizadas. De ese repaso que creía tan lleno de interés y de emociones, sólo me resta una grande, trágica desilusión; porque se trata de una vida que ni a mí mismo puede interesarme ya. Le debo, en suma, esta liquidación de acaso las últimas supersticiones y el desvanecimiento en la luz de espectros y duendes que me encantaban y no existían.

Preferiría cualquier otra vida, si al leerla pudiera poner el mismo fervor de comprender que al recordar la que viví. El propio tesoro es un bien común, y las noches y los días se dan iguales para el desdichado y el feliz. Esta experiencia penosa me lleva también a la conclusión de que las autobiografías no tienen ningún sentido profundo y que son mero pasatiempo de gentes egoístas. No obstante ¿dejaré de recordar con emoción la niñez de Tolstoy —o la de Goethe— muchísimo más pobre de casos y de cosas que la mía, aunque lo subjetivo haya irisado el suceso y la circunstancia con la caricia de su mano trémula? Cualquier infancia ensombrecida por los rincones oscuros del propio hogar, humedecida de lágrimas, me vendría bien si al mismo tiempo floreciera en el júbilo de la belleza y en el goce casi religioso de seguir estando vivo. Confieso que me reconozco incapaz de fraguar una niñez apócrifa ni de hacer literatura sobre la verdadera. Bastante tiene de absurda y de trivial. Al fin y al cabo, cuanto aconteció en mi existencia tiene poca relación causal, lógica, conmigo. Parezco ser un ente que atravesó ileso e inmune los hechos que constituyen su existencia terrestre, humana, diaria, documental. Nada tengo que ver

* Esta carta fue escrita poco después de terminada la segunda Guerra. Victoria Ocampo tenía una colección de fotografías de escritores, tomadas por Gisèle Freund y tenía intención de usarlas para ilustrar una serie de conferencias sobre escritores argentinos. Para eso pidió a varios de ellos que le escribieran lo que consideraran importante como dato autobiográfico. Martínez Estrada contestó con esta carta. Las fotografías fueron robadas de la caja donde se guardaban.

con mi biografía. Repasado el texto, siento que vivir y ser son dos realidades distintas. Y si lo que me aconteció no tiene significado para explicar lo que soy, ¿no valdría lo mismo que inventara o que plagiara? Resulta inevitable, además.

Pero he ahí que soy absolutamente inepto para la mistificación. Jamás consideré una virtud mía no haber mentido, haber sido veraz y leal, sino una incapacidad de carácter orgánico, una especie de falta de oído para la melodía de lo histriónico. Por añadidura soy un hombre púdico, quiero decir incapaz de confesiones o de cualquier otro rasgo de impudibundez ingénita. Más bien experimento tendencia a ocultar lo que puede enaltecerme sin que tenga ningún desliz de que avergonzarme. He procurado que mi vida fuera limpia todos los días, y esto es simplemente un hábito higiénico. Tampoco creo que sea un mérito poder exhibir una vida como se hojea un álbum, porque ninguna vida exenta de pecado está redimida de verdad. En fin, a veces pienso que ni Dostoievski ha imaginado una existencia tan trágica y penosa como la mía, eso no tiene explicación por los hechos ni puede servir de prueba ante ningún tribunal, como el imaginado por Kierkegaard, que tratara de averiguar quién fue el hombre más infeliz. Como en las pesadillas, el verdadero sueño es infinitamente desproporcionado a la angustia que produce. Repasando mi vida, veo que sólo he sido yo el culpable de una valoración pesimista, y que prolongar la existencia más allá de la pubertad es un funesto error que se paga con la misma supervivencia.

De mis primeros años recuerdo que, como una segunda naturaleza semejante a la mutilación, poseí el triste privilegio de comprender las cosas de la vida con precoz claridad de adulto. Debo confesar que no recuerdo ninguna época que haya vivido la ingenuidad de la niñez. A los pocos años, por ejemplo, conocía ya a las personas de mi familia y de nuestras amistades con tal certeza que todos sus defectos me eran sensibles como ahora mismo los juzgo. De ahí que creyeran los extraños que poseía yo una inteligencia excepcional, cuando todo se debía sencillamente a ese prematuro despertar del sentido de la vida, que asimismo he encontrado, con relativa frecuencia, en criaturas no por eso inteligentes en otros aspectos. Tales criaturas por lo regular mueren pronto —en una u otra forma— y es una desdicha sobrevivir a las condiciones fijadas por la naturaleza, que parece haber puesto la comprensión o el paladeo del amargor de las cosas en los límites de lo que otorga sin exigir el pago supremo. Por estas razones la canción De mignon, en el *Wilhelm Meister*, es de lo que más me ha impresionado en obra alguna; más acaso que el capítulo de los niños pre-

coces en *Los hermanos Karamazoff*. Este despertar —que no puede ser tardío— es lo que sazona y condiciona el sabor de la existencia y no creo que se dé siempre, ni en personas de gran talento. Si alguna vez tuviera yo que escribir algo sobre psicología no pedagógica, fijaré la pubertad del espíritu muchos años antes de la fisiológica, y procuraré que se vea claro que el hombre emerge en los primeros años o que muy bien puede no emerger jamás —ni en la vejez más fructuosa de sabiduría. Por mí sé que heredamos en substancias diferenciadas del padre y de la madre, aunque no las mismas cualidades y que el carácter es una fatalidad ancestral. Él nos hace aparecer como espectadores de nuestros propios actos, y todo lo involuntario que se nos impone con fuerza irresistible pertenece a la línea genealógica de los muertos. De la madre somos hasta cierta altura de la vida, luego del padre. Finalmente somos de los padres del padre y de las madres de la madre, sin que para uno mismo quede tiempo después de poner en limpio esa embrollada herencia. Entre los recuerdos, pues, algunos míos remontan la historia de familia y la imaginación suele entremezclarse tan subrepticiamente en ellos que a veces he pensado si la imaginación no es una extraña forma de la memoria ancestral. Los más antiguos recuerdos persisten nítidos y en vano intento localizarlos a mi alrededor. La memoria específica se acusa en mí con los caracteres crudos de la herencia somática. Por esta presencia consciente del pasado tengo a menudo la impresión de que revivo escenas y hasta he podido prever la continuación de una serie de hechos. Lo que se entiende por adivinación debe entrar en este orden de fenómenos.

Soy una madriguera de complejos, una red subterránea en que el subconsciente posee sus mapas precisos. Nunca quise aprovechar de ese tesoro soterrado, dejando libre el juego de la fantasía, sino que me esforcé por que la razón lúcida rigiera mi pensamiento. Es un desaprovechamiento de mí mismo parecido a la destrucción, casi involuntaria, de mi memoria, que en años juveniles era de fidelidad fotográfica. Pero acaso pudiera explicarse esto por dos razones: mi disgusto de recordar y una inclinación al análisis lógico aun de mis actos más comunes, que me ha privado siempre de la contemplación ingenua. Mi recuerdo verídico más antiguo data de los primeros meses y el que primero me produjo una impresión generadora de mágicas asociaciones, dos caballos blancos que tuvo un pariente, y que se alimentaban de carne. La fábula de los caballos de Reso nunca me pareció inverosímil.

Ejemplo de una de mis "censuras": hasta el año 1924 me era imposible evocar el nombre de Leopardi cuando me lo proponía. A los cinco años

me llevaron en sulky, con un tío que luego se suicidó, a buscar un leopardo —sería un jaguar— que dicen que rondaba por un bosque a orillas del Carcarañá. La lectura de las obras de Freud aclaró el enigma y la "censura" desapareció.

Hasta los doce años viví en pueblos de las provincias de Santa Fe y del sur de Buenos Aires. Estos años sí son ricos de acontecimientos prodigiosos; pero como corresponden a la era de los albores del mundo, sospecho que pertenecen al género humano más que a mí. Sin embargo, entre la infancia brotan, como en el campo, flores silvestres de humilde vista y rústico olor. La niñez de Hudson me ha impresionado por muchas concomitancias de escenas y aventuras, favorecidas por idéntica emancipación para andanzas y correrías, en ocasiones peligrosas, siempre instructivas. Cuando yo viví cerca de las sierras de Curumalán, cincuenta años más tarde que él, el campo apenas conservaba su antiguo esplendor y las gentes languidecían en rencores y codicias. Aún podían encontrarse flamencos y cisnes en las lagunas, avestruces en las llanuras, verse la paja voladora cubrir los campos y brillar al mediodía; mas todo estaba labrado por el colono y los incendios de los trigales eran frecuentes. Crímenes y siniestros abundaban hasta perder interés. En cambio lo conservaron siempre las herrerías y las carpinterías que yo frecuentaba con más placer que la escuela. De entonces conservo el gusto de los hierros y las maderas, del olor de la pintura y del humo del carbón de piedra. De la fragua sacaban el hierro de un rosado angélico y lo machacaban hasta decolorarlo en profundo lila. A cada martillazo aumentaba la oscuridad, y éste es un tema que asocio siempre a los crepúsculos. Las pinturas se probaban en el portón de pino, que por eso estaba policromado como una paleta. Y cuando a las tardes daba el sol ahí, había como un cielo de colores pintados.

Mis primeras lecturas extensas fueron el Quijote, la *Historia de España* de Lafuente y *Misericordia* de Galdós. Durante el tiempo de esas lecturas muchas tormentas y anocheceres y espléndidos soles se intercalaron en sus páginas. Rigurosamente autodidacto, no tuve otro maestro ni guía que mi propio afán de leer. Mi verdadera vocación fue la música y, más estrictamente el violín. Primer gran concierto a la intemperie: un ciego, en medio de la calle una tarde de verano, que me fascinó como a un catecúmeno predestinado.

Señora: ya ve de qué insignificantes cosas se nutren las raíces de una vida que ni siquiera merece el epitafio. Los versos llegaron pronto como

las flores en su estación. Y se marchitaron. Gusto de ellos como de una rueda bien hecha, de una tuerca bien ajustada, de un barniz bien extendido, de un violín bien templado. Me hubiera gustado hacer de la soledad mi breviario y mi sudario. Pero sólo me fue dado admirar, al anochecer, las vizcachas cuya vida en meandros subterráneos y frescos tiene aún para mí un inefable atractivo de filosofía de la libertad y de la paz. El gusto de la tierra está en toda mi piel y Nietzsche es mi autor más querido.

Después de los doce años continúa una vida laboriosa, de sobreviviente, en mil formas repetida a la manera de un arabesco, en que todo es construir sobre arena, ensayar y errar. Para llenar las páginas en blanco y para descifrar las interlineadas y testadas sirve cualquier vida de novela en que sucedan pocas cosas pero que calen hasta el hueso. Siempre que el autor sepa que no se nace ni se muere una sola vez.

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA

DOS CAPÍTULOS SOBRE MARTÍ *

LA LIBERTAD

Para Martí la Libertad es un estado al cual debe aspirarse continuamente y sin desfallecimientos, no la libertad que acuerdan las leyes en los países liberales. Es un ideal, una de las energías sociales contenidas en todos los seres humanos la que lleva al hombre a rescatarse de su servidumbre de la naturaleza y a su desenajenación del hombre. Las infinitas y dolorosas vicisitudes de la historia han dado a este ideal categoría de la más poderosa idea-fuerza de las que han hecho del hombre el único ser con conciencia de la responsabilidad. Escribe Carlos Sánchez Viamonte (en *La libertad y sus problemas*): "La idea de libertad, como íntima expresión del más humano de los anhelos humanos, es una fuerza que viene abriendo su propio cauce desde que el hombre existe, y por eso merece ser considerada una *entelequia*, es decir, algo que lleva en sí el principio de su acción, y que tiende por sí mismo a la realización de su propio fin, según la definición más corriente de ese vocablo". "Además, el hombre va adquiriendo mayor conocimiento de la importancia o del valor que tiene para él la ausencia de trabas en el desarrollo de su actividad orgánica, desde el momento en que sus actos dejan de ser reacción puramente instintiva y se convierten en manifestaciones de su voluntad. Así comienza, también, su noción de responsabilidad, que se acompaña inseparablemente a la experiencia de la libertad." El mencionado jurisconsulto examina los aspectos de mayor trascendencia de la libertad como idea, como institución y como precepto, y explica: "Si bien separamos para su mejor examen las tres formas de la libertad —idea, institución y concepto—, consideramos que el único criterio válido es el que comprende esas tres formas de su identidad esencial, que consiste en la conciencia del hombre acerca de su propia personalidad, y en el poder de esa conciencia, que se desplaza en el campo del Derecho, para el logro de su finalidad y destino; primero, en el campo del derecho privado, como un problema indi-

* Publicamos estos dos textos inéditos de Martínez Estrada con autorización especial de la señora Agustina Martínez Estrada.

vidual de la convivencia y, después, en el campo del derecho público, en antagonismo con la autoridad. En el primer caso, se la podría llamar libertad de algunos como decía Hegel. Libertad de "dueños de esclavos", según Lenin. Libertad de propietarios, en donde unos seres humanos son sujetos del derecho y otros objetos del mismo, como en Grecia y Roma. Libertad liberticida, de acuerdo con la calificación de Alfredo L. Palacios (*El nuevo derecho*). Libertad-privilegio, en suma. En el segundo caso, se trata de la libertad del hombre, como hombre, en su condición de tal. Libertad de la personalidad, perteneciente a la esfera del Derecho, en cuanto instrumento de justicia, lograda institucionalmente en el Derecho público. Libertad de todos como decía Hegel. Libertad que excluye al hombre como objeto y sólo le admite como sujeto de derecho, sin excepciones. Libertad institucional, libertad-dignidad, libertad-igualdad, libertad-derecho; común a todos y exigible por todos aun frente al gobierno y amparados por la ley como voluntad general de la sociedad organizada".

"... Del mismo modo que la primera idea de libertad física nace en el individuo cuando cesan de actuar sobre él las fuerzas materiales que le mantuvieron sujeto e imposibilitado de obrar, la libertad integral aparece concebida como cesación de presiones externas, ya sean materiales o morales o intelectuales, en forma de estructura jurídica. Los lazos jurídicos equivalen a los lazos que sujetaron y trabaron al prisionero y al esclavo. El vínculo jurídico es, virtualmente, una fuerza opresiva; una amenaza de fuerza material, que vale tanto como ésta. La libertad obtenida como derecho, como facultad de hacer, y aun de no hacer, tiene caracteres de resistencia y de reacción contra la acción opresiva de las trabas exteriores, acaso más eficaces si asumen formas de sanción o amenaza de sanción. La autoridad es un viejo tabú, más poderoso como amenaza que como castigo, por la eficacia de sus resortes morales."

"... Hasta ahora, la libertad completa e integral, en la medida en que ella es compatible con la vida del hombre en sociedad, sólo ha estado al alcance de los poseedores de la riqueza, o por lo menos, de los medios económicos que dan acceso a los beneficios de la civilización material o de la cultura. Y así la libertad jurídica se ha convertido en la enemiga implacable de la verdadera libertad humana y de la verdadera igualdad, que es, necesariamente, igualdad de punto de partida, igualdad de posibilidades, igualdad de oportunidades."

Penetrando en el corazón mismo del significado y del valor de la libertad, Sánchez Viamonte, después de establecer la diferencia de la semántica del vocablo para la revolución americana y para la francesa ("la

revolución norteamericana fue un acto de emancipación externa o independencia nacional; la Revolución Francesa fue un acto de transformación político-social interno"), expresa: "Lanzada a los vientos populares con toda la fuerza de un profundo sentimiento humano, la idea abstracta de la libertad se convirtió en mística revolucionaria por excelencia. Ella encarnaba la suprema y más alta aspiración del pueblo, y hasta la propia razón de su existencia. Era la revancha contra la opresión, contra la injusticia y el abuso. Era una bandera de redención y de combate. Eso es lo que caracteriza la Revolución Francesa, si se la compara con la de los Estados Unidos" ... "Un ciudadano francés de 1789 podía no comprender, ni mucho ni poco, el carácter jurídico de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, pero ponía toda la fuerza creadora del impulso forjador de una humanidad nueva en el grito de *libertad, igualdad, fraternidad*" ... "Las declaraciones de los derechos del hombre encierran una concepción negativa de la libertad, desde que la presentan como limitación del poder político. La libertad del grito revolucionario, es una concepción unitaria, integral, activa, inmediata y durable, que consiste en oponer a la autoridad de la ley la autoridad de los hombres [1]. La mística democrática de los franceses tenía una finalidad trascendente, ideal, metafísica, que abarca todos los aspectos de la posible perfección humana. La actitud sajona es jurídica; la actitud francesa es religiosa. Para los norteamericanos, los derechos del hombre eran un código; para los franceses un decálogo. Los norteamericanos —como los ingleses— se proyectaban hacia atrás, hacia el pasado, para corregirlo; los franceses se proyectaban hacia adelante, hacia el futuro, para construirlo. Por eso es tan diferente el tono emocional de las declaraciones y sus términos tan parecidos. Los revolucionarios franceses presentaban así a la democracia. Necesitaban el mito sentimental, heroico y religioso, y tuvieron necesidad de asentarlo en la verdad revelada: el dogma. Esto no puede escandalizar ni sorprender a nadie. Todos los ideales humanos han revestido y aún revisten formas parecidas. Acaso en ellas reside el secreto de su fuerza vital. Jean Jaurés resumía el contenido ético, económico y político de la democracia dentro de la estructura republicana, diciendo: "¡La república es la justicia!"

Libertad es, para Martí, autodominio, autarquía, autodeterminación, responsabilidad, dignidad, liberación del hombre alienado, su rescate. Dice: "El primer deber del hombre es reconquistarse a sí mismo." Precisamente por estar más enajenado al extraño (el patrono *alienus*) el trabajador es

1 Spinoza "y su pasión por la libertad" (S/V) diferenció muy netamente la condición del hombre y del ciudadano.

quien más necesita y más merece la libertad que se le ha conculcado. La libertad es una recompensa al esfuerzo de superarse el hombre, y esto sólo se obtiene por el trabajo: literalmente por el trabajo manual, el del artesano y el agricultor, el trabajo que se realiza con la totalidad del cuerpo, como ejercicio de la vida. Dice Martí: "La libertad es un premio que la Historia da al trabajo. No puede ser que se entre en el goce de una recompensa sin haberla antes merecido por una labor sólida y útil. La paga ha de venir después de la obra" (Tr. XLIV, 148).

La libertad, entonces, es el derecho que otorga el trabajo a quien ha hecho esa contribución a la sociedad. La sociedad es más libre, a su vez, por el trabajo socializado de cada uno de sus miembros. El ocioso no es libre, no ha pagado su rescate. Es la sociedad organizada jurídica y moralmente la que otorga el derecho a la libertad social, a la libertad dentro de la sociedad libre; como al hombre natural se la otorgaba la naturaleza libre. Pero Martí no cae en el peligroso extremo de supeditar enteramente la libertad individual al derecho que le acuerda la sociedad, pues sabe que puede ésta convertirse, mediante sus órganos más o menos legítimamente representativos (el Estado con los agentes estabilizadores del orden), en una dictadura impersonal. A este respecto, Martí está más cerca del anarquismo filosófico que del socialismo corporativo o de estado y que del comunismo dogmático. Las polémicas casuísticas sobre la libertad a que fueron afectos, como sofistas y mistificadores que eran, los fascistas, no afectan al problema de la libertad del hombre libre en una sociedad que se ha privado de libertad a sí misma y que termina no reconociéndola en ninguna forma ni en nadie. La libertad moral no es la libertad del mundo físico mecánico, ni puede ser explicada por los métodos de las ciencias naturales; tiene que serlo, en todo caso de que lo necesite, por los métodos de las ciencias culturales. Éste ha sido también un prejuicio de los fetichistas de la ciencia del siglo XIX, que creyeron que hasta los principios fundamentales de la ordenación de los valores en la vida espiritual habían de supeditarse a las leyes zoológicas y botánicas.

El sentimiento de la libertad no brota ni se enciende en el alma de Martí por haberla "aprendido en los libros", ni por razonamiento, ni por inspiración súbita, es ingénito en él, una modalidad de su persona ética, que nace y se desarrolla con todo su organismo, mas es irrefutable que al ser condenado a presidio, contempla allí al ser humano convertido en objeto, en animal humano privado de sus tres óptimos atributos: la libertad, el derecho y la dignidad. Por eso dijo que en la cárcel imperaba la nada: porque el hombre estaba ausente en ella. Ese sentimiento se con-

vierte en un ideal y como tal en una potencia moral humanitaria, en un imperativo místico y en una meta para la existencia toda. En sus primeros escritos de adolescencia se manifiesta ya con el carácter apasionado que conservará siempre, y *Abdala* es el fruto precoz de esa fecunda pubertad. Fernando de Los Ríos señala ese origen biológico o inmanente en el alma purísima de Martí: "Como los místicos se enamoraban de la humanidad de Cristo, Martí se enamoró de la idea de la libertad, que lo arrastra psíquicamente", y cita: "Tienda sus alas el Espíritu Santo del Derecho, la paloma blanca de la Libertad y la Justicia."

Jamás razonó Martí ese sentimiento innato en él, ni las muchas veces que se refirió a la libertad demuestra ninguna influencia de sus estudios de derecho civil y de derecho político, porque la razón de ser de los derechos naturales del hombre y del ciudadano fueron para él un postulado por encima de todos los que se basan en la razón. Y esto distingue a los redentores y libertadores pasionales, de los calculadores estrategos y adversarios de los regímenes de opresión para quienes la defensa del infeliz debe hacerse en tanto son derechos reconocidos [1].

La naturaleza mística que descubre don Fernando de Los Ríos es cualificación correcta, y se la encuentra como elemento implícito en cuantos pensadores procuraron transportar a la tierra el paraíso de las "Civitas Dei". Son los utopistas, los soñadores y los románticos tan inmerecidamente desdeñados por los lectores de obras de divulgación, los que han hecho avanzar la historia liberando al hombre y no los economistas, juristas, filósofos, historiadores y teólogos. Toda la obra de Martí es arborescencia y floración, bajo diversos aspectos, de su fe más que de su idea de la libertad, y lo expresa en un precepto de carácter total y militante: "Sólo con la vida cesará entre nosotros la batalla por la libertad" (*Vindicación de Cuba*).

Hasta en versos (los dedicados a María) exalta el instinto libertario de los animales salvajes e indómitos: "Más que el corcel que el deshonroso arreo / En el corto zaguán... / Amo la cebra, que la crin pintada / Si herida no domada, / En su carrera infatigable extiende, / Y sobre la llanura arrebatada / Alas de libertad al aire tiende." Y también, en otra imagen poética de lirismo audaz, que es complementaria de la anterior: "Odio el mar, que sin cólera soporta / Sobre su lomo complaciente al buque / Que entre música y flor trae a un tirano."

Martí supo, por experiencia, que "la libertad cuesta muy cara, y es

[1] "La ciencia del derecho es la principal culpable del descrédito experimentado por la libertad" (Sánchez Viamonte).

necesario, o resignarse a vivir sin ella, o decidirse a comprarla por su precio" (Discurso del 24 de enero de 1880). La libertad que él quería para los pueblos todos y entre ellos los de América, por ser los más sacrificados, era la liberación total del hombre de todas las cadenas visibles e invisibles que lo sujetan en servidumbre: "Ellos saben que hemos sufrido tanto como ellos y más que ellos; que el hombre ilustrado padece en la servidumbre política más que el hombre ignorante en la servidumbre de la hacienda" (en el citado discurso): "La libertad política no estará asegurada mientras no se asegure la libertad espiritual. Urge libertar a los hombres de la tiranía de la convención, que tiene sus sentimientos, precipita sus sentidos y sobrecarga su inteligencia con un caudal pernicioso, ajeno, frío, falso" (apunte inédito en Tr. XXV, 184). "El problema de la independencia no era el cambio de formas sino el cambio de espíritu" (*Nuestra América,* 1891).

La libertad irrestricta que anhela Martí, como expresión activa de su amor por el hombre, ya adquiere forma concreta en sus primeros escritos polémicos: "Cuando se quiere ser libre, es infamia combatir a los que han merecido serlo, es infamia combatir la libertad" (*La cuestión cubana,* Sevilla, 26-V-1873). Es una obsesión para Martí la libertad, porque ha descubierto que es la raíz de todos los males que afligen a la humanidad.

E. M. E.

EL SINDICALISMO

Si la producción literaria de Martí es de carácter austero, a veces homiliario, sus crónicas de Norteamérica, la parte más opulenta y jocunda de ella, es de un vigor sano, exultante, de un entusiasmo por el pueblo como pocas otras veces vibra en él. Es la muchedumbre en marcha, andando en procesión o desfile, desplegando banderines y lemas, animada de una voluntad unánime de vivir con dignidad, de hacer del trabajo un motivo de alegría y bendición en vez que de agobio y vergüenza. Es Martí un obrero, un agricultor, un hombre habituado a usar sus manos para construir algo que otros disfrutan y para vivir de su producto; es un artesano con el orgullo del oficio y la conciencia de la importancia de su obra en la obra común, que también él realiza escribiendo y que refleja en sus escritos. El placer de escribir se transfiere al lector, y es el mismo placer que se ha experimentado muchas veces ante la escena

de esas gentes humildes, silenciosas, resignadas y fuertes que ha contemplado a diario durante muchos años lo que lo inspira. "Jamás veo, acá en las mañanitas a un trabajador de manos duras que deja a sus hijuelos con el alba y va camino de su taller, mina o escalera, con la comida de mediodía en su tinilla de lata, sin que las manchas de su vestido me parezcan condecoraciones, y, si es joven, me entran deseos de abrazarlo, y si es viejo de besarle la mano. Y mientras más los veo los quiero más."

Una manifestación de obreros avanza como un ejército de paz y progreso por alguna avenida de New York. Martí describe esa manifestación con el énfasis de un aedo, con el ímpetu verbal de Homero cantando el avance de los griegos sobre Troya. Todo es dinamismo y júbilo, energía y decisión. Describe, previamente, el marco emocional del espectáculo: "Son mozos y mozas con blusas y delantales de trabajo", que se han levantado un momento de sus máquinas de hilar, de coser, de recortar, de plegar, de engomar, de agujerear, de colorear, de escribir, de encuadernar, de parar letras, para ir a saludar con sus pañuelos a los que por la ciudad pasean en procesión, como santidades nuevas, sus méritos y sus dolores. A sí mismos se ven en los que pasan y se les llena de amor de hermano el pecho, y los ojos de lágrimas de lástima por sí propios, por su rincón doméstico sin sosiego y sin abundancia, por sus largas desocupaciones sin salario y sin consuelo, por sus niños y sus viejos, siempre coléricos y necesitados; pero la atmósfera está tan encendida y lúcida, los procesionarios llevan tan buena apariencia, tan altos hurras da al verlos la gente, que las lágrimas se les secan en los ojos a los obreros asomados a las ventanas y se vuelven a sus máquinas consolados, como la tierra después de una ligera lluvia." Y el desfile: "¿Quiénes vienen ahora tan galanes y de holgada apariencia, con sombrero alto muchos, todos con ropas buenas? Gente oficinesca no son, que comen a muchas mandíbulas lo que paga al Erario la gente trabajadora, gentes parásitas no son, que vive de expedientes y de parecer lo que no es ni tiene; son los enladrilladores de New York, que ostentan al pecho el delantal blanco de su oficio, y en él pintado un brazo vigoroso, que empuña una cuchara de albañil. Ganaron hace poco una batalla justa contra sus empleadores, y ahora a dobles manos los aplaude la gente por ella; antes, y todavía hoy, se aplaudía a los que venían de matar; éstos no vienen de abatir moros, ni egipcios, ni annamitas, sino de conquistar un derecho. Marchan compactos y serenos. A su paso, parece que se levanta por el aire, trabajado por todas aquellas cucharas que caminan, un colosal palacio. Carro no traen los enladrilladores, sino carruaje, en que viene un anciano de barba muy larga, rodeado de

todos sus nietos, y de éstos la más pequeñita lleva un estandarte que dice: "¡Nada más que nueve horas de trabajo para el abuelo y para Nellie!" Porque aquí los niños trabajan; y ¡oh, infamia sin nombre!, catorce horas a veces. Así, si no se corrigiese esto, sería de temer el día que se escapasen de sus jaulas las fieras: Ya va lleno de flores que le echan las trabajadores el coche de Nellie." Es la marcha de los hombres trabajadores sin odios ni prejuicios, de los hombres de salud y fraternidad, sin diferencias de razas ni de credos: "Trescientos negros llegan, hermosos como una bendición. Ungido traen el rostro, más por el agradecimiento al norte que peleó por ellos, por la libertad de que en él gozan. Conmueve verlos, y van conmovidos. La raza negra es de alma noble. Estos trescientos forman la Asociación "Wendell Phillips" y van detrás de un banderín que dice: "No hay castas". El júbilo de las almas se les desborda por el rostro; quien no ha visto luz de almas, aquí la vea" (C 97).

Es el trabajador quien lo emociona como ser que lealmente admite el juego de dar y tomar en la lucha por la vida, aceptando con demasiada tolerancia que se empleen contra él trampas de jugador fullero y violencias de aprovechador. Y el trabajador y su misión, su destino, que es el trabajo, pues el trabajo manual, el trabajo del que construye, fabrica, crea, hace, para Martí es sagrado. A este respecto tienen el sentido bíblico de que el trabajo es, más que una maldición, un requisito ineludible para que los bienes de la vida sean legítimos y estén santificados por su obtención sin privar de ellos a nadie. Puesto que es ley universal que el hombre emplee sus fuerzas en realizar algunas tareas de utilidad y puesto que la mano es ya una herramienta de trabajo, un utensilio maravillosamente práctico y adaptado a todas las exigencias de la vida, el trabajo es una condición, un atributo del ser humano. Martí no tiene por el trabajo ningún sentimiento poético o romántico, sino que siente con su cuerpo la felicidad de trabajar, el gozo de realizar algo que es beneficioso y efectivo, de crear y de que la materia pase de un estado grosero y rústico a otro afinado, organizado, compuesto; que la materia ingrese como objeto de civilización a la sociedad, que pase de la historia natural a la historia humana. En este orden de ideas tiene razón Simone Weil cuando dice: "A este espíritu de rebelión que animaba a los plebeyos de Roma, que inflamó casi simultáneamente hacia fines del siglo XIV a los obreros florentinos, a los labriegos ingleses, a los artesanos de Gante, ¿qué le hace falta en la obra de Marx para que sea comparable? Le hace falta lo que ha sido casi olvidado por el marxismo: la glorificación del trabajo productivo, concebido como la actividad suprema del hombre; la afirmación

de que sólo una sociedad en la que el acto de trabajo pusiera en juego todas las facultades del hombre, en la que el hombre que trabaja estuviera en el primer puesto, realizaría la plenitud de la grandeza humana."

Martí siente la fraternidad natural por todos los seres humanos, mayor cuanto más señalados por el destino han sido para padecer injustificadamente. Los últimos serán los primeros y felices los que padecen hambre y sed de justicia, porque de ellos será el reino de los cielos, son sentimientos que no ha aprendido en la escuela ni en la vida sino que forman parte de su ser, de su condición humana. La alegría que experimente ante la alegría ajena, la felicidad que le transmite el que se siente feliz, el que olvida que tiene un cepo al pie y un yugo al cuello para sentirse libre y en el disfrute de su vida gozosa y jocunda, son formas elementales con que Martí coparticipa de la vida de todos, de la comunidad, de la sociedad. Es un miembro de la familia humana, y con sus compañeros él también olvida sus propias desventuras.

En la "Revista Universal" (15 de julio de 1875) escribió: "La Revista se enorgullece de que los obreros asciendan por su propia fuerza y convicción de dignidad, de masa conducida e inconsciente a hombres dignos y capaces de examinar e interponer sus derechos." A ese sentimiento de simpatía natural, que los griegos llamaban *phylía,* y que está en la raíz del ser, uniendo e identificando a todos los seres en una fraternidad antropológica más poderosa que cualquier motivo circunstancial de desacuerdo u hostilidad, Martí lo proyectaba de sí con el de la *cárites,* que nos conmueve y obliga más cuanto más desdichado es nuestro hermano. El que ha recibido mermado su patrimonio, el que no ha tenido otra suerte que la que ha podido hacerse con su esfuerzo, ése es el que él prefiere, y no podemos decir que sea un sentimiento cristiano porque es universal y no tiene restricciones y se da tanto más generosamente cuanto menos motivos hay de que se dé. ¿Por qué esa simpatía tan señalada por los obreros, los trabajadores, los que diariamente resuelven el dificultoso problema de vivir y seguir adelante? No es la simpatía de sectario que ve en el trabajador a un miembro del proletariado, de la clase explotada que merece el apoyo de cuantos han comprendido su situación, sino lo que Kropotkine entendía por apoyo mutuo, ese sentimiento de solidaridad humana irracional, más vivo en el que más lo necesita. Es el creador de bienes, el hombre que produce y entrega a la sociedad lo que hace recibiendo en pago una porción por lo regular insignificante; es el mismo obrero y el proletario de las invocaciones reivindicatorias pero pur-

gado de todo cariz sectario, en su condición prístina y zoológica, en su estado primario de naturaleza. "Tengo una fe en mi pueblo y mejor cuanto más pobre" (III 1894).

En los desfiles y manifestaciones populares, particularmente de gremios organizados y disciplinados que llevan al frente estandartes y símbolos alusivos a sus oficios, Martí no presencia como espectador sino que participa y va con ellos, los acompaña como uno entre muchos, siente la sensibilidad de la masa y participa de ella con la ingenuidad saludable de todos: "Ahora sí viene la procesión, ahora sí que viene, no en las aceras solo, sino en las ventanas de estas altísimas casas rebosa la gente; castellanas no son ni señorías, asomadas a los balcones de piedra del castillo, en sus vestidos de talle largo con mangas colgantes, a ver pasar, trémulo el corazón y enamorados los ojos, los fuertes caballeros que van, con su gente de armas a la zaga, camino de la guerra; son mozos y mozas, con blusas y delantales de trabajo..."; "Han decidido los artesanos de los Estados Unidos que el primer lunes de cada septiembre sea un inmenso día festivo para todos los trabajadores de la nación... Los que edifican el mundo, quieren enseñarse una vez al año a él; así, ante el espectáculo solemne se decidirán a obrar en justicia los abusadores, y entrarán en miedo los déspotas; mal le irá al que quiera sentarse sobre todos esos hombres"; "gusanos me parecen todos esos despreciadores de los pobres: si se les levantan los músculos del pecho y se mira debajo, de seguro que se ve el gusano" ... "pero repudiar como a criaturas que manchan y avergüenzan a aquellos cuyas virtudes pacientes y admirables ni por un solo día serían capaces de imitar los que las repudian, es una vileza digna de un castigo público"; "pero en las calles y plazas por donde había de pasar la procesión todo era desde por la mañanita en los copos de los árboles, en los botones de bronce de los uniformes de gala de los policías, en los vestidos alegres de las familias que iban a ver marchar a sus padres, en los pabellones que engalanaban muchos de los establecimientos de la carrera, y en todas aquellas almas tan a menudo acongojadas, todo era sol. Sol hubiera habido aunque el del cielo se hubiera entoldado: dondequiera que el hombre se afirma, el sol brilla. Rayos de sol atravesaban las calles la mañanita de la procesión de trabajadores de entre los gestos rubios de los niños, de los pobres, salían los rayos del sol cuchicheando y revoloteando. Resplandecían, como premios, sobre los martillos de los artesanos". (C 97).

Y en contraste con esas escenas pujantes de vida, de fuerza y de entusiasmo, con acentos patéticos Martí describirá a una multitud enorme

que ha ido a presenciar el ajusticiamiento de los anarquistas de Chicago. Esta vez también Martí está con ellos, siente y sufre con ellos, después de haber comprendido a los que en el primer momento del atentado juzgó como criminales inconscientes, pero en los que más tarde vio que brillaba la luz de las reivindicaciones, la defensa de la justicia pisoteada por los poderosos y el dolor del sacrificio que la sociedad exige para ir rectificando sus aberraciones. "Y dos días después, dos días de escenas terribles en las casas, de desfile constante de amigos llorosos, ante los cadáveres amoratados de señales de duelo colgadas de puertas, miles bajo una flor de seda roja, de muchedumbres reunidas con respeto para poner a los pies de los ataúdes rosas y guirnaldas, Chicago asombrado vio pasar tras las músicas fúnebres a que precedía un soldado loco agitando como desafío un pabellón americano, el ataúd de Spies, oculto bajo las coronas; el de Persons, negro, con catorce artesanos que cargaban presentes simbólicos de flores; el de Fischer, ornado con guirnalda colosal de lirio y clavellinas; los de Engel y Lingg, envueltos en banderas rojas —y los carruajes de las viudas, recatadas hasta los pies por velos de luto—, y sociedades, gremios, vereins, orfeones, diputaciones, trescientas mujeres en masa, con crespón al brazo, seis mil obreros tristes y descubiertos que llevaban al pecho la rosa encarnada.

"Y cuando desde el montículo del cementerio, rodeado de veinticinco mil almas amigas, bajo el cielo sin sol que allí corona estériles llanuras, habló el capitán Black, el pálido defensor vestido de negro con la mano tendida sobre los cadáveres: "¿Qué es la verdad —decía, en tal silencio que se oyó gemir a las mujeres dolientes y al concurso— qué es la verdad, que desde que el de Nazareth la trajo al mundo no la conoce el hombre hasta que con sus brazos la levanta y la paga con la muerte? Estos no son felones abominables, sedientos de desorden, sangre y violencia, sino hombres que quisieron la paz, y corazones llenos de ternura, amados por cuantos los conocieron y vieron de cerca el poder y la gloria de sus vidas; su anarquía era el reinado del orden sin la fuerza; su sueño un mundo nuevo sin miseria y sin esclavitud; su dolor, el de creer que el egoísmo no cederá nunca por la paz a la justicia; ¡Oh cruz de Nazareth, que en estos cadáveres se ha llamado cadalso!"

"De la tiniebla que a todos envolvía, cuando del estrado de pino iban bajando los cinco ajusticiados a la fosa, salió una voz que se adivinaba ser de barba espesa y de corazón grave y agriado: '¡Yo no vengo a acusar ni a ese verdugo a quien llaman alcalde, ni a la nación que ha estado hoy dando gracias a Dios en sus templos porque han muerto en la horca estos

hombres, sino a los trabajadores de Chicago, que han permitido que les asesinen a cinco de sus más nobles amigos!' ... La noche, y la mano del defensor sobre aquel hombre inquieto, dispersaron los concurrentes y los hurras: flores, banderas, muertos y afligidos, perdíanse en la misma negra sombra; como de olas de mar venía de lejos el ruido de la muchedumbre devuelta a sus hogares y decía el *Arbeiter Zeitung* de la noche que al entrar en la ciudad recibió el gentío lívido: '¡Hemos perdido una batalla, amigos infelices, pero veremos al fin el mundo ordenado conforme a la justicia: seamos sagaces como las serpientes, e inofensivos como las palomas!' " (C 52).

E. M. E.

LOS ENFERMOS DE PATRIA

...“una cosa entre dos labios que se quieren juntar y no pueden”.

HEBBEL

El intelecto argentino culto existe (desde el primer día de su historia “hacia” la independencia) opreso de la necesidad de reconocer un “Eso” en que de pronto se descubre sumergido, y dentro del cual necesita recobrarse individualmente, en un estado de autonomía personal debidamente distanciada e inmune.

Bien temprano todavía, por 1833, Rivadavia dejaría redactada la fórmula extrema de esa postura:

“Nada puede ser calculable en *esos* países —escribía desde su proscripción—, porque nada hay que esperar de la capacidad de los hombres. Toda superación, y aun todo bien, ha de ser el efecto del poder de las cosas; y usted, mi amigo, y yo, debemos considerar a nuestros pobres compatriotas sólo como cosas, no como personas.”

Llamémosle a esa tendencia característica del intelecto argentino culto, voluntad de objetivismo...

Pero es claro que, por tratarse precisamente del “Eso” que más inmediatamente le atañe, como que es su condición de ser, su objetivismo conlleva inherente una tensión muy peculiar. La índole dramática —o patética— de su contenido nadie significó con más fluida transparencia que Alberdi con su famosa paradoja autobiográfica: ausente que nunca salió de su país...

El más alto —o el más hondo— grado de lucidez en todas las instancias posibles de los afectos humanos, acaba homologando en toda ínfula de distanciamiento individual una medida de “conciencia desdichada”, para decirlo con Hegel.

Muchos quisieran hablar a este propósito de alienación. Yo, por mi parte, con espíritu más bien poético, preferiría el nombre de extrañamiento, porque de algún modo esta palabra parece declarar todavía compromisos umbilicales —entrañables— que el vocablo psiquiátrico quisiera olvidar.

Y esa clase de compromisos es lo que importa a nuestro caso, que de sentimientos patrióticos se trata.

Y ha sido siempre inherente al juicio intelectual culto del "Eso" un supuesto patológico ínsito de rara amplitud. De la América "enferma"; del "mal" que aqueja al país; del terreno es "la peste", etcétera, se hablaba en la primera mitad del siglo pasado. El lenguaje era argentino, y puede advertirse el sugestivo empeño de proyectar el supuesto patológico sobre el substracto geográfico, aunque esto estaba lejos de envolver el menor anhelo absolutorio para el sujeto histórico.

En la segunda mitad del siglo, el intelecto culto osaría denunciar "la neurosis de los hombres célebres de la historia argentina". Pocas celebridades se salvaban del catálogo (salvo obvias omisiones dictadas por escrúpulos de urbanidad porteña, principalmente). Médico, el acuñador del diagnóstico, era a la vez historiador y sociólogo; puede ser considerado el precursor de la psiquiatría social americana. Su obra no llega a aclarar del todo cuándo, a su ver, las luchas civiles y el caos desencadenados tras las guerras de la Independencia, dan cuenta de la neurosis de los hombres célebres de la historia nacional, o cuándo esta neurosis, accidente patológico personal explicable por predisposiciones constitucionales del individuo, es la que debe dar cuenta de la anarquía, la tiranía, y los crímenes políticos. Un poco *grosso modo* señaló los síntomas neuróticos, o psicopáticos, o demenciales, que acusaba el carácter de prominentes personalidades. No analizó el que podríamos llamar mecanismo interno de esos estados patológicos, ni tuvo la ocurrencia —inesperable, para aquella época, 1878— de asociar los cuadros clínicos a los problemas de la psicología del patriotismo. De ahondar en la etiología sin duda hubiese corrido el riesgo de acabar absolviendo a nombre del amor a la patria a muchos delincuentes comunes; por otra parte, en el caso el psiquiatra era también argentino, lo que, aparte el deber de objetivismo profesional, lo obligaba a "condenar"; el objetivismo del intelecto culto nunca es tan superficial que deje de suponer que en el fondo tiene que habérselas más que con una enfermedad con un "mal". Lo contrario habría significado abreviar distanciamientos, esto es un principio de contradicción consigo mismo.

Para fundamentar el diagnóstico, la obra abundaba en referencias testimoniales contemporáneas, entre otras de Sarmiento sobre hechos o personajes. Sarmiento mismo halló pertinente salirle al encuentro al joven autor a este propósito, para aconsejarle una mayor prudencia en el uso de referencias de esa especie, trátese incluso de testimonios como el suyo, que el joven psiquiatra admitía con ciega reverencia, pues, ningún testimonio, escrito u oral, de contemporáneos de aquellas celebridades habría podido

dejar de surgir, conciente o inconcientemente, deformado por dictados de la santa o non-sancta razón polémica que movía a unos y otros en aquel trance histórico.

Al publicarse la obra hacía rato que en todo el país se hablaba del "loco" Sarmiento, que hacía treinta años había renunciado a la proscripción y se hallaba arrostradoramente metido dentro de su país. Y en Buenos Aires día a día, más y más, de "la monomanía del doctor Alberdi", el célebre argentino que nunca había salido de su país en cuarenta años que ya llevaba de vivir a tres mil leguas... Por motivos harto obvios, la obra del médico dejaba de lado estos dos casos máximamente ejemplares.

Ambos eran ante todo, innatamente, hombres de pensamiento y de pluma. Pero he aquí que un buen día Sarmiento había gritado: "¡Hacer, hacer, bien o mal, pero hacer! — ¡Dadme Patria y convertiré en hechos cada sílaba de mis palabras!". Ya antes que él, Alberdi había proclamado: "Si pudiera convertir en hechos mis palabras, no escribiría una línea." Ninguno de los dos parecía entender que lo que uno y otro hacían entonces —y tan bien: ¡escribir!— fuera, propiamente hablando, hacer algo. En ambos la voluntad —la necesidad— de Hacer había irrumpido comenzando por una abjuración de la vocación literaria. Naturalmente, por mucho que luego el Hacer los substrajera de la vocación, resultaría al fin que más que por lo que Hicieron, será por "le reste" tremendamente voluminoso de la obra escrita de ambos que perdurará su gloria.

Hoy sabemos que el Hacer ansiado por Alberdi era cabalmente el Hacer del Legislador. Supo situarse donde correspondía. Desde Moisés sabido es que el buen Legislador sólo acierta en la Ley ("verdadera", puntualizaba Alberdi) a distancias y alturas de Sinaí de su pueblo... Nada tuvo de irreflexivo el arranque de aquel compatriota que proclamó a Alberdi "Moisés de tribus recién salidas de la barbarie".

Y de nadie es ignorado que el Hacer ansiado por Sarmiento fue el Hacer de mando. Supo situarse donde correspondía: dentro del país. No será más noble el hacer de mando que el hacer de legislador; pero es más difícil, y desde luego más peligroso. En el fondo de uno y otro alienta la voluntad de objetivismo; en uno y otro infundida del mismo apetito: una rigorosa voluntad de poseer. El de Alberdi-Legislador, desde afuera: el de Sarmiento-mando, desde adentro. Eran dos modos de mantenerse inmunes sin desprenderse de "la cosa" (Rivadavia), del "eso" que atañe y repele a la vez, irrenunciablemente.

Como aquellas máximamente ejemplares celebridades, un buen —¿o mal?— día Martínez Estrada decide "renunciar" a la poesía para entregarse

plenamente ... ¿a qué? ¿al Hacer, como aquellos gigantes padres? No. A "¡la interpretación de la realidad!" Bien mirando la intención no era, pues, en el fondo, tan radical que por alejarle de "la poesía" lo situara, como a aquellos próceres, fuera de la literatura. Allí empezaría la peculiaridad de su caso.

Y un peor día se enfermó, "extrañamente". El raro mal, que debía tenerlo postrado en el lecho durante cinco (taxativos) años, coincidiría, con singular sincronismo, con los últimos cinco años de la llamada "segunda tiranía" ...

Inespecífica o atípica, los médicos se desentienden bastante de la índole de esa enfermedad apodándola neurodermitis, que bien poco ilustra o prejuzga a su respecto, ya que nada dice del aspecto impresionante que toma en ella toda la "dermis", y mucho menos acerca del tácito trastorno "nervioso" que de modo tan insólito se delata en toda la superficie del cuerpo.

Tan oscura o extraña como la enfermedad personal, la circunstancia político social acarreada por la "segunda tiranía" confunde o desconcierta al intelecto culto. La súbita, la inesperada de los bien pensantes agitación de las aguas históricas nacionales comportaba lo que siempre la agitación de las aguas: un afloramiento de "posos" dudosos. Nunca son las "virtudes", individuales o sociales, las que afloran con los desórdenes; acaso sea *lo más hondo* lo que se superficializa, nunca lo más claro. Todo el mundo connota en el fenómeno lo más aparente e inmediato: algo así como un súbito enturbiamiento de las argentinas linfas históricas. Significativamente se habla, sin mayores reparos, de "pelos duros", de "cabecitas negras", de "gusanos de tierra", con tácito envío del síntoma a los "posos" del substrato etnográfico o telúrico de la composición nacional, secreta e inexcusablemente repelidos siempre por la sensibilidad —acaso la conciencia— sociológica e historiográfica eminente. Y todo ese desencadenamiento, entre gritos y vociferaciones "oficiales" totalmente fuera de registro en las costumbres guturales de la política nacional.

Había harto lugar a que el intelecto argentino culto se detuviera a preguntarse, con su característica presunción objetivista: "¿Qué es *Eso*?" ...

Enfermo ya, Martínez Estrada, más mordido que nunca de su tenaz afán interpretativo, no se preguntó: "¿Qué es *eso*? Se preguntó: "¿Qué es *Esto*?" Usado o no a conciencia, el pronombre acortaba la distancia entre el sujeto y el objeto (la "cosa"), hasta con-fundir (fundir en uno) las incómodas cenestesias de la circunstancia político social que envolvía a todos, con las dolorosas cenestesias del propio estado físico. Tengo motivos para presumir que aquel enorme lúcido usó bien a conciencia el pronombre

aproximador, secretamente —¡supersticiosamente!— seguro de que su "mal personal" no era extraño al "mal nacional", en ese momento de crisis aguda, paralela y sincrónica, de uno y otro; —por lo cual tendía él a dudar de la eficacia de las terapéuticas ensayadas en su cuerpo con desvelo médico, en cuanto prescindían de la razón de las sinrazones que a la circunstancia se hacían y tan feamente enturbiaban los argentinos raudales de la historia (ante lo cual, por lo demás, los buenos médicos, ni nadie en suma, habrían podido hacer nada, desde que, si el propio paciente no estaba equivocado, todo resultaba debiéndose a cierta fatalidad elemental ineludible).

"Yo y mi país estamos enfermos", proclamó en significativo orden enumerativo. "Yo, de una enfermedad chica; él, de una enfermedad grande".

Secreta, supersticiosamente, sintió algo así como que su enfermedad personal mimetizaba la enfermedad nacional, en una especie de identificación simbólica . . . pero sin simpatía, para decirlo de algún modo. Con el tiempo fue dándose cuenta de que su enfermedad repetía demasiado en serio lo que en el otro plano veía día a día resolverse en grotescas gesticulaciones de torpe histrionismo. El sentimiento de este contrapunto irrisorio agravó las torturas de conciencia, volviéndole más incomprensible su mal de identificación. Terminó encontrando el caso infusamente demoníaco, sin duda para explicarse de algún modo su exagerada gratuidad.

Curiosa enfermedad, dicen estadísticas que en ella el proceso patológico se prolonga "normalmente" por espacio de cinco años, no habiéndose acertado todavía en el modo terapéutico de acortar el lapso infausto. Lo cierto es que, en el caso, el misterioso mal quinquenal, cumplido el estadístico término se mandó mudar del cuerpo del insigne escritor, de alguna manera como había advenido, con pasmoso sincronismo con aquella bochornosa vicisitud política que tanto había abundado en burdas mistificaciones de planes quinquenales . . . (Pluguiera al cielo que allí mismo hubiera quedado liquidado para siempre el espeso "maleficio del cinco" que ya por tantas veces cinco viene presidiendo la suerte de la Patria.)

Con el taxativo plazo expiró, pues, el extraño mal personal. No habían alcanzado a abreviarlo un solo día los recursos de la ciencia puestos a contribución con solicitud sin medida por los mejores galenos. Hasta cabría preguntarse si el celo medical no había ido demasiado lejos en el caso, ya que si bien el enfermo sanó de aquel "mal" continuó hasta su muerte con otras dolencias que no podían explicarse por hipótesis de identificación patriótica, y acaso tenían carácter de iatrogénicas como llaman ahora a las enfermedades ocasionadas por remedios que curan de las otras.

Fue el último de los grandes argentinos "poseso" de amor a la patria; esto es, presa del pathos patriótico en grado patológico. Digo el último; no volverá a darse otro así. El penúltimo habría sido Almafuerte, que también vio transferido a su piel el nudo de una demanda negada a la respuesta. Último y penúltimo, ya en sí anacrónicos. Precisamente en este anacronismo estaba cifrada la instancia mórbida del pathos común a los dos. Era mal de desubicación en un presente histórico trastornado, y refugiado en una "primigeneidad" —para usar el eufemismo de un maestro argentino— que acaba remitiéndose a infusas "matrices" devoradoras. Un pathos de un contenido históricamente extemporáneo, y psicológicamente regresivo. A diferencia del pathos que había poseído, bien oportunamente, a los grandes posesos de patriotismo de la era pre y pro constitucional, este otro no estaba asistido de una voluntad "positiva" de trascendencia hacia adelante, de ningún "programa" de Hacer que trascendiera el afán mera y obstinadamente interpretativo, hacia una reforma (como Moreno y Rivadavia), hacia una nueva fe social y orgánica (como Echeverría con su Dogma), o un nuevo estado integracional (como la "unidad sintética" de Alberdi), o un magisterio soberano e implacable (como Sarmiento), o una "transfiguración" poética (como Hernández, y hasta el mismo Almafuerte, después de todo . . .).

¿Habría sido lícito pedirle a él, en nuestros días, eso mismo? ¿No hubiese sido caer por nuestra parte también en pecado de anacronismo? ¿Qué tiene que hacer en nuestros días un nada menos —pero también nada más— que un gran escritor, por muy capaz que se pruebe de renunciar a la poesía, en arranque de amor a la Patria?

Él quiso, simplemente, interpretar la realidad . . . Esto era sin duda salirse de la poesía, pero no de la literatura.

Pensaba que la realidad era lo que pasaba ante sus ojos y él palpaba con la piel desollada. En lo turbio creyó reconocer lo profundo. Cavó, cavó (¿cavó?) en busca de una profundidad de lo que no era más que turbio. En la medida que tienta honduras pierde perspectivas. Acaso por afán de profundidad no acaba de tocar fondo. Por ahondar la cava olvida el surco para dar en el pozo. A menudo, un pozo ciego. Pero de todos modos dentro de una gran literatura.

BERNARDO CANAL-FEIJÓO

SER, NO SER Y DEBER SER DE LA ARGENTINA

I. Buenos Aires, 1837. En el *Salón Literario,* Marcos Sastre inicia el enjuiciamiento público de su propio país triplemente plagiario: en lo político, lo científico, lo literario, y busca un país argentino, una educación argentina, una expresión argentina. El territorio está, la gente está, algo ha habido y hay, pero un alma propia —no mostrenca o plagiaria— no está. Para acabar con esos tres errores de plagio o inexistencia, busca un triple divorcio: de toda política y legislación exótica, del sistema de educación pública española, y de la literatura española y aún de todo modelo literario extraño; o sea en resumen y literalmente: una política y legislación propias, un sistema de instrucción pública acomodado a su ser, una literatura propia y peculiar de su ser. Todo esto llena de asombro por la precisión de planteo y vocabulario en el Buenos Aires de 1837, pero hay que escatimar el asombro porque a los pocos minutos de callarse Sastre, Alberdi dirá: "el estudio de lo nacional es un trabajo nuevo en que no se entró con decisión en nuestro país, sin duda porque no se conoció bastantemente que lo nacional era un elemento necesario de nuestro desenvolvimiento argentino"; y otros minutos más tarde J. M. Gutiérrez invitará a imaginarse, en su *Fisonomía del saber español,* cuál habría sido la civilización americana, original, sin influencia alguna extraña, "si la conquista no hubiera cortado el hilo del desenvolvimiento intelectual americano". (Claro que, todavía, si quisiéramos hacer justicia a los precursores de los precursores, podríamos anotar que ya Moreno quería fundar un nuevo establecimiento de estudios "adecuado a nuestras circunstancias"; ya Rivadavia había hablado de que "nos resta destruir las tinieblas en que hemos estado envueltos por más de tres siglos" y que "nos resta conocer lo que somos, lo que poseemos y lo que debemos adquirir" . . .)

La Joven Argentina insta a crear el país, es decir el país pensante, la realidad y su expresión, la mente nacional, ya que el país concreto o material, o existe o vendrá a darse por añadidura; no se dice así, pero podría haberlo dicho Alberdi, quien escribe con una intuición absolutamente original: "Es

pues del pensamiento, y no de la acción material, que debemos esperar lo que nos falta" (lo que al talentoso pero apasionado Florencio Varela podía sonarle a galimatías). A la hora de la espada debe seguir la hora legitimadora de la filosofía, del Pensamiento; Echeverría escribirá por los mismos días: "La revolución tuvo espadas brillantes, y es lo único de que puede vanagloriarse; faltóle dirección, inteligencia, y se extravió e inutilizó su energía", mientras Alberdi recurre a la filosofía como a un oráculo.

Las cosas hicieron que primero fuera la acción y luego haya debido ser el verbo, lo que al futuro constitucionalista parece poco menos que a contranatura; la Revolución de Mayo está hecha, el país está libre e independiente, y ahora es necesario legitimar todo lo hecho físicamente rebosándolo de sentido ético, de *pensamiento*, ya que en nuestro proceso —a diferencia del francés o norteamericano— la ruptura política no ha sido tanto un coronamiento natural después de una adecuada maduración en el plano mental, sino que la teoría del derecho a la nacionalidad y la libertad ha debido seguir al hecho de la independencia o hacerse sobre la marcha.

Alberdi, Echeverría, Gutiérrez, Sastre, buscan la triple autenticidad que hace falta para superar el triple plagio: autenticidad institucional, autenticidad educacional, autenticidad literario-idiomática o expresiva. (Claro que se sobreentiende una protoautenticidad ontológica.) Sienten que el país está no sólo todo por hacer, sino todo por conocerse, lo que es previo al hacer. Sueñan con un idioma americano, una constitución americana, una literatura americana, una filosofía americana, una educación americana, una democracia americana, un derecho americano y hasta una tradición americana; con que el país sea más que un territorio, una población, una bandera-himno-escudo, un gobierno y un nombre de nación. Seguramente el *Salón Literario*, la *Joven Argentina*, la *Asociación de Mayo* o el *Dogma Socialista*, además de matices individuales, no son todo el país pensante de entonces: Sarmiento anda por San Juan y tiene su sistema propio o no se lo ve fácilmente dentro del *Salón* buscando el ser de la nación; Florencio Varela (en carta a Gutiérrez, desde Montevideo) da bastante por sabido qué es el país y qué debe ser y qué debe hacerse, y no le parece necesaria tanta publicidad sobre lo que todos sabían y tanto proponerse hacer lo que ya había sido hecho; y Florencio Balcarce (en carta a Félix Frías, desde París) descree del designio de crear un idioma y literatura nacionales como bastante para que aparezca el Dante, Shakespeare o Cervantes, y piensa, por lo demás, que la "emancipación de la lengua" ya existe: "el lenguaje americano en esta parte es ya tan distinto del español que merece ser designado con diferente nombre".

Pero, coincidentes o disidentes (por cuestiones temperamentales o polí-

ticas, sobre todo), y sea o no exacto que esté todo por plasmar o examinar (Alberdi, Gutiérrez, Echeverría, Sastre) o esté algo ya averiguado o hecho (F. Varela, F. Balcarce), o pueda la cosa ser o hacerse de otro modo (Sarmiento), a todos es común la pasión de autoconocimiento de esta tierra, para orientar su acción; no hay uno insensible a preguntarse si existe una nación, si tiene sentido, si algo entitativo corresponde al adjetivo meramente geográfico "argentino". Y buscan, y revuelven ideales o papeles, y comparan, y consultan la historia y la economía política, y no se conforman con que el país viva silvestremente, o que haga las veces de nación o se comporte *como si*. Averiguan lo telúrico y lo indígena(y hasta, en su búsqueda de lo Americano (por reconocimiento o por invención), hacen indigenismo: ya casi 130 años atrás Gutiérrez se duele, en filósofo de la historia, del destino de Moctezuma y Atahualpa, y sabe lo que ha tardado un siglo más en divulgarse: que en ciertos aspectos el nivel cultural de aztecas e incas no desmerecía del clásico o europeo. No quieren copiar costumbres políticas o artísticas, y hasta están prevenidos contra lo "foráneo", más vivamente Sastre y más filosóficamente Echeverría o Alberdi. Comprenden que si somos los mismos de la Colonia, somos Otros, no somos nosotros; tenemos pues que hallar nuestra identidad, o sea el matizamiento de lo universal del género humano por el tiempo y el espacio propios. (Y además estos pensadores-artistas hablan de la Poesía como de un camino al ser de la patria, como luego hablarán de poesía los pensadores-estadistas Mitre, Sarmiento, Wilde, Goyena.)

II. Buenos Aires, 1933. Naturalmente, hay que retomar una vez más el cuestionario secular: se trata de saber qué es lo *propio*. ¿Está en la historia, en la geografía, en la herencia, en el aire? Se trata de saber cuál es nuestra *propiedad* en el cuadro cultural del mundo. Lleva un siglo la exploración con los métodos de la filosofía, la sociología, la literatura, la fantasía, la profecía. Pues ocurre que las naciones no saben sobre sí mismas mucho más de lo que Sócrates: al conocerse a sí mismo contestan igualmente: sólo sé que no sé nada. Pero este previsible resultado no desanima a los herederos del latido de Delfos: sobrentienden que alguna verdad oculta dice que el que busca, encuentra. Algún día será encontrada la Argentina perdida, la Argentina posible, la Argentina factible.

Casi exactamente un siglo después del *Salón Literario y el Dogma Socialista*, o sea del primer y notable énfasis en el autoexamen nacional, Ezequiel Martínez Estrada, con fibras de la raza de los Echeverría, Alberdi, Sarmiento, J. M. Gutiérrez, individualmente reajusta y acomete un planteo semejante: existimos, pero ¿tenemos sentido, razón de existir? ¿Somos un adjetivo o un sustantivo, una cantidad o una calidad? También a él le parece

que el país está por conocerse y por hacerse, y se enfrenta con esta inmensidad de enigma, y con cien años largos de tragedia y de comedia sobre este mismo suelo; se ensimisma, medita, y da su imagen, con un título naturalista o cientificista que hubieran podido usar gustosamente aquéllos: "Radiografía de la Pampa" o "Microscopía de Buenos Aires" (*La Cabeza de Goliat*). Como Alberdi se coloca en la cresta de la historia para relacionar el pasado con el futuro, Martínez Estrada se inmerge radicalmente en el plasma nacional para definir su genuinidad.

Escritor como aquéllos, en noble y pleno sentido, hombre de ideas y de palabras y de versos, procuró usar las armas de la luz —de toda la luz que pudo serle accesible— para convencer de sus ideas, para esclarecer. Las armas de la luz, lo digo no casualmente, pues lema del *Salón Literario,* inscrito sobre la biblioteca, eran esas palabras de San Pablo a los Romanos (13, 11-12). Como aquéllos, con la pasión socrática y paulina o gandhiana de conocerse, privada y socialmente, y de que la comunidad se autoconociera públicamente.

¿Y qué Argentina aparece en la placa Martínez Estrada?

La Argentina sigue en tinieblas, el conocimiento de la Argentina sigue en tinieblas, de suerte que el *abjiciamus ergo opera tenebrarum* de Sastre o Florencio Varela no han caducado. Pero en 1837 Alberdi podía creer que había empezado la Revolución por donde debería haber terminado ("nos vemos con resultados y sin principios"), y Echeverría podía temer la contrarrevolución; pero por poca que sea la sustancia del tiempo (el tiempo-historia), no se puede sin angustia estar hoy en el mismo punto. Han pasado cien años; ¿no ha disminuido la cantidad de ignorancia sobre nosotros mismos? (No se olvide que en buena doctrina la Ignorancia no es sino conocimiento imperfecto o velado, no desconocimiento absoluto, nesciencia.) Seguramente se habrá ido acumulando una buena porción de noticias sobre nuestro modo de ser, de no ser y de semi-ser, a través de ensayistas, pensadores, cuentistas, novelistas, poetas, periodistas; no vanamente habrán trabajado los hombres del 37, el 52, el 80, el 900, el 930, y habrán aparecido por lo menos media o una docena de libros-espejos o libros-denuncias importantes. Pero no bastan las noticias, ni los análisis, si carecen de evidencia definitiva; necesitamos una interpretación, hacer la doctrina armonizando el ser y el deber ser argentinos, y encontrar luego quienes lleven a hechos la buena doctrina sin nueva falsificación.

El radiógrafo de 1933 halla un país anómalo, magmático, contranatural y hasta teratológico; i-, semi- o contrarrealizado: falso o falsificado. Pero como estamos en 1933 y no en 1837, cuando la necesidad de autenticidad fue planteada orgánicamente; como desde entonces se han publicado

nada menos que el *Dogma Socialista*, *Facundo*, las *Bases;* se ha dictado la Constitución y se han sucedido autoridades constitucionales, semiconstitucionales, paraconstitucionales y anticonstitucionales, Martínez Estrada no cree que podamos todavía, como ha podido el joven Alberdi, fiar "en nuestro modo de existir juvenil y americano", pues esa verificación carece de virtud ontológica o deontológica, y cree sentir las tinieblas que se quisieron abjurar un siglo atrás aposentadas cómodamente sobre la pampa. En 1837 podía no ser tardía la instancia de la *Joven Argentina* a autoconocerse y autorrealizarse; en 1933, si es verdad que la esperanza se ha frustrado, es acaso un deber no conservar el optimismo juvenil.

En verdad, la radiografía de Martínez Estrada parece más bien discursiva, de acuerdo con su naturaleza analítica y problematizante; pero aquí también rige la "fecundidad de lo insuficiente"; valen tanto *Radiografía de la Pampa*, *La cabeza de Goliat*, *Sarmiento*, etcétera, por lo que acierten como por lo que puedan desacertar, ya que en ambos sentidos Martínez Estrada opera como un excepcional estimulador, excitador, re-problematizador del autoconocimiento del país. (Se supone, también en buena doctrina, que al conocimiento no puede sino seguir la acción recta). Martínez Estrada es pues uno de los que más habrá ayudado a nacer la Argentina, uno de los parteros mayores (porque lo es de conciencias más que de cuerpos) de lo que algún día habrá de ser este país, entendido obviamente en sentido cultural y no meramente natural.

Angustia, pesimismo, negativismo... se ha escrito más de una vez a propósito de Martínez Estrada (también se ha dicho que significa el surgimiento de la conciencia de América). Pero el joven Alberdi ostenta una fe filosófica ("veréis al género humano marchando, desde los tiempos más primitivos, con una admirable solidaridad, a su desarrollo, a su perfección indefinida"), mientras que el menos joven Martínez Estrada, en una patria menos joven también, no le oye el mismo pulso a la Historia. De todos modos, no parece que haya sido probado que la frustración argentina sea un caso de frustración universal agravada. Pues esa deplorable condición del hado argentino —denunciada quizá para salirle al paso a la gratuita afirmación de que Dios es criollo—, esa angustia sobre la condición humana argentina, ¿no es la que cien eminentes críticos reprochan a la condición humana contemporánea, u occidental, a la civilización o el mundo "modernos"? Óigase a Gandhi: "maldita civilización", "enfermedad de la civilización"; Lanza del Vasto: "civilización diabólica"; Th. Merton: "cultura podrida, trucada, falsificada, vacía, sombra de la nada". Y se trata de Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, Francia... Pero, más radical aún, y quitando "moderno", ¿no es la angustia que las Escrituras reprochan simplemente al

"mundo"? Sería entonces no un negativismo sino el idealismo de Martínez Estrada lo que lo hace olvidarse de la oscura condición inherente a lo humano o temporal (ayer o mañana, aquí o allí), y querer y esperar ver plasmado y purificado y definitivo a su propio país en un lapso —un siglo, digamos— que alguna vez en la historia basta para cambios significativos, pero que ordinariamente apenas alcanza en las naciones nuevas para pasar de primer grado inferior a primer grado superior. Sería la desesperación de quien quiso esperar demasiado.

O sería que arrebatado por el deber socrático de caracterizar nuestras falsificaciones y traiciones, acaso no se dio tiempo para compararlas con otros aquíes y ahoras; que se haya demorado más en decir cómo no debe ser la Argentina que cómo debe ser: pensando, tal vez, que otros, sobre sus ideas, podrán completar su pensamiento sobre esa gran Argentina no perdida del todo, posible y hasta probable. ¿Cómo era la Argentina (y no una nación abstracta) soñada por Martínez Estrada? Gandhi, por ejemplo, denuncia tonantemente las deformaciones de su India por la influencia occidental, pero concreta a la vez los valores que definen a su India auténtica y eterna, de modo que queda patente lo que quiere y lo que no quiere; esa imagen neta de la Argentina que quizá todavía puede ser, siguiendo al maestro de la autoconciencia nacional, reuniendo sus trazos y premoniciones, tendría que ser dada en su homenaje. (No necesariamente métodos de curación, porque el deber de un radiógrafo no es el de un terapeuta; pero sí de algún modo el paradigma o diseño de lo que el país pudo ser, debió ser, o debe ser; no como abstracción o entelequia sino como posibilidad empírica, como realidad sociológica. Claro que la etapa final debe también llegar: infundir los principios en las venas del cuerpo social, en palabras de Echeverría, o más explícitamente: "Hemos reconocido ciertos principios; hemos formulado en pocas palabras nuestra creencia; falta arbitrar los medios para hacerla reconocer por todos, y colocarlos triunfantes en la silla del poder y en la cabeza del pueblo".)

Si, también en homenaje de Martínez Estrada y con algo del rigor que era su costumbre, se vuelve a sus escritos, podría decirse que una radiografía vale más en tanto se la compara con la realidad-patrón indubitable, o al menos con un modelo racional o imagen paradigmática: en la comparación se acusará (por identidad) la salud y (por alteración) la enfermedad o falsificación. Por más que una radiografía sea una fotografía en profundidad, tampoco es en sí una biografía sino una información abisal de un momento de un cuerpo u órgano, cuya entidad absoluta, cuya normalidad o cuyo deber ser habría que ofrecer paralelamente con la misma precisión. ¿Con qué nación-patrón o arquetipo de nación comparar la ra-

diografía 1837 ó 1933 de la Argentina? Esa Argentina auténtica, *¿fue* alguna vez o sólo *hubiera podido* ser? ¿Dónde está la Argentina arquetípica o prototípica, si justamente se sostiene que el tipo se ha apartado del arquetipo o prototipo? Quisiera expresar: una espléndida radiografía ha sido hecha en que aparecen estructuras, texturas y honduras del país, pero como al mismo tiempo no se nos evidencia cuál es la Argentina-que-debe-ser o que-debió-ser (si no es igual a Chile ideal o Francia ideal o Japón ideal: si hay matices locales de identidad), cuesta formular cargos justos de desviación o traición, cargos distintos de los que en todo tiempo y lugar han podido hacerse a naciones y pueblos, a dirigentes y dirigidos (en novelas francesas de hace cien años intendentes o prefectos especulan con expropiaciones; en novelas rusas presos políticos son injuriados o degollados; en informes de todo el mundo, en códigos penales de todo el mundo se documentan o se prevén la malversación, el peculado, el cohecho, la traición a la patria, la perfidia . . .). Porque, se sitúe la Edad de Oro al comienzo o al fin de los tiempos, es notorio que no aparece durante los tiempos. Ninguna nación histórica ha nacido del dedo de Dios o de la imposición de manos de un semidiós. Todas han emergido de caos preexistentes, en delirios de la casualidad, y se han hecho o deshecho según procesos que los historiadores procuran aprehender. Todas han nacido desposeídas, a la intemperie, semirrotas, como el hombre mismo; construcciones humanas, no pueden escapar a la ley del hombre. No creo que las naciones americanas hayan nacido más menesterosas que las europeas nacidas antes de ayer o las africanas hoy: todas nacen entre corrientes y contracorrientes, transacciones, fraudes, abortamientos; para hablar de los parientes más cercanos, se sabe lo que ha costado nacer a España, Inglaterra, Francia, Alemania, y hasta se duda de que todas hayan nacido del todo. (Me coloco en el plano de los hechos visibles; sospecho que en el esencial las cosas resultan de una implacable ley de causa y efecto, y que todo es lo que debe ser a cada momento; y que no es cosa de llorar o amargarse sino de saber contemplar, adivinar, admirar.) Todas las naciones, más o menos por igual, a menos de probarse que se den casos límites positivos o negativos. Y todas necesitan periódicas radiografías Martínez Estrada.

III. ¿Cuándo comienza la duda sobre nosotros mismos como comunidad, inexcusable para algún conocimiento valedero? La duda individual pudo haber comenzado antes, pero la duda metódica, la orgánica conciencia de duda, comienza con la generación del 37. Entonces estaba no sólo todo por hacer y por ser —pues apenas había un nombre de nación flotando en una enormidad apenas habitada— sino todo por autoconocerse, sin lo cual

nada puede ser construido sino azarosamente. Después, con las generaciones del 37, 52, 80, 900, 930, queda algo o bastante hecho, a veces sobre el tambor, a veces en pausas de meditación del país sobre sí mismo. Martínez Estrada es, por sí, una especie de generación, o un lúcido avatar de los mejores explotadores del ser, no ser y deber ser del país. Y porque no se trata sólo de conocer sino de infundir espíritu, las obras de Martínez Estrada valen como testimonio de una Argentina a la vez ideal y posible, una comunidad superior a la Argentina histórica pero construida con la misma sustancia histórica.

ADOLFO DE OBIETA

LA IMAGEN DE LA ARGENTINA EN LA OBRA DE MARTÍNEZ ESTRADA

1

No puedo escribir sobre Martínez Estrada —y presumo que haría mal en ocultarlo en esta ocasión— sin que me asedie su imagen en la clase con que inauguró el curso de literatura del Colegio de la Universidad, en La Plata, hacia comienzos de abril de 1925.

Un hombre sencillo, de mediana estatura, cuya tez, un poco pigmentada por la luz solar, delataba el agravio de años vividos con intensidad, irrumpía en el aula seguido por el rector del establecimiento. Los rasgos eran muy definidos: la frente, prematuramente agrandada, acentuaba la depresión de la nariz a la altura de los ojos, el labio inferior sobresalía sobre su antagonista mientras el mentón con fingida energía se proyectaba hacia adelante. El diálogo había de empezar muy pronto. El nuevo profesor, de rostro animado por leve sonrisa y ojos inquietos y brillantes, cuya mirada abarcaba la clase entera, tomaba la palabra en medio de la expectativa de treinta adolescentes. Su vocabulario lucía una riqueza insospechada, que los oídos juveniles no estaban acostumbrados a escuchar de labios de otros maestros. Su voz fluía sin afectación, apenas ritmada por un ligero movimiento de las manos, cuyas palmas solían abrirse hacia el público, mientras el cuerpo erecto se empinaba aún más como huyendo del suelo. El tema era la épica, y el libro cuya estructura, contenido e intenciones se exponían no era otro que la *Ilíada*. El recio poema homérico se corporizaba a través de una exposición salpicada de imágenes atrevidas. Los movimientos de los cuerpos, las agitaciones interiores de las conciencias, las irisaciones del agua y de la luz y aun la opacidad de la tierra se recortaban con nitidez en el espejo de esa palabra perfecta. Un exégeta sutil desenrollaba el hilo escondido que daba unidad a la trama de la composición. El secreto de esa creación estética parecía ponerse al alcance de un grupo de neófitos, un poco reacios, por educación y edad, para volverse hacia las fuentes de la cultura occidental. En adelante sería más fácil recrear con la imaginación aquellos lejanos

tiempos que sirvieron de marco a las escenas que provocara la cólera de Aquiles.

Los esquemas escolares que, en su afán de hacer accesible a las mentes juveniles la historia del pasado, trivializan su contenido y mutilan su riqueza, empezaban a embotar la sensibilidad de muchos alumnos. Martínez Estrada operaba el milagro de una resurrección. Los personajes de la epopeya, como más tarde los del drama o la novela, se animaban con el calor de la vida. ¿Cómo no verlos, en relieve y en color, agitarse en su paisaje original? Era imposible escuchar el relato en la actitud del que asiste a un desfile indiferente de figuras: el alumno se sentía inmerso en la acción, aceptaba el compromiso y las reglas del juego y participaba vitalmente en la aventura. Veía ante sí, trazados por mano segura, los caminos que le permitirían remontarse hasta el manantial de los sentimientos más ocultos y penetrar en las recámaras de los pensamientos más hondos. Al conjuro de aquella palabra que transmitía a los demás el temblor de su propia emoción, el joven alcanzaba una nueva revelación de sí mismo, al descubrir aspectos de su propia personalidad en el héroe épico. No era extraño que los jóvenes que lo escuchaban se dispusieran a deponer su cotidiana belicosidad para ingresar dócilmente en un mundo de fantasía que el maestro, con virtud de taumaturgo, despertaba inclusive en el ánimo de los más reacios a la cultura. De un grupo heterogéneo y sin cohesión, la clase se había transformado en una comunidad de almas: una sola vida circulaba, con diferentes tensiones, por todos los integrantes de ese organismo que el azar había congregado. Todos participaban del deseo de sentir más hondo y de saber más. Pero el maestro, idóneo en el arte de comunicar profundidad y emoción al saber, prevenía delicadamente contra el peligro de que la cultura libresca, acumulada en proporciones excesivas, anulase la inocencia y adormeciese el sentido para el asombro.

La autoridad del Colegio acababa de presentar al nuevo profesor. Lo había hecho en ese lenguaje inexpresivo, que es característico de la más desabrida prosa administrativa. Nadie imaginaba la dimensión espiritual del hombre a través de las humildes palabras que lo habían precedido. Pero en manos de uno de los presentes, y por un azar, había caído un ejemplar de *Motivos del cielo*, un manojo de versos aparecido el año anterior. Ese libro lo había atraído y desconcertado, al mismo tiempo. La causa de su perplejidad no provenía de los temas: signos del Zodíaco, fases de la Luna, ciclo del día, obsesión de la noche, el desplazamiento de los ocho planetas por sus órbitas. Dos elementos nuevos sacudían al inexperto lector: por un lado, la atrevida combinación de astronomía y psicología, savia oriental trasvasada a los matraces de la ciencia de laboratorio, reflejo del cosmos en

la carne y el espíritu del hombre, y, por otro, la técnica de la enumeración caótica, que permitía agrupar las cosas más disímiles —insectos y walkirias, cohetes y pájaros, hélices y faquires— en la atrevida salutación preliminar con que se abría el libro "en el nombre del hombre y del escarabajo". Acostumbrado a la poesía en boga en aquellos años, que no era otra que el modernismo, los versos de *Motivos del cielo* constituían la avanzada de un movimiento poético que quebrantaba la incipiente experiencia literaria del joven lector y lo sumía en el desconcierto. ¡Cuán grande no había de ser la alegría al poder asociar el nombre y el rostro, la obra y la persona! Y todo ello gratuitamente. Por eso, la impresión que Martínez Estrada me produjo en aquellos años, ya lejanos en el tiempo, conserva todavía hoy la vivacidad del primer momento.

La inquietud de los jóvenes de aquella época se prodigaba en el terreno del arte —literatura, plástica, música—. Las preocupaciones políticas apenas trascendían el marco de las grescas domésticas. Con una sola excepción, los contrincantes, bajo nombres diferentes pero con el mismo programa e igual confusión de ideas, sólo se disputaban la posesión del poder. El honor y la fortuna provenían de esa fuente. Los tiempos han cambiado. Ahora la inquietud política no conoce excepciones, e inclusive los que se esfuerzan por mantenerse al margen de la contienda están comprometidos en ella.

Martínez Estrada que escribió versos —y de subidos quilates literarios— hasta 1930, prefirió pasar al terreno del ensayo, desde 1933 en adelante —lo cual era un modo, atenuado si se quiere, de asumir una actitud militante. Hoy no se lo juzga por sus versos que, sin embargo, se siguen leyendo —en la modesta medida en que los argentinos de hoy se interesan por la poesía—. En torno a su obra se agrupa, en cambio, una juventud ávida de clarificar su imagen de la realidad nacional en sus aspectos social y político y, eventualmente, de hallar indicaciones para intervenir en la contienda, o de polemizar, a cara descubierta, con interpretaciones que no comparte y que, por lealtad hacia sí misma, se ve forzada a desechar. Sus versos se analizan en alguna cátedra universitaria, donde una minoría de interesados vuelca sobre ellos su atención; pero sus ideas sociales y políticas han ganado la calle y son tema de animadas controversias.

2

El país ha sido una obsesión para Martínez Estrada: asoma, primero, en su canto, y vuelve con reiteración, después, en sus reflexiones de ensayista preocupado por los aspectos sociales y morales más apremiantes.

La primera imagen del país aparece, trazada con rasgos claros y enérgicos, en el poema *Argentina,* del año 1927. Las dos partes en que se divide el libro se complementan con felicidad. La segunda está destinada a celebrar aspectos parciales muy característicos de la vida rural y urbana —las tareas inherentes al trabajo en el campo en las industrias ganadera y agrícola— y también a describir lugares pintorescos, que muestran la variedad de la topografía y el rasgo local que los destaca dentro del conjunto. Arada, siembra, siega y trilla unidas a la doma, la hierra, la señalada y la esquila constituyen las faenas más importantes del campo. Completan el cuadro el trabajo en los obrajes y la extracción del petróleo. Montañas, llanuras, salitrales y riberas marítimas son el fondo sobre el cual se destaca la actividad de los hombres. No falta la mención expresa de especies de la fauna y de la flora, que decoran el paisaje: el vizcachón, el avestruz, el pingüino, sin omitir, entre los vegetales, al ombú. Termina con una apretada visión de Buenos Aires: afanes comerciales, tráfico embutido en calles estrechas, plebe y aristocracia confundidas en el mismo río humano, el rezongo de los tranvías que se arrastran atestados de pasajeros, letreros luminosos que rompen la oscuridad de la noche con el estallido de luces multicolores al servicio de mensajes anodinos, teatros que absorben a un público ávido de distracción. No faltan el paseo por las avenidas del norte que conducen a la necrópolis ni el desfile, en horas de la noche, por los módicos y abigarrados lugares de diversión del bajo: bodegones que expenden churrasco y grapa en medio de una atmósfera saturada por el humo de los cigarros, cafetines donde se dan cita el bandoneón y la cachiporra mientras el tabaco, el alcohol y el café reúnen a hombres y mujeres. El Río de la Plata, dormido a los pies de la ciudad, pone una nota serena en medio de la agitación provocada por el trabajo y el goce.

La primera parte muestra más afinidad con nuestro tema: nos brinda, en la forma de una pequeña sinfonía, una densa y gozosa imagen del país. Un plan riguroso preside el desarrollo y la ordenación de las sucesivas partes del poema. La mirada del poeta rueda, primero, por los planos próximos y distantes de la naturaleza, para elevarse muy pronto, con enérgico impulso vertical, hasta el reino del hombre. El territorio argentino, dominado desde lo alto de una cumbre, alimenta la visión entusiasta que atraviesa todos los cantos: mares, tierras y montañas no son meros accidentes topográficos, sino el escenario de una gran empresa colectiva, marcos severos para una obra de paz, progreso y libertad. La naturaleza se prolonga en la civilización: el agua de la lluvia que se estanca en los lagos, corre por el cauce natural de los ríos y se despeña en las cataratas, se somete muy pronto al esfuerzo perseverante del hombre y circula con

docilidad por acequias y canales de riego o es elevada por máquinas hidráulicas y, silbando a través de cañerías, alimenta las calderas que habrán de transformarla en vapor y convertirla en energía dentro del programa humano de dominio de la naturaleza. También los metales —hierro, cobre aluminio— dejan el regazo oscuro de la tierra y, en una orgía de movimiento y de ruido, son transformados en las fábricas en yunques, ejes, ruedas, sierras y pistones. La máquina, obra de la inteligencia, se convierte en órgano subsidiario de la mano. El poeta ya no se conforma con la delectación ante el paisaje, sublime por su magnitud: ahora glorifica el esfuerzo, el trabajo, la inteligencia.

Del presente, agitado por la actividad del progreso, el canto del poeta se vuelve hacia el pasado: la dilatada prehistoria aborigen, en que se forjaron los hombres y los dioses, cuya gente y cuyo espíritu se prolongan hasta hoy; la áspera historia de la conquista con su frenesí de poder, de riqueza y de goce; y el proceso siempre amenazado de la organización civil que congrega a abejas y hormigas en una pacífica gesta a cuyo amparo se forjan los destinos, no como fatalidad que no admite resistencia, sino como deliberado fin que se persigue a sabiendas y se va configurando con libertad en cada etapa del camino. El poeta toma conciencia de la historia, hace una reverencia al pasado y deja hojas de hiedra y de laurel en la tumba de héroes que tuvieron por lema a la libertad. Luego medita sobre el futuro y enuncia los principios morales que confieren dignidad a la acción de los hombres: el amor y el trabajo. Y al exaltar los hechos no se confina en una estrecha perspectiva nacionalista: sus brazos se abren para acoger al extranjero que viene a incorporar su esfuerzo a la obra colectiva.

El ambiente de fiesta, que forma el decorado de cada uno de los versos, remata en el optimismo con que se cierra el poema. La nave cuya quilla intacta avanza entre el mar y el infinito no tropieza con peñascos ni bancos. Ninguna nube oscurece el firmamento. El porvenir es suyo. El viento que impulsa el velamen la conduce "más allá del sol y del azul", es decir, más allá de lo sensible. El verso sugiere la afirmación de la realidad del espíritu por encima de las conquistas de la civilización manual: la meditación del pensador, el sueño que el artista ha logrado cuajar en realidad a través de su creación estética, la forja de los ideales morales que habrán de dar significación a la conducta de los hombres, y la conciencia del misterio que nos envuelve y que experimentamos en la presión de las fuerzas ciegas que nos rigen.

El mensaje de *Argentina* es obra de un poeta. Su canto, que dibuja el rostro de la patria, pretende ser sólo obra de arte. Otros perpetúan

una visión equivalente en el bronce o el lienzo. Martínez Estrada escogió un material más sutil: la palabra. Y en palabras quedó registrada su visión de la Argentina.

Una obra poética expone valores estéticos, refleja la personalidad de su autor y expresa una visión del mundo. El autor no disimula su optimismo, no reprime su euforia vital. La obra muestra su complacencia por el presente, su confianza en el futuro, su admiración por el pasado. No hay amenazas ni reproches. Si una sola vez asoman la enfermedad y la locura, su sabor negativo se atenúa al ser presentadas en alianza con la sabiduría. No es difícil tampoco adivinar la tabla de valores que inspira los juicios positivos de su autor. Martínez Estrada exalta el esfuerzo, el trabajo, el orden como medios para la consolidación de la paz, del progreso y de la libertad, que parecen ser los fines últimos del obrar. Pondera la inteligencia, la iniciativa, la valentía; exalta la alegría. No pide regalos, ni espera bienes gratuitos: "las dos leyes del hombre son amor y trabajo."

3

Lo anterior corresponde a la actitud vital de Martínez Estrada en 1927, cuando tenía treinta y dos años y la Argentina ocupaba el primer puesto en el concierto de las naciones de Hispanoamérica. El poema *Argentina* registra esa euforia. No debía transcurrir mucho tiempo para que la valoración se invirtiera completamente. Sólo seis años después aparece la contrafigura en *Radiografía de la pampa*, que se publica en 1933.

El nuevo libro se construyó con el andamio que había servido para levantar el anterior. El verso cede su lugar a la prosa, y la actitud lírica del poeta se trueca en la postura crítica del ensayista. La nueva obra resulta una reflexión implacable sobre nuestros males, un registro de las calamidades nacionales, un inventario exhaustivo de nuestras vergüenzas. Nada se salva: ni la naturaleza que, de ahora en adelante, se convierte en un factor negativo, perpetuamente amenazador de la obra humana; ni la moral de los hombres, cuya inspiración, en el caso de los mejores, obedece a ilusiones reñidas con la realidad y, por lo mismo, malsanas, porque están condenadas a fracasar o, en el caso de la mayoría, a móviles inconfesables —afán inmoderado de conquista y de dominio que no retrocede ante la rapiña, el contrabando, el tráfico de esclavos y la lujuria. Tampoco el pasado se libra de juicios menos implacables: es la suma de las culpas colectivas, la amenaza constante de un retorno que ahoga el esfuerzo de superación y hunde sin remedio en su ciénaga toda conquista penosamente lograda.

¿Cómo explicar estas contradictorias valoraciones? ¿Cómo dar razón de este radical cambio de actitud? ¿Cómo entender el viraje desde el optimismo más confiado hasta el más desolado y enervante pesimismo? Algunos cambios fundamentales acontecieron en el país durante el intervalo que separa la publicación de ambos libros. Nadie podía, en aquellos momentos, sustraerse a la reflexión que sugerían las experiencias amargas que vivía el país. Pero sería empequeñecer el significado del cambio de actitud de Martínez Estrada si se intentara explicarlo por los hechos políticos y sociales de aquellos días. Él mismo suministra un argumento que permite rechazar esta interpretación, al juzgar negativamente a los dos sistemas que se sucedían en el ejercicio del poder. "El entronizamiento al gobierno de las muchedumbres ignorantes, egoístas, fanáticas, reemplazó al sistema perpetuado en la ineptitud y el fraude." Por eso, el cambio ha de entenderse como un tránsito de la actitud estética a la actitud moral, que empieza siempre por la crítica al orden establecido a fin de descubrir los valores postergados que habrán de conferirle un significado espiritual. Es el pasaje de la posición contemplativa a la posición militante. Martínez Estrada cumplió ese tránsito y al hacerlo se encontró a sí mismo. Las actitudes políticas que asumió más tarde parecen corroborar esta interpretación.

4

Radiografía de la pampa no es historia, aunque la referencia, siempre pertinente, al pasado asome en cada una de sus páginas. Los hechos históricos se mencionan sólo en la estricta medida en que contribuyen a dar realce a la imagen del país. Pero la presión del pasado, por momentos oprimente, se percibe siempre, y contribuye a constituir la dimensión temporal de la imagen dinámica que traza el autor.

Tampoco es un texto de sociología, aunque constantemente se apele a conceptos que provienen de esa esfera y que aluden al comportamiento social del individuo o a la psicología de las masas.

Su punto de vista no es científico: no obedece a una metodología que prescriba de manera impersonal y objetiva la ordenación y el análisis de los hechos con el fin de arribar a conclusiones de presunta validez universal. Corresponde, más bien, a una actitud de escritor, y expresa una reacción personal ante una realidad que era parte constitutiva del autor, que él llevaba en el alma como una congoja de la que no podía desprenderse sin sentirse mutilado. En sus páginas habla el poeta, amalgama de inteligencia y de sentimiento. Su perspicacia le permitía captar el síntoma que ojos menos

sensibles pasaban por alto; su sagacidad le facilitaba la deducción implacable de consecuencias que parecían desprenderse de las premisas recogidas en el contacto con los hechos. Al lado de eso, la nostalgia de un ideal no realizado, el sentimiento de un fracaso que se experimenta como culpa colectiva, la inclinación hacia valores indebidamente preteridos, tiñen con un matiz afectivo el cuadro trazado por la mano diestra de la inteligencia.

A *Radiografía de la pampa* no convienen los rótulos de historia o de sociología porque es imagen, metáfora, mito. Traduce la cosmovisión de su autor: su concepto del mundo, su tabla de valores, su estimación de la vida, los incentivos o frenos para la acción. A través de los pliegues siempre sutiles de una prosa certera en la descripción del detalle y precisa en la selección del estímulo adecuado para obrar sobre la sensibilidad del lector, se entrevé la imagen doliente de la patria. No corresponde a ninguna de las versiones elaboradas en fuentes presuntamente científicas, pero no es menos real, a pesar de sus discrepancias.

Su apreciación de la realidad argentina podría interpretarse en términos de confesión personal. El lector, a su vez, la juzgará interesante, amena, novedosa, atrevida, desgarradora; la hará suya o la repudiará con todas las energías de su voluntad. Pero las ideas que ilustra esa imagen no son inocentes: incitan a obrar o paralizan el ademán en el instante en que la acción se dispone a comenzar. Nunca pueden preverse las consecuencias prácticas de una idea. Todo depende de la actitud de quien la asuma. Pero siempre arrastran consecuencias y se traducen en acción. Y como la influencia de las ideas no es mecánica, tampoco desencadenan en todos igual reacción. Los juicios contradictorios que ha merecido este libro configuran la prueba de este aserto.

El curso de las ideas cubre el intervalo que se extiende desde el descubrimiento del nuevo mundo hasta la realidad del presente más inmediato. El tiempo se agolpa en el espesor de ese trayecto cargado de historia. La tierra, primero, con sus promesas y sus amenazas; la industria elemental de la explotación del cuero, después; finalmente, las primeras semillas arrojadas en tierra fértil. La tierra reaparece, otra vez, vivida como inculta y extensa, que impone el aislamiento de los grupos humanos y el retroceso en el tiempo por la falta de la presión civilizadora, que en otras latitudes impide el relajamiento y el atraso, y, con la extensión territorial, la soledad del hombre americano. Después viene la descripción del asalto de las fuerzas telúricas, que gravitan sobre la psicología humana; la acción de las fuerzas mecánicas —instituciones, costumbres, códigos, ejército, iglesia—, y el trabajo silencioso de las fuerzas psíquicas —amor, fe idioma—, que configuran la unidad de estilo de la vida en común.

Buenos Aires —la cabeza de Goliath— irrumpe en el horizonte en un esfuerzo vano por evadirse de la llanura que la asedia, pero impotente para contener la fuerza inhibidora que proviene de su oscura matriz. El miedo, fruto de la falta de autenticidad de la vida que se lleva y que todo lo condena a radical inseguridad, suscita la lucha con sus reacciones opuestas de defensa y de fuga. Y, por encima de todo, las seudoestructuras —otro signo de inautenticidad—: la letra impotente para encontrar al espíritu, el programa de acción que reclama una voluntad ausente, la mitología de los valores, la improvisación en ciencia y, otra vez, como en los días de Sarmiento, el antagonismo de barbarie y civilización.

5

La historia tiene su dinámica propia. Para Martínez Estrada no es del resorte de la Providencia, expresión teológica de la sabiduría divina; ni de la Razón, signo de un ordenamiento inmanente que se constituye de acuerdo con su propia lógica y ajusta los hechos a su ley; ni del azar ciego que combina a su capricho los elementos discordes para formar complejos cuya existencia y estructura no podían preverse de antemano.

Los factores que intervienen en el proceso histórico pueden presentarse bajo máscaras diferentes, pero, en rigor, se reducen a tres: el telúrico, el étnico y el moral. Se conjugan en todos los momentos del proceso y la historia viva del país los muestra en acción.

Ante todo, el factor telúrico, la mano gigante de la naturaleza sobre cuya palma rugosa dedos enérgicos plasman las vidas con ademán perseverante. La vida es débil y, frente a la naturaleza, se siente frágil, pero sabe inventar rodeos para defenderse y no sucumbir. Pese a su magnitud, el factor telúrico no es un agente directo: no obra como causa eficiente que origina el proceso y determina cada uno de sus momentos. Más bien lo frena, lo traba, lo entorpece, lo inhibe, desvía su corriente por cauces estrechos o la derrama sobre planicies que la estancan y malogran todo avance ulterior. En verdad, el factor telúrico sólo condiciona el proceso: constituye el ambiente, el marco, la atmósfera, el clima dentro del cual se desenvuelven las vidas. En él se plasma el hombre de la pampa: pastor o soldado, gaucho o estanciero, como antes se había plasmado el aborigen. La falta de forma y de límites del paisaje parece contagiarse al alma de sus habitantes: el medio sin fisonomía acaba por borrar los rasgos que singularizan al individuo, que se resiente por su falta de forma y de estructura. La pampa no se contiene en el límite exterior de las ciudades:

penetra en sus calles, invade las moradas e impone su presencia en todas partes. Confiere a todos los núcleos urbanos una fisonomía parecida y pone una nota monótona en la psicología de los hombres. Lejos de conducirlos por senderos demarcados de antemano, donde toda desviación está vedada, el medio informe proyecta su indiferencia sobre todo lo que el hombre hace: cualquier individuo puede, en principio, asumir cualquier actividad, lo cual quita precisión a la tarea y eficacia al resultado. La vida se torna una línea quebrada de azares y errores, inexpresiva; la voluntad afloja su tensión, la impunidad frente al mal y al error es ley: no hay sanciones.

En la historia actúan, indudablemente, fuerzas naturales. El descubrimiento es muy viejo y la idea gozó de prestigio desde el romanticismo. Ha sido Herder, maestro, a la distancia, de Sarmiento, quien señaló la acción modeladora del medio natural sobre la historia humana. Hegel, que vino más tarde, escribió páginas inolvidables acerca de la influencia del paisaje sobre el carácter del hombre y, correlativamente, sobre su comportamiento y sus posibilidades históricas. Altiplanicie, valle y litoral reúnen conjuntos de accidentes telúricos que contribuyen a diferenciar los destinos históricos de los pueblos a través de la configuración de variados tipos humanos. Sarmiento había aprendido esa lección en la obra de Herder. El rastreador, el gaucho malo, el baqueano eran, en parte considerable, obra de una naturaleza primigenia, sobre la cual la historia aún no había impreso su sello modificador. Martínez Estrada prolongará el ejemplo señalando la incidencia del factor telúrico sobre los conquistadores y colonizadores de la primera hora hasta la forja posterior de tipos, como el gaucho, e inclusive los más recientes como el guapo, el compadre y el guarango, y proseguirá su análisis hasta hacer entrar en el mismo cuadro al tipo del político improvisador, que participa de los caracteres del taumaturgo y de la comadrona y que actualmente parece en vías de extinción.

Martínez Estrada contrapone historia y naturaleza, pero al fin comprende que ambas acaban por reunirse gracias a la obra del hombre. En contraste con opiniones muy en boga en nuestro tiempo, Martínez Estrada entiende que el hombre no es, de por sí, un ser histórico. La experiencia parece mostrar que hay hombres que han quedado al margen de la historia, como epílogos de series vivientes que no han ingresado propiamente en la humanidad. Tal parece ser, a su juicio, el destino del indio, sobre todo cuando piensa en el primitivo habitante de la Pampa y de la Patagonia. Huérfano de pasado y carente de porvenir, parecía una muestra del hombre sin historia. Apenas había superado en grado ínfimo el nivel de la vida animal: su existencia entre el nacimiento y la muerte

consistía en una repetición monótona del mismo repertorio de acciones de innúmeras generaciones anteriores, tan estancadas como él. Incapaz de creación y de progreso, no ha incorporado valores nuevos al acervo de su vida. Prisionero de las fuerzas telúricas, la vida de su inteligencia no trasciende los límites de los sentidos. El avance del blanco lo arrojó a confines donde no le quedaba más porvenir que la extinción de su raza.

La historia empieza propiamente cuando la acción muestra potencia creadora. No se reduce a sucesión y cambio; es voluntad de superación, capacidad de originalidad, coordinación de esfuerzos que conducen a resultados que adquieren existencia independiente de los individuos, y que se advierte en las superestructuras sociales que hacen posible desde su nivel nuevas creaciones. En la historia, el hombre no es tampoco esclavo de su pasado: lo resucita y lo revive con libertad, según los intereses de cada minuto de su renovado presente.

Pero el indio sólo ingresa clandestinamente en la historia, a través de sus descendientes bastardos incorporados a la civilización del europeo. En sí mismo y sin esta posibilidad quedaría excluido de la historia. Martínez Estrada ha subrayado todos los aspectos morales negativos de esta incorporación oblicua y tardía. La subestimación social en un medio atenido a viejos prejuicios, que ha traído el complejo de su resentimiento con su actitud de resistencia contra las convenciones que hacen posible la vida en común, su falta de adiestramiento técnico especializado, su ingerencia en las luchas civiles y en las convulsiones políticas posteriores. Indócil al trabajo y a la obediencia, ignorante, este hombre de la soledad y del desierto ha acabado por incorporarse a la historia con su lastre psíquico y moral.

El nuevo tipo étnico, que resultó de la mezcla de la sangre del aborigen con la del conquistador y del colono, no ha de hacer olvidar el aporte de la raza que imprimió su ritmo a la naciente vida americana, ritmo que no se ha borrado, a pesar de la influencia de los aportes inmigratorios posteriores. Una nación de estilo medieval, poseedora de una cultura estacionada, aferrada a tradiciones arcaicas, propensa al fanatismo, adherida a prejuicios morales, rebelde al progreso y sin fuerzas para crear, que comunicaba un tono rancio a todo lo que pensaba y hacía, se derramó sobre estas tierras. El aliciente de riqueza y de dominio, apenas disimulado por el propósito de ganar a los aborígenes para su fe religiosa, imprimió cierta dureza a la vida colectiva. Y la misma religión, reducida a los aspectos exteriores del rito, no encontró asilo en las almas y acabó por convertirse en instrumento de dominio. A la larga, cuarteles y templos resultaron ser la expresión eficaz de una voluntad de orden que se imponía desde afuera a la vida de la comunidad.

También el factor telúrico había de incidir sobre el inmigrante, que se incorporó más tarde, y en alguna medida, condicionar los resultados de su esfuerzo. La incidencia no era estimulante: más bien, obligaba a un retroceso en el tiempo, como si todo avance estuviera condenado a volver, al cabo de cierto tiempo, al punto de partida.

La obsesión del retorno, que implica una concepción cíclica de la historia, asoma reiteradamente en los escritos de Martínez Estrada y determina sus juicios de apreciación sobre el porvenir incierto de toda obra humana: "todo hacer es un recomenzar, después de muchos siglos, de lo que millares de veces ya ocurrió", dice taxativamente en *Radiografía de la pampa,* insistiendo en un motivo que ya había aparecido en su poesía.

La idea está lejos de ser una novedad. Cíclicas han sido igualmente las concepciones de la historia de Polibio, de Vico, de Herder. A esos ejemplos, por lo demás sobradamente conocidos, han venido a sumarse la concepción de Spengler, cuya difusión en español precedió en pocos años a la obra de Martínez Estrada. Nacimiento, culminación y decadencia son momentos necesarios de una curva que sigue un curso imperturbable. A la opulencia sucede la pobreza, toda cultura se hunde en la barbarie, la libertad degenera en coacción y violencia. La esperanza de un renacimiento atenúa, al menos según algunos autores, el pesimismo que se desprende de estos anuncios, y no es imposible que ciertos profetas de la desgracia admitan que el sol volverá a levantarse sobre el horizonte y que el nuevo ciclo iniciará su carrera desde un nivel más alto que aquel de que partiera el anterior. ¿No se ha dicho que la segunda barbarie lucía un refinamiento que la primera había ignorado? ¿No se ha sostenido que todo progreso en un orden —intelectual o técnico— se acompaña de una pérdida en otro —moral o psicológico—? Toda pérdida tiene su compensación, y es imposible poseer todas las perfecciones a la vez. El desarrollo de la inteligencia, valioso en sí mismo y por sus frutos, acarrea una pérdida de la inocencia, el candor juvenil, la ingenuidad. El perfeccionamiento técnico embota una parte de la espontaneidad del individuo en la esfera de su comportamiento personal. Pero una y otra pérdida resultan compensadas por nuevas adquisiciones, aunque el ritmo de la historia convierta en precarias las conquistas logradas.

Martínez Estrada parece no haber advertido esta posibilidad. Supone que el retorno es inevitable, como la marea que se ha retirado vuelve a castigar otra vez las playas indefensas. Cree también que el retorno es un regreso al pasado y que la novedad es apenas la repetición monótona de acciones anteriores. Cree que las fuerzas negativas, que operan en la penumbra, acechan toda conquista y mutilan toda victoria. Las imagina

afuera, a la vera del camino, semiocultas, agazapadas contra la civilización y siempre prontas para reinstalar el imperio de la barbarie y retrotraer el presente al pasado.

Los factores morales, dependientes de la voluntad del hombre, no son, para Martínez Estrada, sino los ideales éticos de la civilización europea. En el fondo, se reducen a dos fundamentales: el saber y la virtud, dos nombres para una sola perfección, según afirmaba Sócrates.

Los factores morales que han incidido de manera efectiva en nuestra historia corresponden a dos estirpes: por un lado, ideales e ilusiones que han alimentado la forja de las utopías que jalonan el pasado argentino. En su momento resultaron estímulos para la acción; pronto fueron seguidos por el desencanto al advertirse la distancia existente entre la realidad y el ideal, la resistencia de los hechos y la fragilidad de las ilusiones. Por otro lado, consistieron en anhelos de conquista y de dominio, que configuran formas de ambición y de soberbia, que no retrocedían ante ningún medio. Riqueza material, poder político que no se intimidaban ante el fraude y la violencia. También éstos, que parecen más enérgicos, acaban por dejar una estela que se desvanece sobre la superficie voluble de la historia.

A pesar de la ingerencia del factor telúrico, desmesurada a veces, de su incidencia sobre el factor étnico, y de la debilidad constitucional del factor moral, la interpretación de la historia de Martínez Estrada no se deja encerrar en un marco naturalista. Después de todo, asigna prioridad a la iniciativa humana, aunque subraye su condición amenazada y su probable fracaso. Esta convicción atenúa el pesimismo que se desprende de su visión de la realidad nacional. Con íntimo desconsuelo anota, siguiendo las huellas de Sarmiento, que los peligros que nos acechan son la ignorancia, el aislamiento, la ausencia de unidad nacional y la falta de probidad en el ejercicio del poder.

6

Quiero añadir unas reflexiones a modo de conclusión.

La Argentina no es el paraíso, que Martínez Estrada describe con gesto optimista y con rasgos idílicos en su poema homónimo, de 1927. No es tampoco el infierno que asoma su rostro enfermo en cada una de las páginas de la fatídica *Radiografía,* de 1933, y que condena de antemano a la esterilidad todo esfuerzo, que trueca en iluso al idealista y convierte al soñador en un peligro social. La Argentina es, más bien, el purgatorio, no como el antro en que se debaten las almas sometidas desde afuera a un castigo temporal que habrá de purificarlas, sino como el escenario de una

lucha permanente donde las fuerzas de la regresión conspiran sordamente contra los anhelos de verdad y de justicia. La barbarie no es la planta que crece al borde del camino por donde avanza la cultura; está mezclada con ella e intenta sojuzgarla desde adentro. No es la fuerza, estimulada por factores telúricos, que irrumpe en los poblados y golpea en la puerta de las ciudades. La barbarie está adentro. Y porque la barbarie está instalada en el corazón de la vida argentina, la lucha por la cultura ha de ser permanente y la vida humana sólo puede tener sentido como milicia. Un minuto de distracción es suficiente para desandar decenios.

En la Argentina, como en el resto de América hispana, la vida no consiente el descanso, la siesta a la sombra de los valores realizados, la aquiescencia feliz con el orden alcanzado en el minuto del éxito, ni la plácida confianza en un futuro mejor, que advendría como resultado del nivel alcanzado en el presente y sin especial esfuerzo de nuestra parte. El orden es apenas la expresión transitoria de un equilibrio inestable, y ha de lucharse por conservarlo. La cultura nunca desalojará a la barbarie, porque el enemigo no está afuera ni es el pasado que retorna periódicamente y en actitud ofensiva, sino uno de los integrantes de todo presente: el momento negativo, que estimula toda superación cuando no faltan las energías morales capaces de aceptar su reto.

Martínez Estrada tenía razón al reconocer el peligro, pero se equivocaba al creer que el retroceso nos reinstala en el pasado. El tiempo histórico no conoce regresos; su curso es prospectivo, aunque su naturaleza sea ambigua. Como para los maniqueos, el bien y el mal se disputan la preferencia en cada uno de sus minutos, desde adentro, y no pueden menos que imprimirle el carácter de una incesante lucha. Ninguno de los rivales aplastará a su antagonista. Por eso, no asedian al purgatorio ni la esperanza del paraíso ni la amenaza del infierno.

7

¿Ofrece la obra de Martínez Estrada estímulos eficaces para una acción transformadora de la vida argentina? ¿Es posible extraer de sus críticas indicaciones que proporcionen medios adecuados para sustraerse al retroceso histórico?

Me permito dudarlo. Ni siquiera creo que su diagnóstico haya sido siempre correcto, y menos aún que haya acertado con la etiología de los males que denunciaba. No olvidemos, por otra parte, que los hombres de acción son impacientes, exigen pocas y precisas ideas, esquemas simples que permitan captar sin excesivo esfuerzo la dinámica del proceso histó-

rico, y que reclaman técnicas de fácil aplicación que permitan operar la transformación del estado social que se experimenta como incómodo, injusto, oprimente.

Nada de eso ofrece la obra de Martínez Estrada. Heraldo de la verdad, como él mismo calificara a Montaigne, Balzac y Nietzsche, sus escritos constituyen denuncias, acusaciones, alegatos; ponen al desnudo las vísceras enfermas, señalan los reductos en que se ha instalado el virus y muestran su forma de operar a distancia. Es posible que exagere en más de una ocasión, que equivoque el diagnóstico, que anuncie un pronóstico cuyo carácter sombrío no logren confirmar los hechos ulteriores.

Pero si la obra no puede complacer en esta exigencia al hombre de acción, ansioso por descubrir en ella una técnica que le permita operar sobre la realidad, en cambio, la vida de Martínez Estrada es un ejemplo incitante para el hombre de acción. Él mismo no necesitaba ser hombre de acción, pero resultaba serlo de manera indirecta. Era un poeta, pero aún la conquista de la belleza en sus formas más depuradas exige una actitud moral y no obstruye la visión de la realidad ni exime de compromisos con la vida. Martínez Estrada asumió la actitud del luchador en el campo de las letras, fue un profeta que gritaba su verdad y su dolor a un público de oídos sordos, un crítico animado de un denuedo de veracidad que sólo encontraba eco en el silencio con que la sociedad se protegía de sus denuncias, un espíritu viril dispuesto a afrontar todos los peligros sin esperar ninguna recompensa. Su denuncia no es inoperante: es el aldabonazo que necesitaba una generación satisfecha para despertar de su modorra y sobreponerse a la confianza ingenua en el porvenir.

EUGENIO PUCCIARELLI

MARTÍNEZ ESTRADA EN 1926

En el prólogo a *El gato de Cheshire,* al hablar de mis cuentos en La Plata, en 1926, envié estas líneas a Ezequiel Martínez Estrada, creyendo que las leería: "¿Recuerda? ¿recuerda el aula del cuarto año del Colegio Nacional?" Ahora que no puede contestar, mi pregunta parecerá aún más retórica. Porque algo retórica fue. Yo sabía que sí recordaba. Me lo había escrito: "Lo recuerdo como si estuviese de nuevo ante mí. Su banco en la primera fila, a mi derecha, bajo el ventanal, su rostro paliducho y con algunas pecas, su jopo indócil, su retraimiento; lo recuerdo todo muy bien, y hasta nuestras conversaciones en los recreos, y sus cuentos."

Conversaciones en los recreos, sí, muchas.

¿Cómo nació nuestra amistad? ¿Quién descubrió a quién? ¿Me descubrió él, cuando le di a leer aquel cuento mío en que un poeta bohemio va a escribir un poema, la mesa le baila y, para nivelarla, pone debajo de la pata coja *Les fleurs du mal?* ¿O fue él quien se sintió descubierto cuando le aseguré que se asemejaba a Poe? Lo admitió: "¡Si me hubiera visto antes, con bigote!" Y hablamos de Poe. No mucho después, en *Humoresca,* dedicó a Poe "éste mi corazón". Y yo, en *Vigilia,* todavía próximo a mi adolescencia platense, describí así a mi profesor: "Bajo, de frente amplísima y ojos luminosos que recordaban a Poe." Otros encuentros, en diferentes épocas y ciudades, vinieron a superponer imágenes sucesivas, pero ni siquiera el Martínez Estrada que vi por última vez —negro por su melancólica neurodermitis melánica— consiguió desdibujar del todo el arquetipo de aquel Poe de 1926. Sé que entonces era un joven de treinta y un años —la edad de Poe cuando publicó sus *Tales of the Grotesque and Arabesque*— pero observado desde mis dieciséis años ese joven se nos imponía con una madurez gastada, decadente y mórbida. Por espléndida que fuese la mañana, con él entraba en el aula algo nocturno. Era un lunático. El cuerpo enjuto crecía por la gran frente como en la noche crece el árbol por su copa iluminada de luna. Solía juntar las manos, en gótica aguja, alzaba la vista hacia el cielo raso, despegaba los talones y se elevaba por el aire, como Simón el Mago. Un impulso escalaba esa

figura leve y menuda, se erguía en el cuello e iba dejando su trazo en el hoyuelo del mentón, en la boca móvil, en la nariz de ángel boxeador, en las desplegadas orejas de músico, en las cejas enarcadas ¡y en los ojos! Ojos de terciopelo, mirada hipnótica. Nos hipnotizaba, además, con sus suaves gestos. Hablaba pausada, persuasivamente. La voz dominaba sus notas agudas. La sonrisa cortés se encimaba a un mohín despectivo. Ese desmesurado se medía.

Estudiábamos literatura española con Rafael Alberto Arrieta y literatura mundial con Martínez Estrada. Nos dividíamos: Gabriel Morey —que luego haría novelas— encabezaba a los partidarios de Arrieta, conquistados por su gallardo porte de espadachín; y yo defendía al pequeño, al frágil, al tímido, al sensitivo Martínez Estrada. Porque había que defenderlo. Lo apodaban "Patroclo". ¿Se hubiera ofendido, de enterarse? Sí se ofendió una vez que lo llamaron Martínez a secas (secuela en *Humoresca*: "y usar un nombre exótico que indicara a la vista / una virtud diabólica y secreta, / y no el nombre que tengo, de profeta / y de especiero minorista"). Otra vez se volvió de espaldas y alguien le arrojó una tiza, que reventó en el pizarrón. En el recreo nos peleamos.

Yo le tomaba apuntes que, bien encuadernados, fueron mi primera historia literaria. Veinte años después, al revisar su *Panorama de las literaturas*, comprobé que allí habían venido a parar las viejas clases. Excepto que en el *Panorama* Martínez Estrada volcó toda su biblioteca y en sus clases había ofrecido momentos estelares de sus lecturas. Una mañana, disculpándose por apartarse del programa, nos leyó de la *Oceanografía del tedio*, de Eugenio d'Ors. (A un neurasténico le han prescripto reposo absoluto. Se tiende frente a una pared blanca. ¿Blanca? ¡Policromías enardecidas es lo que la luz va historiando en la pared!) Y me inició también en las sutilezas de Jean Giraudoux y Jules Renard. Adquirí confianza en el arte de cazar imágenes y me atreví a mostrarle mis cuentos. Le gustaron. Los comentó por ahí. Hubo también fracasos. Nos había pedido una composición de tema libre. Pasaba el tiempo y no se me ocurría nada. Martínez Estrada, que recorría en puntillas las filas de pupitres, se detuvo ante el papel en blanco y me sugirió un tema: "Medianoche. Silencio, Petrarca, reverente, va hojeando un códice. Escriba sobre el susurro de las hojas". No pude. Quisiera escribírselo ahora, pero tampoco podría.

Dije que Martínez Estrada daba la impresión de estar subiendo por la noche. Ahondándola, esa impresión de fantasma lunático —vocación ascensional y nocturnidad— acababa por explicar una compleja composición de fuerzas. Como yo sabía que él jugaba al ajedrez y tocaba el violín, me

era fácil reconocer, en su modo de dar clases y de conversar, al ajedrecista y al violinista. Con el ajedrez nos mostraba las reglas del nítido pensar; con el violín nos ofrecía, a la Paganini, conciertos mágicos. Álgebra y música. Pero quizá sea mejor indicar esa doble fuente de su actividad espiritual con otros dualismos: en palabras de Goethe, lo fáustico y lo mefistofélico; en palabras de Nietzsche, lo apolíneo y lo dionisíaco; en palabras de Freud, el Super-ego y el Id. Todo en un círculo que furiosamente se perseguía a sí mismo, como la rueda de Ixión. El demonio de la conciencia le hacía construir racionalmente un orden que dignificaba al hombre con ideales de libertad, bien, justicia, belleza, verdad; pero ese demonio se había trepado a la conciencia desde los fondos orgiásticos de la jungla, con trágica ansia de perdurar. Por curiosidad me asomé a sus libros: *Oro y piedra* (1918), *Nefelibal* (1922), *Motivos del cielo* (1924). Fue así que sorprendí el secreto de mi austero profesor: era un genio, torturado, enfermo, argüidor. Genial, sin duda, un muchacho que, a los 23, a los 27, a los 29 años había sacado esos poemas, de los que no se podía decir que fueran hermosos, pero que valían por el tremendo tironeo entre la Razón y la Sinrazón, tironeo que uno equivocaba como nihilismo y pesimismo. Cuando leí a Martínez Estrada yo iba y venía de Bécquer a Rubén Darío, nada más. Sentí que *Oro y piedra* obliteraban a Bécquer, pero no al Rubén Darío de *Cantos de vida y esperanza*: maestría en metros, mitologías, meditaciones y melancolías. Sólo que la pena hundía su raíz en el escepticismo. Había poemas todavía modernistas pero la librería mental era menos francesa que germánica, menos imaginativa que conceptista: Nietzsche, Schopenhauer, Ibsen. Claro que Darío había expresado dudas, temores, angustias, conflictos entre el gozo de vivir y el pavor de la muerte. Sí, yo oía ecos de Darío en los poemas reflexivos de Martínez Estrada: "Juventud mía", "Humanidad", "Lo preferible", "X". En los alejandrinos polirrítmicos de "Ecce Homo", sin embargo, una concepción de la vida, ya naturalista, rechazaba ásperamente la religiosidad ambigua y ornamental de Darío. Y, en efecto, en el siguiente poemario, *Nefelibal*, el naturalismo se exacerbaba. Tanto que, en las manos de un adolescente un poema como "San Onán" al pecado de la naturaleza sumaba el pecado contra naturaleza: "Que el mundo ciego exprima su útero fecundo / y espanto y llanto cubran como la lluvia el globo, / mientras en tu locura Jesús y Juan Jacobo / hallan la santa fórmula para salvar el mundo". El estado de ánimo a veces afirmaba la vida (como en "Himno"), a veces la negaba (como en "Así es"), pero siempre la reducía a materia.

Rubén Darío, en "Lo fatal", se había quejado:

> Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
> y más la piedra dura porque ésa ya no siente,
> pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
> ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

La queja de Martínez Estrada, en "Allegro nuevo al modo antiguo", es casi la misma:

> Hoy muerdes mi garganta,
> Schopenhauer, con tu filosofía:
> "Mejor que hombre es ser planta, y todavía
> ser mineral mucho mejor que planta".

Pero en el contexto de Darío se vislumbraba la salvación: Cristo. A Martínez Estrada, en cambio, Cristo le parecía ridículo ("Baltasar Gracián").

Poesía sin anécdotas íntimas, intelectual en la constante lucubración sobre el caos, los gérmenes y sus mutaciones. Admira la creación, pero no cree ni en Dios ni en sí mismo ni en el prójimo. La bondad, la justicia son valores de la conciencia, pero la conciencia es falaz; en el fondo, mera complicación nerviosa de la química. Su Teoría del Conocimiento era la del idealismo: "Convengamos con Fichte, o con Schelling lo mismo, / en que el No-yo está puesto por nuestro Yo, que es la / proyección de nosotros al cielo o al abismo: / que Dios y Bestia a veces vienen a ser lo mismo" ("La nueva Razón Pura").

El libro que más me sorprendió, en aquel 1926, fue *Motivos del cielo*. Ante todo, sorpresas para el oído. Variedad en el tipo de versos, en sus apoyos rítmicos, en las combinaciones estróficas, en las rimas ricas. Aun versos de noble tradición, como el endecasílabo, ponían en libertad sus acentos: "Después queda lo que ya no se nombra". Otros versos eran amétricos, desde el bisílabo hasta el alejandrino. Versificación fluctuante, o acentual, o libre, con rimas en dislocadas ortografías:

> Quisimos con ansias vastas
> Jaujas, Eldorado y Catay;
> éramos ateos y hasta i-
> conoclastas.

En fin: la poesía, el éter a
placer; literatura,
amor, algo de amargura,
genio, etc.

Extraños sonidos a Babel, con extranjerismos, neologismos, cientificismos, tecnicismos. Como Darío, como Lugones, el poeta practicaba —son sus propias palabras— una "gimnástica de diccionario". Y mucha cultura. Desde luego, la fácilmente identificable de la mitología, la filosofía, la literatura y las artes. Pero era el modo de aludir a esa cultura lo que me hacía aguzar la mente, como ante charadas. Cultura como un cristal deformante: a través de ese cristal Martínez Estrada contemplaba el mundo y se autocontemplaba. Y hasta a veces bizqueaba para mirar el cristal mismo. Esa cultura mostraba preferencias por el Vitalismo; y —acaso en busca de contrapruebas— por Orientalismos que invitaban a la disolución de la personalidad. Geometría del pensamiento, como la de una telaraña tejida con babas de luz crepuscular. "Porque el placer más grande es meditar", decía al dedicar los *Motivos del cielo* a Manuel Swedenborg y Juan Sebastián Bach. (¿Por qué a Swedenborg, por qué a Bach? No tenía visiones místicas, como Swedenborg, pero pensaba en él al no alcanzar a ver lo que se agita más allá de nuestro magín. El sentimiento estético era para él intuitivo y lógico, como en Bach, y en su cerebro armonizaban arte y ciencia.) Y meditaba sin hacerse ilusiones sobre la índole humana: después de tanta evolución seguimos siendo una especie de amiba neurótica. Desde esa posición en la escala biológica, saludaba al empuje desafiante de la naturaleza, "a todo cuanto vuela y cuanto yerra / en el horror de lo terreno y de lo bajo". La materia bruta cae, pero provoca el "bárbaro deseo de vivir": ¿llamaremos divino a ese poder profundo "que hace llorar / y conserva la vida y guarda intacto el mundo / como una perla negra en el eterno mar"? ¡Qué importa! Dios, Fatalidad, Energía, meras palabras. La inteligencia inventa figuras al modo de las nubes: "y tal vez son verdad las nubes / y nosotros somos mentira". La realidad no tiene ni derecho ni revés, y el pez "nos ve como algas, porque inversamente / a como le miramos, él nos mira". El asno que recula, para el cangrejo también va hacia delante. "Este charco en el campo es también cielo. / No sé si más que el otro, o menos". "Tal vez en la ilusión del movimiento / lo que llamas ser es no ser nada". "El humo es alfabeto de mágico grimorio / en que está escrito el mundo". ¿Qué hacer? ¿Renunciar a la esperanza, descansar, anonadarse?: "Hombre yo te aconsejo para vencer la duda, / para calmar el hambre de ese ávido lobo, / que seas una eterna negación como Buda / o la violenta fuga rural de Juan Jacobo". Aun la expresión poética es sólo un puente de humo entre

el hastío y el infinito. Y así Martínez Estrada, poeta-filósofo, rompe el discurso y se deja arrebatar por las emociones. Expresa su dicha ("La mañana") o su desdicha ("La noche"), su inquietud ("Salutación preliminar") o su quietud ("Paz"). Los momentos más frecuentes serán los de su desesperanza.

Después publicó *Argentina* (1927), vistazos al paisaje y celebraciones de la historia; *Humoresca* (1929), el más autobiográfico de sus poemarios, también el de más humor, regocijado o tétrico; *Títeres de pies ligeros* (1929), irónica comedia de arte. En 1947 juntó sus versos —*Poesía*— con omisiones y variantes que hay que examinar. No abandonó la poesía —de 1959 son sus *Coplas de ciego*, que todavía no he leído— pero a partir de *Radiografía de la Pampa* (1933) su obra más resonante es de prosista: ensayo, biografía, crítica, teatro, cuento, novela, panfleto. ¿Han advertido los amigos marxistas que lo rodearon íntimamente que las prosas iracundas de Martínez Estrada no salieron ni de las determinaciones de ninguna realidad social exterior ni de los dogmas de ninguna secta intelectual ni de las tácticas de ninguna praxis sino del demonio que habitaba en su conciencia? Ese original demonio —pariente del daimon socrático, aunque más agónico— estaba también en aquellos versos anárquicos y gratuitos que yo leía en 1926. Después de todo, cada hombre nace para decir una sola cosa; la dice como puede, precipitadamente, y el resto de su vida se le va en escolios a aquel primer texto. En el rincón de su poesía estaba agazapada su alma insobornablemente libre; y desde allí dio zarpazos al mundo, en libros posteriores. En su sistemática demolición de la arquitectura nacional se reconoce la arquitectura íntima del poeta demoledor: su desconformismo, iconoclastia, orgullo de ácrata resentido y de profeta apocalíptico, su irracionalismo de razonador que deja de razonar para que grite la vida, su sutil capacidad de desmontar la cultura y mostrar los cimientos de fango, sus contradicciones entre una misantropía por exceso de amor y una filantropía por exceso de odio, entre su humildad y su megalomanía, entre sus ternuras y sus agresiones.

Uno de los escamoteos que le jugaba su neurosis era el de hacerle creer que eran deshonras los honores que invariablemente recibía. Necesitaba completar la imagen que tenía de sí mismo con una condición de perseguido. Esta satisfacción de sentirse desestimado es la única que los argentinos nunca pudimos darle.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

MARTÍNEZ ESTRADA CUENTISTA

La gravitación de una personalidad como la de Martínez Estrada, la amistad (un vínculo que se complacía en definir, por comunidad y simultaneidad de pensamientos, como de "hermano corso"), la gratitud por su consejo sabio y desinteresado, me obligan a un retrato previo. Una figura en que el rostro, enjuto y paciente, macerado en la rumia de un espíritu infatigable, comunica con la voz culta, a un tiempo parsimoniosa y concluyente, una voz que proviene de la inteligencia como un reflejo de su estímulo inmediato. De aquella palabra, pronunciada desde una cabeza maciza que, increíblemente sostenida por el cuello grácil, parecía confirmar la "caña pensante" de Pascal, de aquel perfil en que la nariz noble y quebrada recordaba a Miguel Ángel, de aquellos ojos inquietos que subrayaban, irónicos, la sonrisa y coronaban un asombroso parecido con cierto retrato de Franz Hals, surgía un magisterio perenne, cualquiera fuese el tema que lo conmoviera. Pocas veces, en efecto, la frase: "era un maestro" expresó un contenido más legítimo que en el caso del autor de *Radiografía de la pampa*. Lo fue en el sentido elemental y trascendente del término. Desde las primeras letras hasta las palabras últimas. Desde la aplicación escolar, que —autodidacta—, no abandonó jamás, hasta la reflexión profunda, muchas veces incontestable, de su temprana madurez. Tanto como la claridad del conocimiento, invariablemente unido a la virtud primigenia de las cosas, Martínez Estrada contagiaba su amor al saber. Así, de un modo insensible, creaba el discípulo. Su respeto, a veces alucinante, en todo caso religioso, por la vida y el hecho de vivir, corría parejo con su agudeza socrática. Una perspicacia que lo conducía, modestamente, a sonreír, como si en sus observaciones, siempre originales, se escondiera un principio tan simple como inadvertido y el gesto se confundiera con la evidencia de la demostración.

Martínez Estrada tenía ideas bien definidas sobre el cuento, género en el que trabajó con la misma prolijidad y sentido de artesanía que puso en la poesía y en el ensayo. Transcribo unas líneas de su carta fechada el 2 de junio de 1949, en la que me participa algunas impresiones críticas: "Pero tengo que insistir severamente en lo que ya le dije, . . ." "Es un cuento

'visto desde afuera', y *Kafka los veía desde adentro, para citar a nuestro común maestro.*" Pensaba que después de Kafka el cuento había tomado un nuevo rumbo, del que, formalmente, ya no era posible apartarse. También es cierto que los relatos del gran novelista checo se avenían bien con su propia concepción de un mundo caótico, necesitado, según puede leerse en toda su obra de ensayista, de una catarsis a la que habría de llegarse por precipitación apocalíptica de sus manifestaciones más bien que por rodeos estéticos que lo presentaran con el falso ropaje de un orden imponderable. Con Kafka, contemporáneo de la primera guerra y del Heidegger de *Ser y tiempo,* lector de los libros sagrados y de Kierkegaard, profeta del nazismo, el cuento había pasado del "caso", formulado por Poe en los lindes de una ciencia pacífica y deslumbrante, a la "situación", lúcidamente aludida, ahora, en la determinación inequívoca de una alegoría capaz de describir al hombre como víctima paradójica de aquella misma ciencia que en el autor de *Los crímenes de la calle Morgue* era una magia seductora, todavía en los albores de su propia mayúscula. El horror de la guerra, la aparición de las dictaduras, la entera conmoción de un mundo en crisis, la degradación y la inversión de los valores, engendrarían un nuevo tema: el absurdo. *La metamorfosis, La colonia penitenciaria,* dibujarán a la perfeccción su presencia escandalosa, indeclinable, en el orbe de la pequeña burguesía, en el dominio de una sociedad cruel. *Josefina la cantante, La madriguera, Memorias de un perro,* lo hacen en el terreno de un pueblo sufrido, de un universo destructor.

Mi primer contacto con Martínez Estrada cuentista lo fue a través de *La inundación,* segundo de los "Cuadernos de la quimera" que iniciara la editorial Emecé en el año 1944. Hoy, leídos los relatos que, con aquél, componen *Tres cuentos sin amor — La cosecha, Viudez* — puedo clasificarlo entre sus cuentos rurales, así como *Marta Riquelme, Examen sin conciencia, Sábado de gloria, Juan Florido, padre e hijo, minervistas* y *La tos y otros entretenimientos* pertenecen a la ciudad. Si todos ellos, por sus temas, no reflejaran una salud que, implacable, el autor persigue en toda su obra sin cejar en un diagnóstico que no trepida ante el escalpelo, podríamos tenerlos por amargos, anclados en una filosofía del fracaso. La pampa, la "cabeza de Goliat", muestran su cuerpo y sus plagas de un modo insuperable, como sólo un argentino dotado para la humanidad y el examen franco de sus vicios es capaz de realizar. Allí campo y capital se presentan tal cual los entendemos y sospechamos: la "vida blanca", la ausencia de ternura, la sordidez, el empaque, ofrecen su rostro cabal, su definitiva realidad. Sin perder su carácter alegórico, cuentos como *La inundación* o *Marta Riquelme* exhiben nuestro contorno terráqueo tanto como nuestra habitación ciuda-

dana con la hondura que sólo podía imponerles un pensador de estirpe, con la añadidura de no caer jamás en el fácil costumbrismo a que, por su contenido, se presta el argumento. Sólo por esta proeza, fruto de una conjunción única entre el conocedor directo y el hombre de "cultura", Martínez Estrada se sitúa por arriba de quienes, dentro de la tradición vernácula, acometieron, antes de él, el difícil tema de nuestra realidad. Su prosa, fluida, directa y viril, salva a un tiempo las trampas del verismo y de la evasión. Se adivina que para construir un cuento no necesita descomponer la postura ni echar mano de otro recurso que el utilizado para darnos un ensayo. Es, en todo momento, *escritor*. Lo notable es que, sin concesiones al lector ni al ambiente, sin caer, siquiera, en la "tranche de vie", Martínez Estrada nos muestra, además de situaciones, caracteres, con lo que ingresa en la pléyade de los grandes narradores que, como el Tolstoi de *Ivan Illich* o el Chejov de *La señora del perro* dominaron el asunto y el protagonista. El padre Demetrio y el pueblo refugiado, en *La inundación, Marta Riquelme,* en el relato homónimo, el agricultor de *La cosecha,* la campesina desvalida de *Viudez,* Adolfo Rauch, en *La tos,* son seres humanos que parecen respirar, sufrir a nuestro lado, acercarnos su calor: padecemos con ellos, porque son vida, ineludible y propia. Constituyen, además, un símbolo. Es un signo —de nuestro promiscuo encierro— la iglesia de *La inundación;* es un signo —de nuestra atribulada república— el conventillo de *Marta Riquelme;* son un signo —de nuestro campo olvidado, de nuestra inconciencia— las tribulaciones de Aparicio y la fiesta orgiástica de *La cosecha;* es un signo —del desamor y la incomprensión— la rebelde convulsión bronquial del héroe de *La tos*. Por lo demás, Martínez Estrada no se separa un instante del personaje, con el que se confunde sin tapujos. *Es* él, en el examen paciente de los originales de *Marta Riquelme; es* él, el Cireneo de *Examen sin conciencia; es* él, el Adolfo Rauch de *La tos*. Lo vemos en el coraje, en el morbo, en la soledad, en la resignación.

Asistido por una prosa límpida, tersa y desasida de todo esteticismo, Martínez Estrada acata las reglas de Poe tanto como el consejo de Quiroga. Quiero decir que entra inmediatamente en el tema, ya resuelto desde las primeras líneas. Su estilo, donde pasa inadvertida la faena proba y la vigilancia tesonera, es claro, sin falsos circunloquios, desprovisto de tentadoras elipsis, de afectación. Hay en él valentía, concisión, esfuerzo de hombre, en fin. El período alcanza la extensión necesaria y se ajusta, breve o largo, según los casos, a la exigencia narrativa, a las imposiciones del discurso. Pese a la vena trágica que traspasa sus relatos y a su decidida admiración por el modelo, Martínez Estrada supera la influencia de Kafka en la órbita de un género que en él se perfila con caracteres propios, específi-

camente *nuestros*. Tampoco lo tienta Faulkner, que en determinados relatos del campo pudo insinuársele como una sirena. Martínez Estrada es en ellos tan *él* como lo es describiéndonos la *Radiografía* o exponiéndonos el *Martín Fierro*. Más bien, se diría que hay en sus cuentos un esfuerzo de contención, al que lo obliga su facilidad y el dominio de un idioma nutrido en la mejor tradición americana y, dentro de ésta, de la que campea, con sencillez, sustancia y amena densidad, en la estilística del Sarmiento de *Facundo*, si es que necesitamos una comparación. Las imágenes son, tanto como el "mot" en que cobran forma, de una prodigiosa justeza y, a veces, alucinantes. Este trabajo de precisión, en que el escritor debe cuidarse de su propia riqueza, debió imponerle no poco esfuerzo. En una carta fechada el 21 de junio de 1950 dice respecto de los cuentos que tiene entre manos: "... pues me falta pulirlos, ajustarlos y *evitar que crezcan acromegálicamente*."

Si tuviese que elegir tan sólo dos ejemplos típicos del arte con que Martínez Estrada se aplica al género me inclinaría por *Marta Riquelme* y *La tos*. Forma y contenido hallan en ellos una perfección que culmina en el acierto de sus respectivos símbolos: la casa, suerte de colmena humana, en la que no es difícil descubrir la ciudad y su gente; la protagonista, en la que no es aventurado adivinar la entraña misma de la tierra, en el primero. La enfermedad física como síntesis del padecimiento moral, en el segundo. Sobre *Marta Riquelme* me remito a una nota publicada en esta revista con motivo de la aparición del libro que contiene el relato [1]. En cuanto a *La tos* es un cuadro familiar de incomprensión en que el protagonista se siente desalojado de su propio, estrecho, ambiente. Con habilidad en la trasposición alegórica del drama, Martínez Estrada recurre a la tos como a un signo del malestar conyugal de Adolfo Rauch, hasta el punto de convertirla en el "coro" del argumento. Verdadero "dramatis personae",

1 Nº 243, noviembre-diciembre de 1956, pág. 74. En este relato se alude constantemente a unas *Memorias* (las de Marta Riquelme) —cuya ordenación corresponde al narrador— de las que apenas tenemos un atisbo por fragmentos a través de los cuales columbramos el drama de la protagonista. Un horror, en el que la infamia se mezcla a una felicidad morbosa, traspasa la narración con un tinte sombrío no distinto del clima poético en que se mueve la narración íntegra. Están, aquí, en la tragedia de *La magnolia* —suerte de falansterio en donde conviven consanguíneos y cognados— todos los elementos de una novela cuya revelación obtuviéramos por intermedio de un informe. La circunstancia de ser varios los empeñados en desentrañar el galimatías de las *Memorias* le confiere al narrador la condición del Evangelista. En definitiva, se nos escamotea la novela, aunque resta el aliento "kafkiano" de los trabajos y los días. *Marta Riquelme* tiene, según se aludió, un fuerte carácter simbólico. Es, a la vez, un ser humano —el protagonista de la novela que, quizá, Martínez Estrada pudo dejarnos—, nuestra propia tierra y, a la postre, el mundo. Temas, éstos, trascendentes a los que el autor llega, como Kafka, por natural presión del análisis.

la tos del protagonista apura las condiciones del conflicto y lo culmina como una "crisis" de conversión. El cuento se dobla, así, de un "leit motiv" que resume la trama: indudable "trouvaille", al modo del insecto en *La metamorfosis*, así como *Marta Riquelme* nos recuerda a *Josefina la cantante* o *Una pequeña mujer* como encarnaciones de un pueblo o una conciencia.

Los cuentos de Martínez Estrada no son "divertidos" en el sentido frívolo de la palabra. Obligan a leer con conciencia y a hacernos uno con un personaje y una situación no distintos de una realidad que el autor de *Radiografía* no perdona. Es preciso, pues, sufrirlos, llevarlos como una cruz a través de un itinerario en que la visión certera del guía nos compensa del dolor con el bálsamo de la Belleza y el consuelo heroico de la Verdad.

MARIO A. LANCELOTTI

EL "SARMIENTO" DE MARTÍNEZ ESTRADA:
UN ENSAYO DE AUTOBIOGRAFÍA

La clave.

"Buenos Aires es el primer impedimento para intuir nuestra historia, y nuestra historia es el supremo impedimento para intuir nuestra realidad. El escritor que no mire a través de esas lentes ahumadas, no puede ser creído aunque sea comprendido, ni tener otros lectores que los que el azar le depare" —dice Ezequiel Martínez Estrada en la introducción a la segunda edición de su libro *La cabeza de Goliat*. Y ése fue en gran parte su drama. Porque él pasó a integrar violentamente nuestra historia a partir de *Radiografía de la pampa* y así a crear el impedimento para intuir su realidad. La difícil trama de nuestra historia —a la que es casi imposible atribuir una sola actitud o un único pecado— pasó a integrar la del peculiar mundo de Martínez Estrada, y su aislamiento, su soledad e incógnita adquirieron los nombres que quisieron darles el dolor, la fatiga y el estado de ánimo de sus sucesores. Partir de Martínez Estrada es llegar a Martínez Estrada, pero sin la máscara, sin el desencanto pintado que la historiografía le echó encima para olvidarlo. Su pasión y peregrinaje es un poco el desagrado con que observamos la inquietud que nos rodea, es el panorama que cualquier análisis nos muestra tras derribar las puertas del entendimiento la purificación y el olor a santo y a solemnidad que pueblan nuestras aulas, nuestros periódicos, nuestros monumentos. Es el problema desnudo que todo pensador enfrenta al tocar el fondo de las cosas. M. E., entró en ese problema sin comprenderlo íntegro por dos razones: porque él nunca supo entenderse del todo y porque vislumbró prematuramente su destino similar a la imagen cansada del luchador Sarmiento, derrotado.

¿Qué creencia había en su obsesión, en el ánimo que despertó en él esa carrera contra el tiempo y los hombres de su patria? Tal vez sea la sed que sentimos en el momento preciso de vislumbrar nuestro camino. El que

intuyó Martínez Estrada fue uno sumamente pedregoso y esquivo; fue el de su ubicación en la tierra en que vivía y a la cual tocó un día descubrir en toda su extensión salobre, desamparada, inédita. Y esa visión devoró su pensamiento; como un profeta quiso predicar en ese desierto lo que el desierto ampara y engendra como condición de vida. Fue su hijo y por eso se agotó su ansia en esa consumición vertiginosa y pétrea. En el interregno de su filosofía deambularon esas otras vidas intensas que consiguieron el destierro, la soledad que embargó sus huesos, o el clamor desnudo de sus pasiones. Pasión de ser; de querer reflejarse como un amante despreciado en el torbellino de su existencia, para grabar en su impotencia o en su lucha el reflejo del ser que quisieron vivir.

Por eso Martínez Estrada eligió a Sarmiento. Por eso vio en él la desmedida cualidad que la palabra a veces soslaya pálidamente, y por curiosa analogía, depositó en él la más minuciosa observancia para tratar de resolver por las dudas y el fracaso de aquél, su propia incógnita. Pero no lo logró. En toda su obra histórica, en algún momento, aparece Sarmiento, tratado oblicuamente para disimular o justificar el hecho de reducir toda fórmula a un único teorema.

"Suponemos que la fuerza de Sarmiento está en su actitud de opositor y en la tensión de lucha de su pensamiento" (*Sarmiento*, pág. 201) —dice Martínez Estrada y se pregunta si ello se debe a circunstancias externas o es que está en su estilo de vida. Y es *su* pregunta. Sustituye los nombres y la hace. Como Sarmiento, él piensa a veces que el medio se le escapa, otras que no lo entiende, tal vez otras que también está fuera de la realidad. Sabe que Sarmiento ha reducido el problema a una simple antinomia y que lucha por una civilización que restaura los mismos males a los cuales se opone, fomentando, como él dice, "esas falsas especies del patriotismo y del interés nacional." O sea ese *status* que Martínez Estrada identifica con el mismo sistema que desterró a Sarmiento o que inscribió su nombre nada más que como fundador de escuelas en la lista de los próceres.

En todo momento queda explícita, y en esto es contundente, la línea trazada en sus principales libros como *Radiografía de la pampa*, *Sarmiento*, *La cabeza de Goliat*, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, etc., como un planteo directo dirigido a cuestionar los falsos resortes que mueven nuestra nacionalidad. O sea que agita todo el horizonte con la interrogante del año treinta y tres, suprimiendo de hecho la tranquila pasividad forjada sobre la desaparición de Sarmiento, Alberdi, Echeverría, Monteagudo, y, a pesar de saber que el suyo es un grito en el desierto, deja oír su clamor.

Pero en ese mismo instante ya se prepara para el aislamiento que acumula su prédica. Lo interesante es que Martínez Estrada asume su apostolado

con la misma intención que Sarmiento: "España vuelve a ser la obsesión de Sarmiento. En verdad no hay otra causa como hoy lo vemos mejor. Aunque ya no sea la España peninsular sino un proliferado reveno en América: nosotros mismos que, independizados, reproducimos las mismas modalidades de España, lo español-americano, lo infraespañol." (*Sarmiento*, pág. 14). ¿No es esto *Facundo* o *Conflicto y Armonías de las razas en América*?

Martínez Estrada asume la lucha otorgando a su ideal el mismo carácter del de Mayo y resumiendo así en España el pecado original americano. A más de un siglo objeta que la formación del país no puede emprenderse si no se comprende este hecho sencillo: si no se ha conseguido la pluralidad republicana, el programa de la Asociación de Mayo está en plena vigencia.

Pero la actitud negativa le impide ver el proceso histórico en dimensiones más equitativas. Los mismos "desajustes" que motivaron la oposición de Sarmiento —anotada por M. E.—, originan esa intolerancia ("tolerar es propio de los corruptores", dice) que su enfoque mantiene. Creo que sus libros, como los libros históricos de Sarmiento, versaron sobre un tema único al que agregó innumerables apreciaciones, dilatando de ese modo su campo. Tomando el *Sarmiento* como punto clave, vemos que si bien *Radiografía de la pampa* es de 1933 y *Sarmiento* aparece en el 1946, la tesis del primero es el análisis sin concesiones de la introducción de la península en el continente y de la eficaz incorporación a él de todo su bagaje colonial, como de la adecuación del país para el mantenimiento de todas sus estructuras. Estructuras pobladas por el miedo telúrico, el miedo nuevo a la soledad nueva de la sociedad recién formada. En *Radiografía* vemos todas esas técnicas puestas al servicio de esa civilización que para Martínez Estrada continuó siendo barbarie disfrazada, o más exactamente, barbarie a secas. Sarmiento mismo era eso: el Bien y el Mal. Su naturaleza era como la del país, y si su realidad fue extirpar lo malo o lo bárbaro exterminándolo, las circunstancias que admitieron este hecho fueron extrañas. El demiurgo improvisador que menciona Martínez Estrada nace como producto del rechazo y la aceptación, al mismo tiempo, de formas espurias en el origen mismo de las estructuras. Y como bien lo acota, todo lo que llamemos problemas o crisis (pág. 394, *Radiografía de la pampa*), es la derrota del improvisador.

Su *Radiografía* termina con Sarmiento; le achaca ser el primero de los que alzaron puentes sobre la realidad (*ob. cit.*, pág. 395). Atacó suprimiendo para suplantar con lo que no había. El disfraz es aceptado e invade todos los ritmos nuevos dados a los elementos de formación. Martínez Estrada olvida a Sarmiento para recordar la realidad. Quiere dejar la historia para intuirse a sí mismo. En el *Sarmiento* ya se pregunta: "¿se pueden tener en la Argentina ideas argentinas libres sin caer en la condición del alie-

nus?" (*Sarmiento*, pág. 43). Pero poco a poco él mismo va adquiriendo su condición de *alienus*, y *su* realidad se distancia de la verdadera, mientras su pasión —que aceptó siempre con valor la verdad— se transforma en sospechosos ataques moralizadores e irónicos, bastante ajenos a una solución. Sarmiento reaparece; tal vez su lucha frustrada llegue a pesarle a M. E., en cierto modo, como una culpa individual o un fracaso gratuito: su verdadero pecado original.

El juicio crítico de Martínez Estrada escapa al examen directo, porque está basado siempre en la identificación de la Colonia con un germen malsano —empresario del imperialismo de Londres o Washington—, que obra sobre la formación de la conciencia americana.

O sea que el juego civilización-barbarie se convierte en el juego colonia-fuerza autóctona, España-América, imperialismo-nacionalidad. Con la agravante de que el demonio es nacional, y la purificación proviene del Vaticano y de la Inquisición. De donde resulta que el criollismo resentido condena al pueblo americano y los medios naturales de conducción se someten al interés panfletario. El *tonus* moral e intelectual que prevalece sobre su historia, es el del escarnio.

Sólo después Sarmiento comprende que Quiroga era un bárbaro, pero "que estaba con la Argentina americana, mientras que Rosas era un civilizado que estaba con la barbarie europea o colonial." (*Sarmiento*, pág. 154). Martínez Estrada, para comprender el proceso de la conciencia nacional —o quizá más adecuadamente del alma americana— analiza con fervor un cuadro parcial del origen hispanoamericano, lo sitúa y lo aplica también con ritmo ferviente a su progreso material y a su formación social, hasta ubicarlo en la cúspide de su pecado con un fatalismo estigmatizante. Ese mismo fatalismo que no le permite determinar el grado de congelación del espíritu colonialista, lo lleva a grados cada vez mayores de disociación real, y las causas y procesos que sobrevienen y la reubicación que ante esos hechos adquiere el proceso social, quedan desvirtuados y deformados por una supresión casi metódica (metafísica) del comportamiento de la realidad. O sea que la lucha de Martínez Estrada se convierte en *su* lucha y el destierro se cumple en parte por razones reales y en parte por distanciamiento. Su obligación con Sarmiento y con el programa de Mayo es serles leal.

Pero Martínez Estrada no advertía que así se imponía a sí mismo las condiciones previas para que el mismo mal que combatía incorporara a su organismo las defensas necesarias; de ese modo adquiría los medios que lo hacían apto para insertarse en los más sutiles engranajes de la nacionali-

dad, y hacer entonces imposible al hispanoamericanismo la tarea de redescubrir su traición.

El resentimiento de Hernández es en Martínez Estrada reversible. En *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* dice que José Hernández es un hombre extraño, que "defendía a los caudillos como forma de atacarse a sí mismo en lo que ya no quiere y en lo que ha dejado detrás de sí." (*Muerte y transfiguración*, pág. 29, t. I). Como Sarmiento, toma el "camino de las pérdidas". Pero la aplicación de Freud en ese resentimiento, inobjetable desde un punto de vista subjetivo, obliga a pasar inadvertidos los hechos sociales verdaderos que Martínez Estrada atribuye al gaucho como simple transferencia. Entre el psicoanálisis y el pecado colonial se reparte la deuda americana, dando así cabida al fatalismo y al aislamiento del problema. Si Hernández hubiese sido todo lo contrario de lo que fue y el *Martín Fierro* no fuera el reverso del *Facundo* —sin existir la acusación personal contra Sarmiento— (*ob. cit.*, pág. 36, t. I), sería exactamente lo mismo. El freno que Martínez Estrada pone a esta ecología está en el siguiente párrafo: "Pero lo gauchesco, el común denominador étnico, psicológico, social, penetra en la materia sociológica susceptible de estudio sistematizado. Y esto es lo que no hemos realizado, ni realizaremos nunca, por impedimentos que están en el mismo mecanismo de la voluntad y de los complejos de inferioridad que refrenan *ab initio* toda posible tentativa de un análisis a fondo de la historia. El sello que imprime en su psicología el hecho de su nacimiento es más profundo que las adquisiciones que haga después en su experiencia, en su formación individual." (*ob. cit.*, pág. 262, t. I).

El cuadro históricosocial argentino queda lapidado y materialmente trunco, imposibilitado de abrir ningún proceso sociológico que pueda determinar su salvación. Como Sarmiento, también Martínez Estrada suprime todo. El circuito civilización-barbarie queda otra vez invertido, y el gauchaje, los caudillos, la civilización barbárica, no pueden incorporarse a la historia, con lo cual se destina al olvido o a la angustia a un sector vasto que, en resumen, impide el orden histórico. Así se explica la dualidad y el quebrantamiento sistemático de todo intento de integración. Martínez Estrada perpetúa el desdoblamiento de la realidad americana cortando los puentes naturales de transformación de los pueblos; sin historia no hay causalidad ni leyes sociales basadas en hechos que dan carácter de transitorios a fenómenos transformados continuamente por el ritmo y los elementos múltiples que los condicionan. Ahogado su futuro, la nacionalidad debe debatirse sin permitir a las fuerzas autóctonas realizar su voluntad de ser, ya que llevando en su propio interior el factor de la disgre-

gación, sólo queda el pasado como escape para cumplir la función histórica que les es negada. Ezequiel Martínez Estrada construye minuciosamente, a lo largo de su obra, ese fatalismo que siembra entre las generaciones posteriores el mismo pesimismo derivado a relaciones más parciales de una misma realidad. Y como Sarmiento, como el gaucho, como los seres que pueblan Buenos Aires y la pampa, Martínez Estrada centra sus ojos en Goliat para impedirse la historia, y llama a ésta todas las veces que necesita impedirse intuir la realidad. Esas lentes ahumadas permiten comprenderlo pero no creerle, y los lectores que el azar le depara jamás alcanzarán a distinguir nada a través de sus lentes, porque significativamente fueron hechas para ver el peso oscuro del vacío de una realidad que destruye su historia.

El legado.

Pero Martínez Estrada ha despertado la conciencia cultural americana y ha pagado su precio por ello. Ya este hecho le asigna un lugar clave en la literatura argentina y americana. Si bien su obra no es sociológica, permite depurar la perspectiva simple que el caos silencioso mantenía. Su interrogación y su posterior negativa, hacen estallar el medio anquilosado y abrupto en que el optimismo oficial y burocrático se movían. La revolución permite una premonición bastante clara del futuro inmediato del país. Martínez Estrada da la voz de alerta en contra de ese futuro y si nos priva de su fe es porque la ha perdido en la aventura de luchar contra todo. Esto no quiere decir que haya tenido razón, pero sí da cuenta de la situación reinante. Ese valor y esa prueba de fuego que fue su vida encarece su postura y la convierte en algo mucho más serio que la idea que sus detractores se apresuraron a forjar de él. No hay que olvidar que murió escribiendo, es decir luchando a su modo, y que si se aisló y se identificó con el fatalismo y la negación que lo encumbraron, esto fue también parte de su protesta. Después de todo, si había aniquilamiento físico, accidente —en semejante temperamento— puramente material, en un profeta, en la intención del profeta, ¿qué importancia tiene? Y a partir de su voz clamando en el desierto, descubrimos el desierto y nos desesperamos por poblarlo. Martínez Estrada es un holocausto que no nos conduce al suicidio sino al terreno inicial de nuestra desventura, con la conciencia impuesta al deber del desafío. Este legado de Martínez Estrada es el precio de nuestra redención. Por eso no creo que despreciara nuestra realidad —como muchos suponen—, sino más bien creo en el símbolo que es para nosotros su sino trágico, legado para hacer frente a nuestros males.

Ese legado es nuestro principio y el bautismo del pecado original. Su origen imaginario está en el tormento elaborado por los protagonistas de nuestra culpa. Pero la culpa ni el pecado existen porque siempre hubo corderos que lavaron las manchas. Muchos olvidan: Martínez Estrada borró esa mancha y ése es su mérito. Como todos los profetas sólo vio sus profecías, pero ya era suficiente.

De toda la generación que recibió sus libros en la década del treinta, H. A. Murena es el heredero más legítimo. Primero por su prosa que, sin alcanzar la de aquél, conserva gran parte de su agudeza intelectual y el *modus* de su lenguaje; y segundo porque recibe y hace propio el espíritu de su lucha, sumergido en una nueva versión del pecado original de América. También observa la dicotomía irremediable "a la luz de la clave del parricidio" (*Pecado original de América*, pág. 37). Pero no somos ni europeos ni indígenas, somos europeos desterrados. Y el alma europea que llevamos no se identifica con la tierra en que vivimos. Entonces constituimos una raza de parias, de desposeídos, porque dejamos todo al venir de Europa (o de Asia) "y lo dejamos todo porque dejamos la *historia*." (*ob. cit.*, pág. 115). "No tenemos historia, no tenemos padre." (pág. 116). El problema histórico que en Martínez Estrada fue impedimento para intuir su realidad aquí no existe: directamente no hay historia. Y como sin historia no hay cultura, tendremos conocimientos. Y ése será el vicio, "el vicio de los desposeídos de la cultura." (pág. 122). Claro que todo esto es especulación en un plano muy intelectualizado. Es fundamental que un habitante del altiplano no puede sentirse europeo sino apenas habitante localista de la tierra con la que lucha. Y basta identificar esa tierra con el nombre de América para que se sientan americanos. Esto puede tener también un sentido para nosotros, desposeídos cultos, sin necesidad por eso de hacer folklorismo absurdo. A pesar de todo, la patria común, el *habitat*, son símbolos de asociación, de concurrencia, de compromiso.

Para Murena, la entrada de Martínez Estrada en América es la entrada de la conciencia, la entrada de América en la historia —que es la humanidad—; pero esa conciencia trae el grito de la inutilidad de nuestra entrada, del determinismo trágico de nuestra voluntad de no existir. Y Murena cree en Martínez Estrada como en el profeta de ese fatalismo.

Esta ontología termina para él con el ascenso de M. E. —después de su libro *El Maravilloso mundo de Guillermo Enrique Hudson*— a regiones más puras, alejadas de los hombres, "estos seres apestados que somos nosotros" (*ob. cit.*, pág. 128).

El paisaje puro que allí se muestra, contrastado con el paisaje duro de la tierra americana, será su "parábola invertida de profeta." (*El pecado ori-*

ginal de América, pág. 128). Esta irremediable perífrasis no puede culminar de otra manera. No sé predecir la evolución futura de Murena pero el mundo maravilloso de Martínez Estrada vuelca en él su misterioso sino y la carrera frustrada de Sarmiento culmina en la desesperanza que prácticamente inhibe tantas posibilidades dejadas al azar o a la voluntad divina, fuera de los designios humanos: "*En la mano de Dios está que estas últimas* [posibilidades] *lleguen algún día a convertirse en realidades.*" (*ob. cit.,* pág. 232). La falta de historia deja el destino librado solamente a Dios. Somos los desposeídos. Martínez Estrada aprobaría fehacientemente.

Otro de estos desposeídos —que no es discípulo de M. E.— recibe su legado de distinta forma aunque sus fines son igualmente o más deterministas. J. J. Sebreli, autor de un superficial ensayo sobre Buenos Aires y sus clases sociales, critica en Martínez Estrada la falta grave de no haber sido "revolucionario". Encasillado él en la posición marxista, descarta como no válida toda actuación ajena a sus motivaciones, esto es, la imposición de sus ideales por el triunfo del proletariado. El problema de la nacionalidad queda así circunscripto teóricamente a la lucha de clases, y Martínez Estrada, que plantea por primera vez en términos polémicos aquel problema, queda, por el "accidente" de no ser revolucionario, sistemáticamente afuera de la cuestión. Claro que para esta otra clase de determinismo el concepto de "revolucionario" es reducido a su mínima expresión. Porque en todo momento Martínez Estrada lo es, ya que formula interrogantes que modifican hasta su médula la parsimonia pastoril y conservadora de la sociedad de aquel momento.

No obstante, Sebreli sitúa al medio social que aquél ataca en una realidad más estrechamente ligada con el dilema americano, aunque éste no sea un producto exclusivo del problema económico. "La introducción de la industria y de la técnica europea en nuestros campos, haciendo superflua la habilidad personal del gaucho y transformándolo en peón asalariado y a la aventura en trabajo rutinario, debía provocar inevitablemente la rebelión de las masas gauchescas para quienes el trabajo era aceptable sólo cuando implicaba emoción", etc. (*Martínez Estrada; una rebelión inútil,* pág. 66). Pero infructuosamente busca un ensayo de sociología y una explicación económico-social en una obra donde la metafísica desempeña el papel desencadenante, donde se reemplaza la dialéctica económica de la historia por el sentimiento trágico y oprobioso de la Colonia. Sebreli ve en esto nada más que el producto de un individualismo furioso y la afinidad que encuentra entre Martínez Estrada y Sarmiento es solamente la de un egoísmo desenfrenado y reaccionario. "Martínez Estrada como

Sarmiento —el Sarmiento de Martínez Estrada al menos— no ama en los hombres más que la arcilla humana que sus manos pretenden modelar a su antojo." (*ob. cit.*, pág. 101).

Pretende que Martínez Estrada anhelaba para sí la "emancipación" del pueblo americano y que era incapaz de ofrecerla porque no pertenecía a las "clases populares" (pág. 102). Sebreli no comprendió el destino de Martínez Estrada, justamente porque su ceguera le impide ver más allá de su propio destino. El fin de la *alienación* americana está para él concebido en manos de una revolución *lenta* y *cotidiana* que llevarán a cabo "los propios esclavos concientes de su esclavitud, por los alienados lúcidos" (pág. 104). Y esto constituye la alienación de la alienación. Puesto que Sebreli, como muchos otros, quemarán igualmente la historia —como Martínez Estrada— en virtud de otro fatalismo igualmente abrumador, cuando no más abrupto y uniforme.

La soledad y desesperación atribuidas a Martínez Estrada jamás pueden ser las de Sebreli, por cuanto aquél prefirió el acto puro del holocausto profético antes que la inmersión lisa y llana en la burocracia que combatía. Y los actos que mueven a los hombres a meditar sobre su destino no provienen de la complicidad con el conformismo que los delata y los vende a las distintas simulaciones de la credulidad humana: nos llegan del sacrificio y de la pérdida total de las virtudes que conmueven nuestros cimientos más íntimos. Y por eso vivimos, por eso no cejamos, ni olvidamos la historia, que aún existe: "Porque nuestros enemigos hoy no están, como en tiempos de Sarmiento, al frente, en la trinchera opuesta, sino que junto a nosotros emplean en propio provecho los beneficios de las instituciones democráticas, y hacen inevitable el yugo actual de la vieja traición." [1].

RAÚL VERA OCAMPO

[1] *Sarmiento* (página final).

EVOCACIÓN DE MARTÍNEZ ESTRADA

> Acaso te escuchen. Y si no te escuchan, pues son gente rebelde, al menos conocerán que hay entre ellos profeta.
>
> *Ezequiel,* II, 5.

Hace un par de años, durante su permanencia en La Habana, Ezequiel Martínez Estrada fue invitado desde Buenos Aires a prestar su colaboración en un volumen de homenaje a Victoria Ocampo que se proyectaba publicar por aquel entonces. Ese requerimiento no fue desoído y al poco tiempo se incorporaban unas diez páginas de elogioso tributo, tanto más efusivas y palpitantes porque estaban impregnadas de ese espíritu polémico y combativo que caracterizó a este batallador infatigable. Martínez Estrada escogió para su trabajo un título de circunstancias por entero neutral; pero el contenido de la exposición revelaba su habitual claridad de intenciones y su inconfundible actitud incisiva. El propósito era presentar una semblanza de la figura celebrada sobre el fondo de una caótica situación nacional, cuyas perturbaciones acababan de acentuarse por incidencia de una grave ruptura institucional. El tema general del ensayo estaba centrado en las proyecciones heroicas que entrañaba la conducta del intelectual argentino contemporáneo, decidido a rescatar los valores de una cultura seriamente amenazada en medio de la tormentosa y prolongada crisis que el país ha venido viviendo por espacio de casi cuarenta años, en razón del profundo desencuentro que se advierte entre el natural dinamismo de transformación social y la incapacidad de cambio demostrada por los factores de poder. De ese modo, mediante el contraste establecido entre el coraje individual del escritor y la desintegración que creía observar en el ámbito circundante, Martínez Estrada ensayó una interpretación de la misión que debía cumplir la inteligencia en la Argentina, interpretación que ahora —en el momento en que se esbozan los primeros intentos de evaluación integral— nos sirve notablemente para comprender a su autor y para esclarecer la imagen que él tenía de la tarea cumplida a lo largo de su existencia. En un párrafo, Martínez Estrada describía con estas palabras

la misión que ha llevado a cabo Victoria Ocampo: "Ha cumplido, en la leva que en los últimos treinta años se hizo desordenadamente para salvar lo que se pudiera, su servicio civil obligatorio. Acudió adonde creía que su deber patriótico la llamaba, y lo hizo sin saber bien por qué, como Juana de Arco, porque oía una voz de mando que la conminaba; quizá sea la misma voz que oímos todos; quizá hemos acudido todos en servicio de la patria, como ella, con otras armas y sin saber bien lo que hacíamos". Y en otro pasaje de este trabajo, añadía: "Ante el tribunal de la historia que ha de juzgar la responsabilidad de los intelectuales argentinos en la guerra de la civilización contra la barbarie, ocupará el estrado de los jueces y no el banquillo de los acusados". Estas frases, tan desafiantes en el elogio, en estos instantes también pueden aplicarse justicieramente a quien las forjó.

Como lo demuestran en especial sus páginas ejemplares consagradas a Hudson, Martínez Estrada poseía una extraordinaria sensibilidad estética y una incalculable capacidad para interpretar nuestro paisaje. Como lo prueba su estudio sobre la personalidad de Martín Fierro, tenía asimismo una notable agudeza para comprender la naturaleza humana. Su prosa es un modelo de virtudes artísticas, donde se armoniza el rigor del pensamiento y la fuerza contundente de la expresión. Todas estas disposiciones las ha compartido con Sarmiento: pero al igual que esta figura insigne del siglo pasado, posiblemente será recordado antes que nada como pensador de inclaudicable honestidad intelectual y como héroe civil de la nacionalidad. Le correspondió registrar en nuestra literatura uno de los momentos más difíciles y confusos de la historia argentina. Así como Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas quedarán como hombres del Centenario que celebraron en su obra aquel instante de euforia patriótica y de optimismo progresista, del mismo modo le ha correspondido a Martínez Estrada la prueba más ardua y penosa de interpretar un período de profundas y desalentadoras conmociones. En tal sentido, *Radiografía de la pampa* ha de sobresalir, sin duda, como uno de los testimonios más valiosos y como uno de los más sinceros esfuerzos de lucidez en medio de la turbulencia. En la década de 1930, cuando las apariencias de estabilidad interna se derrumbaron y los intelectuales argentinos contemplaban la catástrofe con desvalida perplejidad y desolación, Martínez Estrada —a semejanza de lo que Sarmiento hizo en su *Facundo*— trató de elaborar con precarios recursos una herramienta intelectual que le permitiese indagar el fenómeno que había trastornado las más hondas estructuras de nuestra vida social. Para ello, debió superar el conformismo colectivo que se traducía en un diluvio de fáciles panegíricos patrióticos y tuvo que forjar un método de estudio social cuando las investigaciones de esta índole apenas si tenían cabida en nuestra vida acadé-

mica. Martínez Estrada venció los inconvenientes, interpuestos por un cómodo y estridente patriotismo de circunstancias y por la inercia intelectual generalizada que sólo fue quebrada al oírse su voz y unas pocas más. Con implacable cirugía, dejó al descubierto los tejidos aquejados por la enfermedad y puntualizó que nuestras mayores calamidades radican en la vanagloria y en la inautenticidad, males que sólo podrán curarse cuando renunciemos al caudal de apariencias brillantes pero vacías que disfrazan nuestra inmadurez. A su juicio, la vida nacional ha sido deformada por un esquema de seudoestructuras, por "una caterva de sentimientos apócrifos" en cuya base hallamos un conjunto de mitos destinados a desviarnos de un recto camino apreciativo. Ya en 1933 y con visión profética, en las últimas páginas de su *Radiografía* anunció que estas circunstacias fácilmente podían ponernos a merced del primer talento demagógico que se adueñase de la situación. Su advertencia no fue escuchada, pero quedó como testimonio cabal de una "toma de conciencia" —como ha dicho Emir Rodríguez Monegal— a partir de la cual debía elaborarse toda afirmación nueva. Por ese motivo, su influjo en los jóvenes escritores argentinos que aparecieron en la década posterior a 1945 fue poderoso: comunicó un lenguaje para expresar el sufrimiento cívico, ofreció un ejemplo de rectitud intelectual. Su lucidez ante la crisis y su búsqueda de un método adecuado para la interpretación de los hechos sociales han fructificado en la medida en que fue un verdadero precursor de los múltiples y variados estudios sociológicos sobre la personalidad argentina que se han llevado a cabo en los últimos tiempos. A veces, sus procedimientos indagatorios han sido tildados de excesivamente subjetivos y literarios; no obstante, sin entrar a valorar esta objeción, lo que sí puede afirmarse incuestionablemente es el hecho de que aquellos que la enuncian son —quiéranlo o no— discípulos que acaso superaron las técnicas de su maestro pero que no deben olvidar cuánto le deben por la osadía de haberse introducido en un campo de estudios que hasta su aparición era apenas conocido entre nosotros.

Sin embargo, quizá la mayor enseñanza que nos ha legado Martínez Estrada y la que más ha sido ignorada y resistida es la dimensión singular de su patriotismo: nadie como él ha sabido decirnos que la lealtad a la tierra no disminuye porque vaya acompañada de espíritu crítico. Es fácil amar la grandeza o la prosperidad material; es fácil emplear el verbo altisonante del encomio. Sólo don Ezequiel, con su valentía de incansable luchador, tuvo el atrevimiento y la abnegación de proclamar que el verdadero amor a la nación debe ser austero, desprovisto de excesos verbales o de ilusiones insubstanciales, orientado hacia la realidad presente —por dura que sea— y no hacia hipotéticas quimeras que la fantasía no logrará materializar.

Su prédica constante consistió en que la reconstrucción de nuestras instituciones desquiciadas no se logrará con vanas promesas y fatuos panegíricos; sólo podrá realizarse con actitud crítica y claridad intelectual, con espíritu creador, con trabajo sostenido. Esta lección que nos ha dado le otorga el indiscutido derecho de ingresar en la historia de las letras argentinas con el mayor de los honores.

JAIME REST

BIBLIOGRAFÍA DE MARTÍNEZ ESTRADA[1]

OBRAS

Oro y piedra, Bs. As., 1918.

Nefelibal, Bs. As., 1922.

Motivos del cielo, Bs. As., 1924.

Argentina, Bs. As., 1927.

Títeres de pies ligeros, Bs. As., 1929.

Humoresca, Bs. As., 1929.

Radiografía de la pampa, Bs. As., 1933.

La inundación, Bs. As., 1943.

Panorama de las literaturas, Bs. As., 1946.

Sarmiento, Bs. As., 1946.

La cabeza de Goliat (microscopía de Buenos Aires), Bs. As., segunda edición aumentada, 1947.

Los invariantes históricos en el Facundo, Bs. As., 1947 (conferencia).

Nietzsche, Bs. As., 1947.

Poesía (Oro y piedra, Nefelibal, Motivos del cielo, Argentina, Títeres de pies ligeros, Humoresca), Bs. As., 1947.

[1] Cabe advertir que no hemos pretendido confeccionar una bibliografía completa. Sobre todo no hacemos mención —exceptuado algún caso— de los numerosos artículos sueltos, colaboraciones, discursos y conferencias que fue dando Martínez Estrada a lo largo de su vida. Bien es cierto, por otro lado, que la mejor parte de todo ese material está recogida en sus libros. Hemos tenido a la vista las bibliografías que publicaran las revistas de Buenos Aires *Contorno*, en 1954, y *Ciudad*, en 1955, en los números que citamos repetidas veces, especialmente dedicados a Martínez Estrada. La primera de ellas aparece firmada por Orlando Suevo, y la segunda por Héctor Grossi. Esta última incluye una lista de 46 colaboraciones de Martínez Estrada, publicadas hasta ese entonces. También publican listas bibliográficas, que hemos consultado, los números citados por nosotros de las revistas mejicanas *La Gaceta*, del Fondo de Cultura Económica, y *Siempre!*

Muerte y transfiguración de Martín Fierro (ensayo de interpretación de la vida argentina), México, 1948, tomos I y II.

El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson, México, 1951.

¿Qué es esto? (catilinaria), Bs. As., 1956.

Tres cuentos sin amor, Bs. As., 1956.

Cuadrante del pampero, Bs. As., 1956.

Marta Riquelme – Examen sin conciencia, Bs. As., 1956.

Exhortaciones, Bs. As., 1957.

Tres dramas (Lo que no vemos morir – Sombras – Cazadores), Bs. As., 1957.

Las 40, Bs. As., 1957.

La tos y otros entretenimientos, Bs. As., 1957.

Heraldos de la verdad, Bs. As., 1957.

El hermano Quiroga, Montevideo, 1957.

Coplas de ciego, Bs. As., 1959.

Análisis funcional de la cultura, La Habana, 1960.

Diferencias y semejanzas entre los países de la América latina, México, 1962.

Familia de Martí, La Habana, 1962.

Diario de campaña de José Martí, La Habana, 1962.

El nuevo mundo, la isla de Utopía y la isla de Cuba, México, sobretiro de *Cuadernos Americanos*, 2, marzo abril de 1963.

El verdadero cuento del Tío Sam (con dibujos de Siné), La Habana, 1963.

En Cuba y al servicio de la Revolución cubana, La Habana, 1963. Segunda edición publicada con el título: *Mi experiencia cubana*, Montevideo, 1965.

Realidad y fantasía en Balzac, Bahía Blanca, 1964.

Antología, México, 1964.

Martí revolucionario (en prensa).

SOBRE LA VIDA Y LA OBRA

AGOSTI, Héctor P.: "Otra vez Sarmiento", en *Expresión*, t. II, nº 6, Bs. As., mayo 1947, págs. 193-202.

AGUILERA MALTA, Demetrio: "Vida de privaciones y sacrificios", en el Suplemento de *Siempre!*, México, nº 149, 23 de diciembre de 1964, pág. II.

BIANCO, José: en "Escritores y amigos recuerdan a don Ezequiel Martínez Estrada", publicado por *La Gaceta* del Fondo de Cultura Económica, año XI, nº 124, México, diciembre de 1964, pág. 5.

BORELLO, Rodolfo A.: "Dos aspectos esenciales de la 'Radiografía de la Pampa' ", en *Ciudad*, nº 1, primer trimestre 1955, Bs. As., págs. 24-30.

BRUERA, José Juan: "Tres ideas sobre la soledad", en *Sur*, nº 229, Bs. As., julio-agosto 1954.

CANAL-FEIJÓO, Bernardo: "Radiografías fatídicas" (sobre *Radiografía de la pampa*), en *Sur*, nº 37, octubre de 1937, pág. 63.

CARBALLO, Emmanuel: "3 radiografías del escritor profeta por nombre y obra", en *La Gaceta* del Fondo de Cultura Económica, año XI, nº 124, México, diciembre de 1964, pág. 3; y "En Cuba Martínez Estrada descubrió la alegría, la juventud y la esperanza", en el Suplemento de *Siempre!*, México, nº 149, 23 de diciembre de 1964, pág. VIII.

CASTILLO, Abelardo: en "Escritores y amigos recuerdan a don Ezequiel Martínez Estrada", publicado por *La Gaceta* del Fondo de Cultura Económica, año XI, nº 124, México, diciembre de 1964, pág. 6; y "Dos páginas a máquina y a doble espacio", en *Hoy en la cultura*, Bs. As., enero-febrero 1965, nº 18, pág. 7.

DENIS KRAUSE, Alejandro: "Ezequiel Martínez Estrada a través de su última obra", en *El Día*, La Plata, 15 de noviembre de 1964.

EICHELBAUM, Samuel: una página sobre el drama *Lo que no vemos morir* publicada en *Argentina Libre*, Bs. As., 12 de octubre de 1941, y reproducida como apéndice en *Tres dramas (Lo que no vemos morir – Sombras – Cazadores)*, Losange, Bs. As., 1957.

ESPINOSA, E. (S. Glusber): "Sobre 'Títeres de pies ligeros' ", en *La vida literaria,* Bs. As., noviembre de 1929.

FERNÁNDEZ MORENO, César: "Sobre Ezequiel Martínez Estrada", palabras leídas el 3 de junio de 1956 por LRA Radio Nacional en ocasión de presentar *Lo que no vemos morir* y publicadas como apéndice en la citada edición Losange de *Tres Dramas,* Bs. As., 1957.

FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto: "In memoriam Ezequiel Martínez Estrada" (poema), reproducido en el citado suplemento de *Siempre!,* nº 149, México, diciembre 23 de 1964; y una página en "Escritores y amigos recuerdan a don Ezequiel Martínez Estrada", en el citado número de *La Gaceta* del Fondo de Cultura Económica.

FINGERIT, J.: "La poesía de Martínez Estrada", en *Babel,* Bs. As., marzo de 1928.

GALANTE, Obdulia Esther: "Ezequiel Martínez Estrada", en *Biografías sintéticas de autores argentinos,* segunda edición, Bs. As., 1945, pág. 241.

GARCÍA, Germán: "El Sarmiento de Martínez Estrada", en boletín del *Colegio Libre de Estudios Superiores,* filial Bahía Blanca, 1949, pág. 16.

GHIANO, Juan Carlos: "Martínez Estrada narrador", en *Ficción,* nº 4, Bs. As., noviembre y diciembre de 1956, págs. 139-148; y "El teatro de Martínez Estrada", publicado a modo de prólogo de la citada edición Losange de *Tres dramas,* Bs. As., 1957, págs. 5-15.

GIGLI, Adelaida: "La poesía de Martínez Estrada: oro y piedra para siempre", en *Contorno,* nº 4, Bs. As., diciembre de 1954.

GINER DE LOS RÍOS, Francisco: en "Escritores y amigos recuerdan a don Ezequiel Martínez Estrada", publicado por *La Gaceta* del Fondo de Cultura Económica, año XI, nº 124, México, diciembre de 1964, pág. 5.

GIUSTI, Roberto F.: "Sobre la poesía de Ezequiel Martínez Estrada", en el diario *La Razón,* Bs. As., 1947; y "Diagnóstico pesimista de la realidad argentina" (Nota sobre *¿Qué es esto?*), en el diario *La Prensa,* Bs. As., 23 de setiembre de 1956.

GONZÁLEZ, Manuel Pedro: "Cómo se debe amar a la patria", en el suplemento de *Siempre!,* nº 149, México, 23 de diciembre de 1964, pág. II.

IVANISSEVICH MACHADO, Ludovico: "El puritanismo en Martínez Estrada", en *Ciudad,* nº 1, Bs. As., primer trimestre 1955, págs. 20-23.

KUSCH, Rodolfo: "Lo superficial y lo profundo en Martínez Estrada", en *Contorno,* nº 4, Bs. As., diciembre de 1954, págs. 5-8.

LIACHO, Lázaro: "Ezequiel Martínez Estrada", en *Davar,* nº 34, Bs. As., mayo-junio 1951.

LÓPEZ MERINO, F.: "Sobre 'Argentina' de E. Martínez Estrada", en *Síntesis,* nº 7, Bs. As., 1927, págs. 114-115.

LUGONES, Leopoldo: "Laureado del Gay Mester", en el diario *La Nación,* Bs. As., 18 de agosto de 1929; y "En honor de Martínez Estrada", en el diario *La Fronda,* Bs. As., 10 de diciembre de 1932.

MARCILESE, Mario: "Martínez Estrada habla por última vez", en el diario *El Día,* La Plata, 19 de noviembre de 1964.

MORENO, Enrique: "Ezequiel Martínez Estrada", en *Don Segundo Sombra,* t. I, nº 2, La Plata, enero de 1929, págs. 82-83.

MURENA, H. A.: "La lección a los desposeídos: Martínez Estrada", en *El pecado original de América,* Bs. As., 1954, págs. 107-129; hay nueva edición en la Editorial Sudamericana. El texto se publicó originalmente en *Sur,* nº 204, Bs. As., octubre de 1951.

NOÉ, Julio: "Ezequiel Martínez Estrada", en *Antología de la poesía argentina moderna (1896-1930),* con notas biográficas y bibliográficas, segunda edición, Bs. As., 1931.

OCAMPO, Victoria: en "Escritores y amigos recuerdan a don Ezequiel Martínez Estrada", publicado por *La Gaceta* del Fondo de Cultura Económica, año XI, nº 124, México, diciembre de 1964; "Carta a Martínez Estrada", en *Artes y Letras Argentinas* (publicación del Fondo Nacional de Las Artes), año VI, noviembre-diciembre de 1964, pág. 2; y "El acento de la verdad", en *Hoy en la Cultura,* Bs. As., enero-febrero 1965, nº 18, pág. 7.

PRIOR, Aldo: "Después de Martínez Estrada", en *Sur,* nº 293, Bs. As., marzo y abril de 1965, págs. 32-43.

RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir: en "Escritores y amigos recuerdan a don Ezequiel Martínez Estrada", publicado por *La Gaceta* del Fondo de Cultura Económica, año XI, nº 124, México, diciembre de 1964; y en *El juicio de los parricidas,* Buenos Aires, 1956.

ROJAS, R.: "Una carta abierta a Martínez Estrada", en *Babel*, Bs. As., marzo de 1928.

ROMERO, José Luis: "Martínez Estrada: un renovador de la exégesis sarmientina", en *Argentina: imágenes y perspectivas*, Bs. As., 1956, págs. 99-108.

RUIZ DAUDET, Carlos: "Probidad y pasión", en *Hoy en la cultura*, Bs. As., enero-febrero 1965, nº 18, pág. 6.

SEBRELI, Juan José: *Martínez Estrada: una rebelión inútil*, Bs. As., 1960, 105 págs.

SOLERO, F. J.: "Primera aproximación a Martínez Estrada", en *Contorno*, nº 4, Bs. As., diciembre de 1954, págs. 9-10.

URIBE, E.: "Sobre 'Humoresca' ", en *Vida literaria*, Bs. As., 1-7-930.

VERBITSKY, Bernardo: "Un todo sinfónico", en *Hoy en la Cultura*, Bs. As., enero-febrero 1965, nº 18, pág. 6.

VIÑAS, David: "La historia excluida: ubicación de Martínez Estrada", en *Contorno*, nº 4, Bs. As., diciembre de 1954, págs. 10-16.

VIÑAS, Ismael: "Reflexión sobre Martínez Estrada", en *Contorno*, nº 4, Bs. As., diciembre de 1954, págs. 2-4; y "Alrededor del 'Sarmiento' ", en *Ciudad*, nº 1, primer trimestre de 1955, Bs. As., págs. 30-34.

WEINBUM, Raquel: "Los ojos de Martínez Estrada", en *Contorno*, nº 4, Bs. As., diciembre de 1954, pág. 1.

ALDO PRIOR

CRÓNICAS

RECUERDOS SOBRE RECUERDOS

(Al margen de *Mundo, mi casa* *)

"El conocimiento del carácter de un ser se facilita teniendo en cuenta lo que el sujeto jamás olvida y lo que es incapaz de recordar". Este pensamiento de un hombre genial pero nada cuerdo, Otto Weininger, es acertadísimo. Nuestras preferencias y nuestros recuerdos son fieles reflejos de nuestros impulsos más recónditos. Dime qué recuerdas, dime qué prefieres y te diré quién eres.

Sobre esto de recordar la infancia tengo experiencia, pues hace más de treinta años que tomo notas, o trato de escribir mis Memorias. No he encontrado aún solución satisfactoria para tamaña empresa. Es tan fácil y tan difícil. En su aparente facilidad está la trampa en que podemos caer.

Una comprobación importante (ignoro si alguien la ha hecho) a que me ha llevado esta presencia perenne de recuerdos de infancia durante mi vida de adulta es la certeza de que los recuerdos son privativos de cada persona, en cierto sentido. Por tener yo cinco hermanas y una especialmente que ha vivido junto a mí desde su nacimiento, y con la cual he compartido las experiencias infantiles que nos tocó vivir, he podido cerciorarme de que a pesar de esa comunidad nuestros recuerdos no coinciden forzosamente. "¿Te acordás de esto?" "La verdad que no". "Y vos ¿te acordás de estotro?" "Para nada".

Este es un síntoma de algo importante que está ligado al carácter, a la orientación de una sensibilidad, a sus modalidades.

El mismo Weininger afirma, corroborando datos (y Martínez Estrada piensa con razón que lo dicho puede aplicarse a Hudson): "El hombre genial tiene ya desde niño una vida más intensa que la de los otros niños, y mientras más genial es, tanto más fácilmente recuerda su primera infancia..." Yo no estoy muy segura de que esto de recordar la infancia, maravilloso don, sea obligatoriamente señal de genialidad. Pero estoy convencida de que algunos seres tienen en abundancia esta facultad (como el oído para la música) y otros no, o en grado mucho menor. Así como hay idiotas musicales (y esto nada tiene que ver con la idiotez en otros sectores. El inteligentísimo, agudísimo y talentosísimo Roger Caillois es un idiota musical); así como hay daltónicos que padecen la confusión del rojo y el verde, hay también personas que por algún traumatismo o alguna

* Falbo, Buenos Aires, 1965.

razón que no he logrado averiguar están aparentemente como cortados de esta fuente que tanto refresca: los recuerdos de infancia. Esa infancia tan presente en Saint Exupéry, Wordsworth, Víctor Hugo, Hudson, Virginia Woolf, Emily Brontë, y el mismo St.-John Perse.

The thought of our past years in me doth breed
Perpetual benediction... *

Nadie ha expresado estas cosas como el autor de *"Intimations of immortality from recollections of early childhood"*. "Le génie est l'enfance retrouvée à volonté", para Baudelaire.

Cuando pienso en el "Famille je vous hai" de Gide y pongo esa declaración junto a las que nos hace sobre las mujeres de su parentela en *Et nunc manet in te*; cuando examino lo que fue su vida de casado (contada por él mismo), nada me extraña esta exclamación. No se puede tener (hasta la edad adulta) una visión tan antinatural, tan monstruosa de lo que es una mujer sin que los resultados sean el odio a la familia (tan centrada en ella).

Esta última digresión nos lleva muy lejos del ambiente de *Mundo, mi casa,* que he leído y releído en estos días. Pero como he pasado mi vida teniendo como principal *leit motiv* el *porqué* de los recuerdos de infancia, es natural que al abordar este tema presentado por María Rosa Oliver se empiecen a desbordar todas mis reflexiones de rumiante.

El pasado que evoca *Mundo, mi casa* (con un *décalage* de unos cuantos años en que poco varió el panorama circundante) es el mismo que yo he conocido; las circunstancias, el medio ambiente, salvo matices, son casi los mismos. En todas estas cosas y por todas ellas, María Rosa Oliver es mi hermana menor. Una compatriota en lo vivido en una época, un lugar, un tipo de familia, un repertorio de reacciones ante el medio, un amor a padres y hermanos que ninguna discrepancia de orden intelectual (y vaya si las hubo) pudo destruir.

En todas *Memorias* (ya sé que a María Rosa no le gusta la palabra y prefiere *recuerdos*, pero insistiré siempre en hablar de Memorias. Yo preferiría *Memoria* en singular, por ser esta palabra la que designa *las potencias del alma por medio de las cuales se retiene y recuerda el pasado*) hay naturalmente el peligro de la adulteración, es decir de que se deslicen en el texto seudorecuerdos, algún fraude inconsciente de nuestro soñar despierto a lo largo de la vida. Pero estimo que para los espíritus escrupulosos, el peligro es mínimo.

Una exagerada honradez puede perturbarnos a veces y quitarnos espontaneidad. Y también la conciencia de *reservas mentales* (ésas que hacen volver al confesonario). Si uno las padece en forma de manía se verá condenado a pasarse la vida confesándose sin llegar nunca a la comunión "No dije todo. Por consiguiente he falseado la verdad". Y también lo contrario resulta conde-

* "El pensamiento de nuestros años pasados engendra en mí / perpetua bendición." (Wordsworth, *Ode to Immortality.*)

nable para ciertas sensibilidades: "Dije todo. Pero al decirlo pegué una puñalada".

Los recuerdos de María Rosa en este (supongo) primer volumen (cuyas erratas espantan al lector baquiano) se limitan a la infancia (hasta el límite de la pubertad) No nos conocíamos entonces. Ella dice en su libro que me vio por primera vez junto a un ventanal, en el Hotel Majestic (París), con el pelo recogido por un moño de moaré negro. Yo no la vi a ella. Las chicas grandes poco se fijan en las chicas menores. Están obsesionadas por defender su flamante categoría de señorita. Edad que consideran respetable. Al decir respetable estoy pensando en "responsable". Cuando María Rosa Oliver era chica chica y yo chica grande, no se estilaba en las familias de origen colonial (imagino que tampoco en las otras) creer que las mujeres (muy queridas pero malqueridas) fueran *responsables*. La responsabilidad era asunto de hombres. Da la casualidad de que tanto María Rosa como la muchacha del moño de moaré negro estaban absolutamente seguras de lo contrario. Lo iban a demostrar cada cual a su manera. Sin que lo supiéramos aún, la Nora de Ibsen defendía nuestra causa.

Le debemos a Alfonso Reyes, amigo mutuo, nuestro encuentro. Ignorándolo, habíamos sido vecinas desde el nacimiento de María Rosa en el edificio llamado, hoy, Galería del Pacífico. Para nosotros fue el *Bon Marché*. A través del atrio de las Catalinas nuestras casas se enfrentaban (nací en Viamonte 482). Antes de conocer a María Rosa, antes de echarle una mirada distraída (por ser ella una chicuela) había fijado mi atención en su madre, cuando llegaba a misa a *nuestra* iglesia (el torno de las monjas que aterrorizó a María Rosa ya lo conocía yo, y me había producido un ahogo similar). Me gustaban su cara tan fina, su peinado cuidadoso, su aire de salir del baño recién jabonadita. Creo, a menos que me engañe mi memoria, que también admiraba mucho unas horquillas de carey que llevaba puestas en la nuca. Su estatura diminuta no me parecía un defecto; yo me sentía tan torpe a causa de mi altura descomunal y casi avergonzada de haber crecido tanto.

María Rosa empezó su vida consciente en la calle Charcas. Pero el abandono de mi barrio no hizo variar para nada el "way of life" de la familia. Lo compruebo al leer su libro. Seguían fieles a las Catalinas. A veces confundo las voces de quienes hablan en *Mundo, mi casa* con las de los míos. Las frases suelen ser idénticas: "Mamá nos contó que para la revolución del 90...", etc. (Pág. 9). Lo mismo nos contaba nuestra madre, ya instalada en Viamonte. *Et ainsi de suite.*

El break, el aljibe, las rejas, la acentuación de la primera sílaba en Tata Fulano, o Mama Zutana, las rosas mosquetas, el invernáculo, las brevas, los mosquitos, las conversaciones, las medias palabras para que los chicos no entendieran; el "una casa como ésta..."; la costumbre de seguir llamando "niña" a la que dejó de serlo hasta el más espectacular embarazo; el "si mi Tata supiera"; la guerra del Transvaal comentada por la institutriz o la niñera inglesa; las mulatas; el tío cachafaz y pechador que se permite criticar los zapatos de su sobrina: "Una señora de tu rango no tiene derecho a andar con

tacos torcidos" (Nosotros podemos jactarnos de haber tenido en la familia ese mismo ejemplar perfeccionado. En otras épocas hubiera sido un gran filibustero) : todo, o casi todo corre en líneas paralelas.

Mundo, mi casa debuta (primer recuerdo) con el susto que se lleva la autora al ver a su hermana recién nacida. Pero desde este comienzo del libro llama la atención la importancia que cobra la *mise en scène*. Nos describe la bañadera *celeste* con patas altas donde alguien, vestido de *blanco* sostiene en agua *jabonosa* el cuerpito *amoratado*. Y la causa del susto es la insólita presencia, en el centro del vientre del bebe, de algo parecido *a la parte superior de una zanahoria*.

No olvidemos que María Rosa tiene a la sazón tres años. ¿Sabía ya el nombre de los colores, los distinguía (especialmente el *amoratado*)? ¿Había tenido ocasión de observar la parte superior de una zanahoria? Esto último es inverosímil. Con esto quiero sentar que la técnica de María Rosa consiste en utilizar recuerdos auténticos de la niñita que fue, engarzándolos en un vocabulario de adulta y ayudada por unas comparaciones que sólo se le ocurren a una adulta. Este procedimiento, el de describir con precisión desde el atalaya del adulto lo visto allá lejos, en la infancia, es no sólo lícito sino casi inevitable. No deja por eso de revelarnos características de la niña a cuyo servicio está la mujer hecha y dueña del manejo de las palabras.

María Rosa es ante todo una *visual*. Ella misma confirma mi juicio al escribir: "A mi infancia la recuerdo como una geografía *con mapas de colores*, de una región siempre habitada." Siempre habitada, tomo nota. "Sin habitantes, su color y sus límites se borrarían." Pero eso no quita que el mapa que refleja todo aquello sea *un mapa de colores*.

A renglón seguido, en ese introito en que la niñita de tres años nos precede, nos guía, describe María Rosa la casa de Charcas con sus balcones sobre la Plaza San Martín, las cúpulas *verdemusgo* del Pabellón Argentino, la herrería *blanca* con un dibujo *negro* (la cabeza de un caballo). Y si entramos a Charcas por la escalinata de mármol, sabremos inmediatamente que la monumental chimenea de un vestíbulo era de *ónix de San Luis*. Desde luego, la chica de tres años que nos dio la mano en la primera página del libro debía ignorar la existencia de este cuarzo lapídeo (como tal) así como debía ignorar la forma de la parte superior de esa umbelífera que comen (dicen) los aviadores para ver de noche, y los *mannequin* para conservar la línea.

Estamos pues frente a una María Rosa adulta que sabe nombrar lo que ve. Y desde su *adultez* se inclinará, sagaz intérprete, sobre su infancia e irá hablándonos en su nombre. Este libro muy suyo nos hace viajar por un mundo casi desaparecido; el mundo de las señoras viejas sentadas en rueda los días de visita, con abanicos en verano, y nietas y sobrinas inquietantes (para ellas) en todas las estaciones; el mundo que hemos querido y combatido a pesar de quererlo; mundo que ha sido fielmente reconstruido por la autora.

Yo llamaría a estos recuerdos autobiografía novelada. Novelada, pues es difícil encontrar otra forma de narrar acontecimientos, recuerdos que tienen

"la forma de las nubes", como dijo Baudelaire, a menos de conservarles su imprecisión, su vaguedad intensa (es curioso, pero las dos cosas se dan juntas)... Intensa para el que las ha vivido. Hay que darles cuerpo para que resulten visibles para los demás. Hay que prestarles, en mayor o menor grado (y en esto finca la diferencia entre obras de este género literario), el soporte de la palabra adulta, es decir articulada.

Mundo, mi casa es un libro con muy pocas páginas de sombra. Parece estar siempre del lado del sol. No sólo por la tendencia a ver el mundo coloreado como un juguete nuevo y bien pintado, sino por otras características de la autora. Su vitalidad poco común, su apetito sano de lo terrenal, una energía feroz y sonriente se ponen de relieve en su manera de encarar y de sobrellevar como si nada fuera, la tremenda prueba de la polio. Este ser movedizo queda inmovilizado desde la infancia. Pero todo el drama es sobrevolado moralmente así como materialmente a la silla de ruedas de María Rosa le crecen alas y vuela a los cuatro puntos cardinales. No conoce la pereza. La pasión de enterarse de todo lo que acontece en el mundo, de verlo todo, de tomar partido y de entrar en "la mêlée" (el *au dessus de la mêlée* nunca la convenció. Y tampoco la doctrina de Gandhi, mi héroe y santo; actitud muy distinta, y que exige un valor inaudito) la ayudaron, creo, a sobreponerse a un mal que supo transformar en un bien.

Del parecido con la realidad de todo lo que nos cuenta María Rosa, podría yo testimoniar, si fuera necesario. Desde el suntuoso puchero, hasta las intercalaciones pedestres de la tía Mercedes mientras reza el rosario. El primer viaje de los Oliver a Europa (con el propósito de consultar médicos) es muy parecido al nuestro años antes. La única diferencia está en el asunto de la vaca y las gallinas. Los Oliver, a pesar de zarpar con un bebe de 21 días, no llevaron esos animales. Cierto que llevaron ama. Los Ocampo, que nunca tuvieron ama, tuvieron vaca y gallinas en su primer viaje. La vaca se mareó a partir de Santa Catalina. Se la comió la tripulación alemana del transatlántico. En el año en que viajaron los Oliver ya existía la buena leche en conserva (con gusto a lata, aseguraba la señora de Oliver). No creo que las chicas Ocampo pudieran contar con ese recurso juzgado indispensable. (Esto de las vacas es un dato que le paso, complacida, a Sebreli para su próximo *best seller*).

En la página 208 leemos algunas apreciaciones sobre la Revolución Francesa. María Rosa Oliver señala que los varones de su familia simpatizaban levemente con ella. En cuanto a las mujeres, sólo las obsesionaba la suerte corrida por María Antonieta. En apoyo de esta observación contaré lo siguiente. Una tía mía estuvo al borde de un "soponcio" (como decían entonces mis tías) en un teatro parisiense donde se representaba un dramón: la vida y muerte de la infortunada austríaca. Llegada la pieza al momento en que el desenlace se aproximaba, la tía María Luisa se echó a llorar, y pronto a sollozar. El tío Diógenes (Urquiza) desesperado, tanto por el llanto de su mujer como por el efecto causado en los espectadores, acabó por decirle con autoridad: "No te pongas así, m'hija. Nada de esto es cierto. Todo lo inventó

el autor." Mi tía tenía gran admiración por su marido, y a lo mejor le creyó.

En estos recuerdos de infancia he topado en cada capítulo con esa María Rita, tan menuda y decidida, a quien yo siempre llamé "señora". Me daba tanto gusto verla cuando ya en mi familia no quedaba nadie de la generación de ella o anterior a la de ella. Era como un volver a casa. Las veces que me habrá dicho: "¿Qué me decís de ésta?" Ésta era María Rosa. O si no, cuando su hija venía a pasar una temporada conmigo, en Mar del Plata: "¿Cómo la aguantas?" "Muy bien, señora. Ella me aguanta a mí", le contestaba yo. María Rita tenía eso que los franceses llaman "franc parler". Contrastaba este no tener pelos en la lengua con la suavidad de su cara de rasgos tan cándidamente femeninos.

En cuanto al padre de María Rosa (que no conocí) parece haber tenido gran influencia sobre esta hija que tantos desvelos le habrá causado y a quien se preocupó de abrir muchos horizontes. Es refrescante leer, en una época en que está de moda (en literatura) la indiferencia o cierto desprecio hacia los padres, este libro que no se avergüenza de proclamar lo contrario.

Cuando Oliver (padre), en París, le regalaba a su hija mayor los libros *doré sur tranche* de la *Bibliothèque Rose* para consolarla de una corta separación, yo escondía debajo de mi colchón (en el mismo Majestic) el *De profundis* de Wilde. Mi madre lo pescó mientras me hacían la cama. Lo confiscó y me dio un buen reto. No entendí la razón de tanto rigor tratándose de una obra de acento religioso. Amenacé con tirarme por el balcón, pero me contenté con tirar unos pares de medias nuevas que se repartieron riendo los *chauffeurs* estacionados en la Avenue Kléber. Este suicidio simbólico no impresionó más que a Fani [1].

En ese momento lo de "famille je vous hai" de Gide me hubiera parecido expresar mis sentimientos. Odiaba el modo de pensar que mi madre representaba y al odiarlo la odiaba a ella. Pero esas tempestades de odio eran pasajeras y nunca alteraron un cariño que estaba por encima de cualquier discrepancia. Es el tipo de cariño que vive en este libro de María Rosa y vivirá en la continuación de sus recuerdos. Y no se trata aquí de un querer a los padres por ser ellos nuestros padres. Nada de eso. Se trata de la calidad de amor que de ellos hemos recibido, de una deuda de amor de esas que se pagan no por obligación sino porque han despertado en nosotros sentimientos de la misma densidad.

Nos habla en la página 185 de una Navidad con "chicos pobres" en que ella descubre lo repugnante de ciertas desigualdades, digamos de ciertos privilegios que da el dinero. Nuestras Navidades también incluían a "chicos pobres". Pero no fue a través de ellos como yo descubrí las injusticias que me indignaron. Tal vez porque llegué más bien a envidiar la suerte de los "chicos pobres". El hijo del mucamo inglés de una tía (ambos pasaban el verano en Villa Ocampo) se dignaba rara vez jugar conmigo. Teníamos nueve o diez

[1] Ver *Testimonios*, Quinta Serie, Buenos Aires, 1957.

años. A Franky (así se llamaba) no le agradaba jugar con *mujeres*. Esto me dolía y humillaba. Yo le hubiera regalado todo lo que tenía, no por caridad sino por admiración. Estaba perdidamente enamorada de su cara preciosa, de su independencia, de sus ojos celestes, de su agilidad. Jamás fui a quejarme al padre de la actitud displicente del hijo. Yo no quería que lo obligaran a jugar conmigo, quería que él tuviera ganas. Nunca se me ocurrió pensar que yo tenía una situación de privilegio frente a este chico, sino lo contrario. La noción de injusticia vino por otro lado, que no es del caso comentar.

Mundo, mi casa parece escrito al correr de la pluma. Digo parece porque la autora demuestra destreza para revelarle al lector, gradualmente, lo que ella quiere que sepa, cuando lo juzga necesario y en la forma más adecuada a sus propósitos. A través del mundo exterior (mundo que existe fuertemente para ella, pues sus ojos están hecho para registrar y almacenar cuanto se le presenta) María Rosa Oliver nos muestra el interior de una casa porteña, de una familia y de ella misma, centro de esta familia. Pero no llega a ser centro por las razones especiales de su condición física ("Pobrecita"), sino por razones opuestas: por la fuerza que de ella emana, por su manera de solucionar el problema de una vida que podía frustrarse, y por su manera de demostrar la verdad de aquello a menudo citado por Keyserling (tenía sus lados buenos el balto): la fecundidad de lo insuficiente.

Sin preocuparse de serlo, este libro es bien argentino (hasta cuando nos lleva a otras partes del planeta). Lo que en él me parece más positivo, o que más me gusta, es lo que se refiere a los personajes y modalidades de ese mundo en que se movía una familia muy de nuestra tierra, a comienzos del siglo XX. Lo que se hacía, se decía, se pensaba, se sentía, se reprobaba en la calle Charcas y en Merlo. Lo visto por una chica y articulado por una adulta. Es el tipo de documento que más me interesa y me divierte —cuando, como en el caso de estos recuerdos, es también divertido.

Cerrando el libro de María Rosa, que recomiendo a los lectores de SUR, libro donde encuentro tantas cosas que le he oído comentar con gracia antes de que con la misma gracia las escribiera, pienso que no hay antípodas en la geografía del corazón (por más que quieran crearlas). Teilhard de Chardin ha escrito que el poder de amar "es la más formidable y la más misteriosa de las energías cósmicas". Cuando esta verdad se hace carne, uno puede estar impunemente en desacuerdo sobre la elección de "caminos" a seguir. *Si el camino es el del amor,* todo camino nos llevará al mismo punto central.

V. O.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

CREACIÓN LITERARIA Y TESTIMONIO *

Este libro cuya aparición provocó encontradas reacciones en México, su lugar de origen, puede ser considerado desde distintos ángulos de enfoque, y desde todos ellos provocar muy fecundas consideraciones dado su carácter involuntariamente ambiguo, ya que habiéndose propuesto su autor, el antropólogo norteamericano Oscar Lewis, hacer una labor científica encontró inesperadamente —(¿inesperadamente?)— que tenía entre las manos una de las más significativas narraciones hispanoamericanas de los últimos tiempos, no exenta de ramalazos poéticos a pesar de la crudeza inevitable del medio en que se desarrolla su acción.

Ese carácter límite, no entre dos géneros literarios, sino entre dos actividades tan disímiles como la científica y la estética, es el que me limitaré a considerar en este esbozo.

En cuanto a las protestas suscitadas en ciertos medios mexicanos, fueron sin duda idénticas a las que se hubiesen producido en nuestro país, o en cualquier otro de nuestro continente, cuyo amor propio es de una vehemencia y agresividad mucho mayor cuando se le señalan los puntos oscuros de su ser que cuando sus excelencias son olvidadas. Que el autor fuera extranjero, y tan luego yanqui, no mejoró demasiado las cosas.

Lo que Lewis se propuso fue el aporte documental acerca de un modo de vida de por sí irritante aunque se sepa inexorablemente cierta, y más aún por lo mismo ya que su estudio apunta a lo que él llama la "cultura de la pobreza", es decir, a la estructura, concepto del mundo, normas de conducta, relaciones con el medio, etc., de los seres humanos que en cada país viven en permanente escasez de alimentos, vestidos, y sobre todo habitación. Para ello eligió una familia típica, si así se puede llamar, de las "viviendas" de la ciudad de México, equivalentes a nuestros "conventillos" hoy decaídos en "villas miseria". El testimonio fehaciente de algunos de sus habitantes también hubiese irritado entre nosotros la suspicacia de cierto nacionalismo más celoso en la ocultación de nuestras lacras sociales que en su objetivo estudio indispensable para todo posible remedio. Lewis habló con el padre, Jesús Sánchez, hombre en cierto modo ejemplar en un medio donde la precocidad de la vida sexual tiene como consecuencia que los accidentales hijos sean considerados como naturales cargas de las madres únicamente. Jesús Sánchez, con un fuerte sentido autoritario y patriarcal aunque su posición económica estuviese bien lejos de la holgura,

* Oscar Lewis: *Los hijos de Sánchez,* Fondo de Cultura Económica, México, 1964.

afrontó en cada caso las responsabilidades ante sus hijos, con resultados lamentablemente poco satisfactorios para él, e incluso ante sus no menos aleatorios nietos. Familia fluctuante, sin asideros legales, ni otros vínculos efectivos que la insólita buena voluntad paterna. Cuatro de sus hijos, los de la "casa grande" Manuel, Roberto, Consuelo y Marta fueron interrogados y supo suscitar en ellos la necesaria confianza para llevarlos hasta las últimas confidencias, todo ello ante la imparcialidad del micrófono de su grabador. De los relatos directos así obtenidos, eliminó luego sus propias incitaciones, dio coherencia a los diversos trozos resultantes, respetando las asperezas de la rusticidad coloquial, con sus vigorosos barbarismos, sus reiteraciones, su inevitable crudeza de léxico y su anarquía sintáctica y obtuvo, no un relato, sino un haz de ellos, en los que a veces se repite la narración de un mismo acontecimiento, pero visto desde los distintos ángulos de los diversos narradores, casi siempre contendientes en el conflicto. Todo ello de un valor antropológico innegable, pero lo que me resultó de máximo interés fue que su mérito novelístico, supongamos que gratuito, no es menos interesante y de evidente modernidad.

Cabe sospechar que algo debe haber influido en ello la sagacidad mayéutica del indagador y su modo de provocar en cada uno de sus sujetos la necesaria apertura confidencial. Dudo que en manos menos diestras el resultado hubiese sido el mismo, pero el hecho es que, a fin de cuentas, su mérito es el que corresponde al "montaje" y acaso a la "revelación", sin intervención posible en el desarrollo de los acontecimientos ni en su peculiar narración.

Al leer este libro se piensa en las declaradas intenciones que, desde el naturalismo y su antecesor el famoso espejo de Stendhal hasta el neorrealismo contemporáneo, mueven a los novelistas subordinando la creación literaria a la pasión testimonial del documento. El resultado es que casi siempre se obtiene ese propósito a expensas del valor estético. En alguna ocasión dije, sin el menor propósito de un humor que falsamente se me atribuyó, que los personajes de don Emilio Zola, para no citar sino un solo ejemplo, tenían con sus modelos un indudable parecido, pero de la índole del que existe entre cualquiera de nosotros y el retrato de nuestra cédula de identidad, en el que, por provenir de oficinas policiales, siempre aparecemos con cierto aire de sospechosos.

Eso es justamente lo que no ocurre en las imágenes de *Los hijos de Sánchez,* incluso cuando de sus relatos se desprende que alguno de ellos está muy lejos de aparecer como un modelo de conducta, y ello sucede por la muy poderosa razón de que tales imágenes carecen de la *objetividad* aportada por el *objetivo* por antonomasia que es, o pretende ser el de las máquinas fotográficas policiales. Tales imágenes aparecen ante los ojos del lector estructuradas a través de la subjetividad del relator. Son autorretratos y nadie tiene aspecto de sospechoso para sí mismo. Roberto no respeta demasiado la propiedad ajena, y la conducta sexual de Marta no es siempre del todo recomendable, pero cada uno de ellos sabe a qué atenerse, y si no siempre se sienten del todo justificados, conocen al menos el pormenorizado porqué de su conducta desde su particular punto de vista. Sus alcances sociológicos son tan limitados como los de la

mayoría de los seres humanos y cuando se permiten alguna divagación al respecto ello se advierte de inmediato. Ignoran los ocultos resortes de su conducta y, de no ser así, este libro se despojaría en el acto de su mayor encanto que es el de su ingenua espontaneidad. No se sienten personajes de novela, sino los seres humanos que en verdad son y que aspiran a ser y, sólo en felices excepciones lo logran, los personajes de novela. Y es ahí donde, a mi entender, se produce el hecho crucial que valoriza de modo tan notable a este libro documental que accede a lo novelístico a fuerza de no pretender ser otra cosa que documento, mientras tantas novelas dejan de serlo, paradójicamente por la misma causa. Una novela que ante todo quiere ser documento, presenta la misma aberración que un documento que pretendiera ser novelesco. ¡Líbrenos Dios de los escribanos con imaginación y de los escritores sin ella! Una misma falsedad inicial los invalidaría. Puede ocurrir, y nada hay de malo en que así sea, que una excelente novela sea *además* imprescindible documento, la mayoría de las veces por razones muy ajenas a los declarados propósitos de su autor. *Los Campesinos* de Balzac constituyen el ejemplo más evidente para cualquier lector actual, puesto que el genio novelístico del autor de la Comedia Humana le fuerza a demostrar todo lo contrario de lo que se proponía. Pero una novela debe querer ser ante todo novela dejando librado a la benevolencia del azar cualquier otro tipo de sobrecarga de riqueza. Del mismo modo el documento, si pretende alcanzar validez como tal, debe circunscribirse dentro de su naturaleza a limitaciones de objetividad estricta. Es posible que de tal presunta aridez brote un carácter de significación humana que le confiera por ello un valor poético, y eso es, justamente, lo que ocurre con este libro. Sus diferencias con una novela naturalista, que para una visión superficial pudieran pasar inadvertidas, son sin embargo fundamentales. El naturalismo, en sus más diversas manifestaciones, siempre se caracteriza por una empeñosa selección de lo desagradable, que acaba por acumularse en sus páginas en una proporción que incluso llega a superar a la de la realidad más sórdida, lo que ya es decir. Ello es el resultado de una deliberada actitud ofensiva hacia su lector para promover en él lo que el autor considera una saludable impaciencia ante esa realidad que lo fuerza a intentar modificarla al hacerle sentir responsable de su propio desagrado o de la permanencia de sus causas. Lo que en verdad suele ocurrir, ya lo sabemos: cierto tipo de lectores optan por el abandono de ese género de libros, mientras otros complacidos con esa solicitación a su complejo sado-masoquista terminan por trasmutar en placer lo desagradable y no se sienten ya finalmente satisfechos sino mediante un ininterrumpido acrecentamiento de lo atroz.

Los hijos de Sánchez ni han soñado en ser creadores literarios. Sin duda serían los primeros en asombrarse si conocieran su inesperado éxito al respecto, el que por otra parte los incapacita por completo para todo intento de repetir la hazaña. Pero justamente por ello no han podido proceder a una selección de los materiales de sus relatos y menos aún a su clasificación entre agradables y desagradables. Son lo que fueron según les iban saliendo al encuentro. Lo que

literariamente hace eficaz o inadmisible a lo atroz es su deliberación, pero como en un relato documental de la veracidad de éste tal deliberación no es posible, toda atrocidad queda desprovista de intencionalidad, literariamente hablando. Su agresividad se limita a lo objetivo, sin sobreentendidos ocultos. Lo atroz conserva, o recupera su ingenuidad y al no supeditarse a propósitos ajenos a su suceder, sorpresivamente improvisa una inesperada eficacia. Además su dosificación es la exacta con un tipo de precisión inalcanzable por ninguna otra técnica, y aunque a veces la suma de espantos pueda sobrepasar la entenebrecedora imaginación del novelista más deliberadamente "negro", hay algo en su desvalidez literaria que confirma su exactitud y su limpia inocencia.

Claro está que en determinados momentos del relato puede cuestionarse la virginidad literaria de los personajes por el insólito afloramiento en su lenguaje de palabras con toda la apariencia de no pertenecerles. Ello es el resultado de esa difusa "desculturización" de la cultura que por intermedio del periodismo, y sobre todo la radiotelefonía, el cine y la televisión, desmonetiza los vocablos que antes pertenecían en exclusividad a círculos intelectuales cerrados, y que al vulgarizarse pierden su precisión sin enriquecer con ello el pensamiento de quienes los emplean con desconocimiento de su verdadero significado. El propio autor en su "Introducción" nos previene acerca de la autenticidad de algunas de esas palabras, tales como "subconsciente", "luminarias" y "opulencia portentosa" empleadas por sus personajes. Pero aunque ello tienda a restar el no buscado y de todos modos muy fuerte color local del lenguaje, su influencia desubicadora no pasa de la superficie y, para quien procure lo auténtico antes que lo pintoresco, acentúa y no disminuye el valor de la obra.

La terriblemente peligrosa primera persona del singular que tantas trampas tiende a los mejores novelistas al poner en boca de sus personajes otro tipo de inverosimilitudes provenientes de ser ellos —los novelistas— quienes inesperadamente están hablando por sus bocas —las de los personajes—, en este caso no presenta el menor riesgo, porque la auténtica singularidad de estos personajes ha encontrado sin buscarlo, no a un autor, sino la microfónica impavidez del grabador de un antropólogo. Por su intermedio efectuamos este descenso, no a los infiernos, sino al purgatorio, puesto que el propio Oscar Lewis nos previene que *Los hijos de Sánchez* no pertenecen todavía a las clases más desposeídas del *lumpenproletariado* mexicano, lo que equivale a decir hispanoamericano, y todavía con ciertas ventajas sobre el de los países de menor desarrollo. Y lo que más nos acongoja es, no ya la pérdida, sino la falta de acceso a un mínimo de intimidad que significa el hacinamiento dentro de una única habitación de diez, doce y hasta dieciocho personas.

No se trata ya del derecho que el fuero interno reclama a un mínimo de soledad como apoyo y verificación de lo personal, la necesidad de un cubículo, por pequeño que sea, donde hallarse a sí mismo, sino del decoro primario imprescindible para lo meramente fisiológico en sus impostergables exigencias corporales digestivas y reproductivas. En muy pocas pero terribles páginas, nada patéticas por cierto —en la intención de los relatores— se quejan de ello no con

la violencia con que lo haríamos cualquiera de los privilegiados que hemos conocido la elemental satisfacción del *cuarto propio,* del eufemístico *baño privado,* ni con la deleitada grosería con que lo hacen los autores no personajes a través de los personajes no autores en cualquier novela naturalista. Lo cual me lleva finalmente a la conclusión de que lo que tiene de antipoético y con ello antiestético el *naturalismo* es tan sólo el *ismo*. En lo simplemente *natural* pueden convivir lo atroz y lo poético, la abrumadora mezquindad económica y lo simplemente humano. *Los hijos de Sánchez* con su testimonio nos lo prueban.

Eduardo González Lanuza

EL PUNTO FINAL DEL DESENVOLVIMIENTO LÓGICO *

La indagación filosófica auténtica supone la íntima comunicación con el objeto, cumplida por el hombre entero a través del pensar. Es el atreverse del pensar en el laberinto problemático con el afán de convertir toda "a-poría" en camino. Es la mirada que quiere atravesar la superficie, instalarse en el caos y mantenerse allí hasta generar la palabra. Mirada que se sostiene en lo oscuro; palabra que retorna a la superficie para participar lo alumbrado: dos condiciones que, realizadas ejemplarmente por el espíritu griego, parecen constituir las exigencias básicas de todo pensar que quiera ser filosófico.

Quien se aproxime al pensamiento de Vicente Fatone advertirá que ésa es la rara virtud que traba sus distintos momentos; ha de verlo, ya expandiéndose, ya replegándose, bajo la presión de esa doble exigencia: volver diáfano lo oscuro sin convertir la hondura problemática en simpleza. Cualquier comentario que se haga de la obra de Vicente Fatone, impone destacar esta actitud básica que le da su forma peculiar y que posee todos los rasgos de la genuina actitud filosófica.

En *Temas de mística y religión,* Fatone indaga a través de caminos distintos —ya sea intentando directamente la caracterización, o valiéndose de la medición de formas determinadas de pensamiento— la naturaleza y significación del hecho místico.

La experiencia mística es, para Fatone, el camino en que todos los demás convergen, el que recogiendo en sí los restantes caminos, es capaz de alcanzar esa realidad buscada desde siempre por la religión y la filosofía. Esto es lo que se descubre a través de la óptica fenomenológica, investigando la experiencia sin presuponer nada de su contenido.

La experiencia mística aparece como la superación de lo humano en tanto estructura ontológica peculiar. Es la *independencia absoluta* que se opera en el interior del hombre y lo libera de su humanidad. No es el camino del hombre

* VICENTE FATONE: *Temas de mística y religión* (Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 1963).

contra sí mismo sino el paulatino ahondamiento de la esencia humana que culmina en la disolución del límite que esa esencia impone. No se trata de un hacerse libre del hombre para la realización de su humanidad plena. Esta humanidad plena es el verdadero obstáculo que es necesario superar: el obstáculo que impide al hombre ir más allá de sí mismo, de lo que es, de su finitud esencial.

Fatone insiste en que esa independencia absoluta es *superación* que, como tal, supone el tránsito del hombre en lo superado. Y lo muestra en su notable análisis de los cuatro momentos del desenvolvimiento lógico. El momento místico es el punto final de ese desenvolvimiento. La autoliberación del pensamiento contenida en la experiencia mística supone necesariamente el cumplimiento de las condiciones lógicas de ese pensamiento: no es el irracionalismo en lucha contra la lógica, como muchas veces se ha pensado, sin prestar una mínima atención a lo que aquí se trata. Es la lógica superándose a sí misma, en la culminación de un camino estrictamente lógico.

La condición de posibilidad de toda experiencia está dada por la estructura ontológica de la conciencia humana, constituida por la relación sujeto-objeto. Si la forma de la experiencia mística es la independencia absoluta, el hecho místico no es, en rigor, una experiencia entre otras. En tanto ruptura radical de lazos, opera la disolución de la relación sujeto-objeto en la identidad de ambos términos. Es así la superación de toda experiencia posible.

La experiencia mística, superación de toda experiencia, no se da pues como experiencia de algo en que se mantiene irreductible la dualidad sujeto-objeto. Sin embargo es un hecho, y un hecho que le acontece al hombre, sea cual fuere la transformación que éste deba operar en sí mismo. ¿Cuál es el contenido de ese hecho que tiene la forma de una independencia radical a través de la cual el hombre supera su humanidad misma?

El contenido de la experiencia mística es una "presencia" pura y simplemente. Esta presencia no es ningún objeto determinado. Es el darse de lo Único, que es a la vez Todo y Uno. Pura presencia que, como tal, es siempre presente. Presencia que no puede darse en el tiempo, por cuanto éste es el continuo morirse del presente. Por eso la experiencia mística, experiencia de la soledad absoluta sin carencia en que todo se disuelve en la presencia única, sólo puede darse en un puro presente liberado del tiempo — en un *ahora eterno,* "el mismo ahora eterno que la presencia es".

De este modo, para Fatone, lo que la experiencia mística muestra —aquello de lo que da testimonio— es la relación entre tiempo y eternidad, y la eternidad como fundamento del tiempo. Sin esta relación la experiencia mística no sería posible. Porque la independencia absoluta que define el hecho místico constituye un peculiar modo de relación del hombre con el tiempo: el estar del hombre en un puro presente en que se produce la coincidencia de eternidad y tiempo.

En la absoluta soledad del místico, en esa región en que todo por qué humano calla, "Dios tiene que morirse para nacer en el hombre así como el hombre ha de morirse para nacer en Dios". Dios y hombre: realidad de la Presencia única.

Dios nace en el hombre y pronuncia su palabra. Pero esta palabra misma es silencio porque es misterio: "palabra porque quiere revelarnos algo; y misteriosa porque no nos dice qué". Por eso Dios, aun ese Dios nacido en el hombre —aun ese Dios del místico— es lo eternamente buscado. Y el nacimiento de Dios en el hombre no suprime en éste el estado de perpetua preñez.

Desde la comunión del alma con Dios, desde la soledad sin ausencia, el místico reasume su humanidad y la palabra misteriosa, el silencio de Dios, se traduce en obra humana. Obra humana que al ser expresión de Dios, sólo puede ser amor. En este retorno del místico quizás esté, para Fatone, el sentido de su suprema renuncia: el místico se despoja de su condición humana para reasumirla luego desde Dios. Condición humana que es así, al mismo tiempo, divina.

Fatone no lo dice explícitamente en este libro. Pero destaca algo que lleva a creer que lo ha pensado así. La mística, nos dice, es la única forma de actividad espiritual incompatible con una vida miserable: *"La mística no tiene, en toda su historia, un solo renegado.* Y eso que renegados tienen aun las formas más elevadas de la vida espiritual... Y puede decirse que poetas y filósofos se han librado de la vida miserable sólo en la medida en que fueron místicos... Pero los místicos no: ningún místico se ha sentido vacilar ante una crisis interior o exterior. *En ese sentido, la mística es, como la muerte, una región de la que no se vuelve."* O sea que de la experiencia mística no se vuelve a la condición de mero hombre. El que regresa a sí, es el hombre que ya no puede existir sino desde Dios.

La riqueza de este libro de Fatone no puede ser expresada en una reseña. Lo que ha sido elegido como objeto de esta nota es un elemento de su pensamiento que aparece integrándose a través de los seis ensayos que componen el libro. Esta constante es a mi juicio la temática mística. Pero tal modo de proceder —inevitable si se tienen en cuenta los límites a que debe ajustarse un comentario de este tipo— no puede sino empobrecer un pensar que se mueve creativamente en distintas dimensiones.

María Elena Lasala

EL DESEO Y LA MEMORIA *

Saqueado, removido en sus fundamentos una y otra vez, invadido, aterrorizado, incendiado, perdido entre sedientos valles mejicanos, Iztepec recuerda. En su memoria se levantan nombres y días: los de la sangrienta revolución mexicana. Lentamente, sin excesivas preocupaciones de composición, se despliega el aparente mosaico donde van dibujándose, morosa y coloridamente, en una clara, soleada libertad, los habitantes y los lugares de Iztepec: entre todos, el jardín de los Moncada, "radiante de pájaros", donde Juan, Isabel y Nicolás

* Elena Garro: *Los recuerdos del porvenir* (Joaquín Mortiz, México, 1964).

invocan, en sus juegos infantiles, otros días, otros lugares: Roma, Cartago, Inglaterra; más allá, el maravilloso país que vendrá a rescatarlos del polvo mezquino de las calles de Iztepec. Pero Iztepec dormita, sojuzgado por la violencia sombría del veinteañero general Francisco Rosas, que encubre crímenes y enajena libertades, fascinado siempre por el resplandor de su querida, la desdeñosa Julia Andrade. Julia, sin embargo, ha de fugarse con un misterioso viajero, Felipe Hurtado. Al resentimiento por la pérdida de Julia se une, para Francisco Rosas, la desazón del sordo combate contra los cristeros. Iztepec conoce el tiempo de la cólera: el plácido mosaico se transforma en un gran fresco vertiginoso y nítido. Una ráfaga de fusilamientos pondrá fin a tanto desasosiego. Isabel desaparece, misteriosamente transformada en piedra. Rosas partirá luego, más solo que nunca, dejando en su lugar a un general igualmente sanguinario, pero menos patético y cautivante. E Iztepec se refugia en su memoria y traza la historia de los muertos y de los vivos que atravesaron sus calles, la ronda de sus plazas, iluminadas memorablemente por los vestidos y la belleza de Julia, la semblanza de sus locos, sus poderosos, sus cobardes, sus beatas, sus extravagantes, sus prostitutas, todos igualmente desdichados, todos humillados y ofendidos por la fuerza injusta de Rosas, que es también un desdichado.

"La memoria contiene todos los tiempos y su orden es imprevisible", afirma Iztepec al evocar su propia historia. Pero el tiempo de Iztepec ha estado anclado demasiado tiempo en el día inerte de la desdicha. "La desdicha, como el dolor físico, iguala los minutos. Los días se convierten en el mismo día, los actos en el mismo acto y las personas en un solo personaje inútil." Detrás del tiempo estático de la desdicha se oculta, sin embargo, el tiempo milagroso de lo que realmente existe. "Algún día recordaremos, recordaremos, se decía con la seguridad de que el origen de la fiesta, como todos los gestos del hombre, existía intacto en el tiempo y que bastaba un esfuerzo, un querer ver, para leer en el tiempo la historia del tiempo". Así, los personajes que viven realmente aparecen escindidos entre el polvoriento presente de Iztepec y ese canto inaccesible que los aguarda en alguna parte. La memoria y el deseo tienen el mismo lenguaje, porque la belleza perfecta es tan perfectamente inalcanzable como el pasado. Ese deseo, esa memoria, separa a los niños de los mayores que "se habían acostumbrado a la fealdad e inventaban un mundo irreal. Detrás de la apariencia de ese mundo estaba el mundo verdadero, el que ella (Isabel), Juan y Nicolás buscaban desde niños." "Habían subido a un monte espinoso lleno de iguanas y cigarras. ¡Eso no era un monte! Desde sus tierras pedregosas veían los montes verdaderos: azules, hechos de agua, muy pegados al cielo y a la luz de los ángeles." Y sin embargo no llegará el día del verdadero monte, aun cuando a veces, en breves relámpagos, el tiempo milagroso irrumpa, como una lluvia maravillosa, y devuelva su brillo lustral a las hojas de los árboles y a los rostros fatigados. Entonces Julia flamea con sus vestidos en medio de la plaza, Hurtado inventa un teatro, Isabel baila con Francisco Rosas. El pasado y el porvenir se anulan, pero ya no por obra de la desdicha, sino por la cercanía

fulminante de un secreto de felicidad. Pero entre el tiempo de la historia y el tiempo de la vida verdadera, de la poesía, no hay pasaje... "Los Moncada habían querido huir para hallar el ir y venir de las estrellas y de las mareas, el tiempo luminoso que gira alrededor del sol, el espacio donde las distancias están al alcance de la mano; habían querido escapar al día sangriento y único de Iztepec. Pero Rosas abolió la puerta que nos lleva a la memoria de los espacios". Porque "la política y los militares son más fuertes que la poesía, la historia no conoce el inaccesible presente del deseo, y los tres Moncada serán castigados con la muerte, que acaso es, paradójicamente, la entrada al reino: ...la muerte, el estado perfecto, el momento precioso en que el hombre recupera plenamente su otra memoria." Esta nostalgia desgarradora de un tiempo de rescate, este duro destino no engendran, sin embargo, melancolía ni vencimientos, ni producen un mundo platónico, o un desvaído coro de personajes marchitos. Iztepec enumera sus dramas sin complacencias; está dispuesto a reiniciar sus fiestas y sus guerras con cada amanecer. Una vitalidad solar, una gracia infatigable animan esta historia donde, lejos de estereotipadas presentaciones de buenos y malos, cada ser tiene su momento de encanto y de amargura, de claridad y desvío. El sentimiento de una fraternidad más profunda que los enconos políticos o personales atraviesa el relato como una sonrisa tácita: aquí la hermandad de los hombres se vive no como una virtud, sino como una necesidad, mediante una subterránea picardía, un sobreentendido cordial, una comunidad carnal de gestos. Acaso sea arriesgado afirmarlo, pero se tiene la impresión de que en la novela hispanoameriana es preciso ir muy lejos antes de encontrar un signo tan viviente, una prosa tan sensible —dentro de su diáfana limpieza, de su directo vigor— capaz de dar cuenta de modo tan sobrecogedor del sufrimiento que arrasa a un pueblo, capaz de atestiguar con tanta riqueza la supervivencia de la poesía a pesar de las humillaciones de la historia.

Elena Garro enfrenta la desdicha de Iztepec con una mirada cuya frescura excluye todo enjuiciamiento apresurado o mezquino. Tiene el talento del personaje y del grupo de personajes, el secreto de un ritmo infatigable, la audacia de una fantasía que no titubea en introducir elementos mágicos en un relato de solidez muy realista. Con alegre soltura, su estilo sortea los dos escollos amenazantes que hubieran podido limitarlo: la chatura trivial del costumbrismo, la crispada altisonancia del relato histórico, concentrado exclusivamente en la descripción de hazañas o hecatombes. Si su interpretación del mal y de la historia es en cierto modo negativa y fatalista, nadie podrá negarle su respeto por el misterio, la gracia, el afán de libertad que animan a sus memorables figuras. El delicioso, casi perverso humor con que están narradas las escenas de la plaza y del hotel, la insuperable secuencia en que la vieja Dorotea humilla al enviado de Rosas, encargado de registrar su casa en busca del cadáver del sacristán, regalándole un ridículo ramo de flores, la alucinante sucesión de imágenes del baile suspendido: estos pasajes por sí solos legitimarían la validez de un escritor. Pero la novela de Elena Garro no es una serie de felices hallazgos fragmentarios, más o menos elaborados; toda ella está sostenida por una imagi-

nación que ignora el desfallecimiento, porque está realmente enamorada del objeto que recrea. Una ironía sin sarcasmo, una ternura sin sentimentalismo, una lucidez sin mella la respaldan.

Que una mujer haya dado así voz de intimidad a la historia, limpiándola de resentimiento, sin despojarla de su gravedad y su miseria, con una capacidad de visión y de poesía tan auténtica: he aquí un raro acontecimiento que las letras hispanoamericanas pueden celebrar sin reservas. Que una editorial argentina, por desidia o falta de criterio, haya perdido la inmejorable oportunidad de publicar por primera vez este libro excelente, mientras tanta crónica olvidable circula con la opaca aprobación de público y jurados, es signo claro y lamentable de la miopía cultural en que vivimos.

Ivonne Bordelois

LA TIERRA DE LOS ANTEPASADOS*

La autora de estas narraciones se adelanta a declararnos que el "principal personaje" es la tierra de sus antepasados. Un campo, una casa en los que se ha criado y que desde las primeras páginas aparece contado con mano segura de sí: del amor que le dicta el asunto, tanto como de las palabras en que lo enhebra. Para tratar los temas que Alicia Jurado encara bajo el título y el signo de un verso admirable hace falta conocer nuestro campo con la fuerza de una vocación, en el sentido lato que admite el término cuando lo entendemos como una intencionalidad predeterminada no distinta de la pasión. Era fatal que la autora escribiera estos relatos y, conocidos los antecedentes de su prosa, que lo hiciera con felicidad. Felicidad en el doble sentido de la técnica y en el más humano de un sentimiento que logra trasmitir, pues en todo momento, y por encima del humor o de la tragedia, nuestra pampa se alza en el encanto de su belleza señera, fraguada en la calma, el silencio, el infinito: "...leguas de polvo y sueño...", para decirlo de una vez, y mejor.

Alicia Jurado llama "relatos" a las historias que componen el presente libro, y lo hace con acierto. Es evidente que con ellas no se ha propuesto tentar el género. De haber tenido tal intención no habría recogido estas memorias, entre sucedidas y fantásticas, con la espontaneidad que las asiste. Algo más importante que el *género*: la necesidad de recoger el hilo de una tradición y de una experiencia llevados en la sangre es, quizá, el impulso que la condujo a perpetuarse en ellas y, esta vez sin quererlo, a ofrecernos una prosa límpida, directa, plena de frescura. A través de diversos episodios, Alicia Jurado se limita a referirnos esta o aquella anécdota. Propósito bien modesto, aunque no fácil. Para ella es preciso el don de narrar y la autora lo posee en alto grado, hasta el punto de

* Alicia Jurado: *Leguas de polvo y sueño*. Losada, Buenos Aires, 1965.

situarse en la mejor tradición vernácula. Hay en su prosa elegancia, sentido del humor y esa "energía" que, tanto como la independencia del criterio, Poe asignaba al talento creador. Hay algo más, a propósito de las cualidades morales que integran la actividad estética: me refiero a la simpatía y compasión por el semejante, gracias a las cuales el personaje y la vicisitud se nos dan, además, en términos de una piedad que, por compartida, hermana al lector con el narrador en un solo afecto cuyo centro es, justamente, el protagonista. Conseguir esta comunión no es poco, y tal vez aquí resida el mayor mérito del libro.

En cuanto a los relatos considerados en sí mismos, es difícil establecer diversidades de calidad que no se confundan, en definitiva, con preferencias personales. Creo, sin embargo, que la *Historia de la chinita Teresa*, *El regreso*, *La domadora* y *Adiós, a dos voces* señalan los mejores aciertos, en la medida en que la destreza psicológica se une a la descripción de una *situación*, en el orden existencial del vocablo. La esperanza frustrada, en el primero, el drama amoroso, en el segundo, el abandono de la criatura humana, en el tercero, el conmovedor adiós a la tierra, en el cuarto, conciertan planos de una ejemplar maestría y exhiben el derecho indiscutible de *quedar*. En todos, la autora maneja el diálogo con soltura, si bien su fuerte está en una narración directa que sólo declina cuando, como en *El malón*, aquel diálogo ocupa innecesariamente su lugar. Pecado menor, es verdad, ante un oficio que, dentro del escenario que nos propone el conjunto, cede el paso a la bondad innegable del libro.

M. A. L.

LEONARDO, CREADOR DE UNIVERSOS *

Ciertas empresas del espíritu tienden a desalentar, por su desmesurada envergadura, al más temerario. Volver a la figura tan estudiada de Leonardo da Vinci puede ser sólo consecuencia de una de dos contrarias actitudes: desconocimiento de las exigencias del esfuerzo o conciencia plena de los límites humanos. Si en el primer caso la temeridad llevará sin duda a un revés, el segundo simboliza uno de los más nobles impulsos del hombre: persistencia en la indagación de lo inaccesible.

Este segundo criterio, la insistencia, quizá sea el más indicado frente a Leonardo, aunque éste haya rehusado, según Marcel Brion, "Las tentaciones de la inteligencia y del sentimiento". Pero el mismo autor agrega: "es el tipo mismo del ingeniero, del naturalista, y si parece afirmar, como el sabio materialista que no ha encontrado el alma en la punta de su escalpelo —para concluir en consecuencia que el alma no existe...— es sin embargo ese descubrimiento y ese conocimiento del alma lo que persigue, pues sabe bien que ahí está el

* MARCEL BRION: *Leonardo da Vinci*. Traducción de Enrique Molina (Fabril Editora, Buenos Aires, 1964).

acento de todo, el punto de irradiación circular, el foco donde los rayos luminosos convergen y desde donde divergen".

Tal el presupuesto de esta obra sobre Leonardo. Incluido en la biblioteca de "Genios y Realidades", el libro podría definirse, empleando un neologismo cinematográfico, como *coproducción*; en primer lugar porque, traducido al castellano del original editado en París por *Librairie Hachette et Société d'Études et de Publications Économiques,* y compuesto en Argentina, la impresión del texto y de los numerosos grabados —en negro y en colores— como la lujosa encuadernación, fueron ejecutados en Francia. Ha de añadirse que la redacción fue trabajo de equipo: Marcel Brion, Jean Cocteau, Fred Bérence, Emmanuel Berl, Danielle Hunebelle, André Labarthe, Robert Lebel, Jean Lucas-Dubreton y Jean Jacques Salomon. Un segundo grupo se encargó de la ilustración y el diagramado.

Si en algún caso se justifica semejante procedimiento para la preparación de un libro, no hay duda que será éste: la aproximación a Leonardo, ante quien toda unión de fuerzas resulta siempre endeble. La variedad casi inverosímil de materias que el florentino conoció, torna difícil no sólo la repetición de pareja personalidad, sino también la aparición de alguien capaz de estudiarlo íntegramente. Evidénciase entonces el acierto del criterio adoptado, garantía de máxima responsabilidad en el enfoque del genio: "Leonardo es inasible y para aferrarlo es preciso reunirlo y captarlo por todos lados. De este hombre que tanto ha escrito y sobre el cual se ha escrito tanto, de este hombre universal, único en su universalidad y en su necesidad de unidad, estamos muy lejos de saberlo todo."

Para iluminar facetas y aristas de Vinci, el escritor y penetrante crítico de arte Marcel Brion, quien se encargó del capítulo introductorio y de la dirección de la obra, seleccionó ocho especialistas, sin más rasgo común que la eminente capacidad, para la redacción de las siete restantes monografías. Una "Secuencia ilustrada" hilvana gráficamente los ocho trabajos autónomos y los integra en armonioso conjunto.

Marcel Erion logra conferir nuevo relieve y dilatar el asombro que despierta la multiplicidad de este ingenio portentoso que abarca desde las intuiciones medievales, alquimia, astrología, hasta ciertas visiones claras del futuro, como la aviación; desde las artes de antiguo conocidas: música, escultura, arquitectura, pintura, hasta las ciencias: anatomía, ingeniería, geología, esbozos apenas en aquel momento. Mas no sólo señala su increíble aptitud para encararse con cualquier conocimiento, sino también su poco común belleza física, su extraordinaria fortaleza, su mundana desenvoltura. El hombre perfecto y, tal vez por eso mismo, torturándose con la búsqueda esencial de todos los hombres: la perfección. Un absoluto que se le escurrió siempre.

"Con un genio sin igual se lanzó por caminos que nunca abrió a nadie y recorrió solitario." Las distintas formas que asumió esa soledad se estudian en los sucesivos títulos del libro. El primero de ellos *"Los claroscuros de una vida genial y solitaria"* de Danielle Hunebelle analiza la única sombra, por así decir, de esta existencia prodigiosa, para establecer como conclusión que

nada hay de absolutamente seguro sobre ella: "el tan mentado asunto Saltarelli poco prueba. La calumnia es fácil cuando basta con deslizar una denuncia en un buzón. La acusación de sodomía es frecuente en la época. En el caso de Vinci es mucho más difícil ser afirmativo pues raramente un personaje se ha propuesto con más ahínco que él, velar su intimidad."

A pesar de que en tantas dimensiones Leonardo rebasa los moldes de su tiempo, Fred Bérence sitúa al pintor en el momento en el que le tocó vivir y aporta, sin duda, en este aspecto primordial para la comprensión de la imagen leonardiana, el más ameno capítulo: *"El genio surge entre los frescos del Siglo de Oro"*. Aprovecha hábilmente la riqueza maravillosa del Renacimiento, de Toscana, de figuras como Lorenzo el Magnífico, César Borgia, León X, Maquiavelo, Savonarola, Miguel Ángel, Rafael...

"Atribuir al pensamiento de Leonardo un carácter esotérico, buscando ávidamente las significaciones simbólicas de sus cuadros es, en verdad, querer comprenderlos —dice el gran ensayista y novelista Emmanuel Berl en su enfoque *"El secreto del filósofo"*— porque ningún artista ha optado más resueltamente que él por el simbolismo."

Para Labarthe y Salomon, coautores de *"El sabio: ¿visionario u hombre de ciencia?"*, los estudios de Leonardo en el campo científico y técnico no son un anticipo "sino una visión de poeta". No obstante el tesoro inagotable de sabiduría que significan sus cuadernos, en los que no hay materia que no haya tratado, su obra no tendrá "ninguna influencia" pues permanece ignorada, en su mayor parte, hasta el siglo XIX. "Un sabio es un precursor, no solamente cuando se adelanta por intuiciones geniales, sino también cuando explica y justifica sus ideas, inaugurando una tradición a la cual podrán referirse sus sucesores. Leonardo es menos sabio e ingeniero que *visionario.*"

La existencia entera de *"Leonardo da Vinci, creador de universos"* no constituyó otra cosa que "una larga preparación para la pintura, que era a sus ojos el arte supremo". Robert Lebel integra así, dentro de la historia del arte a quien todo lo practicó como mero aprendizaje para la pintura, revelando preferencia hacia los materiales delicados y "una especie de rechazo ante la perennidad del bronce, el mármol o la piedra".

Jean Lucas-Dubreton logra, en el penúltimo ensayo, comunicar al lector su entusiasmo por la imagen del genio. Descúbrese de ese modo en Leonardo, no sólo *"El organizador de fiestas y serenatas"*, el *metteur en scène* de las diversiones de Ludovico el Moro e Isabel de Aragón, sino el "ser aparte, fuera de la norma, fuera de la ley: un *outlaw* del arte. Modelo ideal de los espíritus del Renacimiento".

Se reservó a Jean Cocteau el cierre del libro: dos páginas en las que la fantasía lírica de *l'enfant terrible* juega alrededor de la sonrisa y del misterio de La Gioconda. Suerte de poema por el cual culmina esta obra, aproximación de escogidos intelectos del siglo XX sobre el ingenio, aún no superado, del Humanismo.

Fernando Elenberg

NOTICIAS SOBRE LOS COLABORADORES

VICTORIA OCAMPO ha recibido en los últimos tiempos tres importantes distinciones. Una nacional: el Premio Vaccaro —con que se premia la labor de un intelectual "cuya obra sea honrosa para el país o reporte un beneficio para la humanidad"—, que se otorga por primera vez a una mujer. El Gobierno inglés la designó Comandante de la Orden del Imperio Británico por su obra de difusión de la literatura inglesa y más recientemente la Academia Francesa le otorgó —por unanimidad— la medalla de oro del Rayonnement Français como reconocimiento a su labor en pro de la cultura francesa; BERNARDO CANAL-FEIJÓO es uno de los escritores más preocupados por indagar la realidad argentina e hispanoamericana, tarea para la cual se ha valido no sólo del ensayo sino también del teatro: *Los casos de Juan, Pasión y muerte de Silverio Leguizamón, Tungasuka,* son, según declaración de su autor, "mostraciones objetivas de una concepción personal de lo americano"; ADOLFO DE OBIETA publicará próximamente un libro de ensayos titulado *Experiencias con el tiempo en el arte contemporáneo*; EUGENIO PUCCIARELLI, nació en La Plata. Actualmente es profesor titular de Gnoseología y Metafísica en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Entre sus trabajos podemos mencionar: *La vida intelectual, La actitud científica en Filosofía, La crisis de la evidencia, El tiempo en la filosofía actual*; ENRIQUE ANDERSON IMBERT ha sido designado recientemente profesor de literatura hispanoamericana en la universidad de Harvard; JAIME REST —nacido en Buenos Aires en 1927— actualmente es profesor titular de Literaturas Europea y Contemporánea en la Universidad Nacional del Sur, donde es subdirector del Instituto de Humanidades. Aunque es especialista en literatura inglesa, también ha escrito ensayos sobre temas argentinos, entre ellos *Cuatro hipótesis de la Argentina* — en que se ocupa del *Facundo* de Sarmiento, de *Historia de una pasión argentina* de Mallea, de *Radiografía de la pampa* de Martínez Estrada y de *El desarraigo argentino* de Julio Mafud; RAÚL VERA OCAMPO nació en La Rioja, en 1935. Ha publicado una novela —Sísifo— y tiene en preparación un libro de ensayos en el que se incluirá el trabajo publicado en este número.

BIBLIOTECA NACIONAL
BUENOS AIRES

ÍNDICE

Pág.

Cortina de alas, por Victoria Ocampo 1

Carta a Victoria Ocampo, por Ezequiel Martínez Estrada 3

Dos capítulos inéditos sobre Martí, por E. M. E. 8

Los enfermos de patria, por Bernardo Canal-Feijóo 20

Ser, No Ser y Deber Ser de la Argentina, por Adolfo de Obieta 26

La imagen de la Argentina en la obra de Martínez Estrada, por Eugenio Pucciarelli 34

Martínez Estrada en 1926, por Enrique Anderson Imbert 49

Martínez Estrada cuentista, por Mario A. Lancelotti 55

El "Sarmiento" de Martínez Estrada: Un ensayo de autobiografía, por Raúl Vera Ocampo 60

Evocación de Martínez Estrada, por Jaime Rest 69

Bibliografía, por Aldo Prior 73

CRÓNICAS

Recuerdos sobre recuerdos (Al margen de "Mundo, Mi Casa"), por V. O. .. 79

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Eduardo González Lanuza: *Los hijos de Sánchez,* de Oscar Lewis 86

María Elena Lasala: *Temas de mística y religión,* de Vicente Fatone 90

Ivonne Bordelois: *El deseo y la memoria,* de Elena Garro 92

M. A. L.: *Leguas de polvo y sueño,* de Alicia Jurado 95

Fernando Elenberg: *Leonardo da Vinci,* de Marcel Brion 96

NOTICIAS SOBRE LOS COLABORADORES 99

Este número 295 de
S U R terminóse
de imprimir el día
30 de agosto de
mil novecientos sesenta y
cinco, en la Imprenta
López, Perú 666,
Buenos Aires,
República
Argentina.

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos o traducidos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial y sin mencionar su procedencia.

La Redacción de la revista recibe los miércoles y viernes de 16 a 18 horas.

La revista no se responsabiliza por las colaboraciones que se le envíen, ni mantiene correspondencia sobre ellas.

Los autores a quienes no se les avise en un período de cuatro meses que sus trabajos han sido aceptados pueden pasar a retirarlos en la Redacción, calle Viamonte 494, 8º, de 16 a 18.30, donde quedan a su disposición durante un año. Posteriormente serán destruidos.

Los trabajos acompañados de un sobre franqueado serán remitidos a los autores.

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 246.807
Título de marca Nº 229.356

GALERÍAS DE ARTE



GALERÍA BONINO

Exposición

Eduardo A. Mac - Entyre

pinturas

Maipú 962, Buenos Aires

Barata Ribeiro 578, Río de Janeiro

7 West 57th St., New York

GALERÍA

"EL TALLER"

Exposición permanente de pintura ingenua

Lunes a sábados de 18 a 21 hs.

25 DE MAYO 758, 1º B

RIOBOÓ - NUEVA

GALERIA DE ARTE

FLORIDA 948

Teléfono 32 - 2544

GALERÍA VAN RIEL

FLORIDA 659

T. E. 31 - 0225

BUENOS AIRES

LA RUCHE

GALERIA DE ARTE

MAIPÚ 456 – 1 P. 31 – 1306

BUENOS AIRES

GALERIA GUERNICA

PINTURA NACIONAL Y EXTRANJERA

ARTE POPULAR AMERICANO



FLORIDA 947

LIBRERÍAS RECOMENDADAS

LIBRERÍA SANTA FE

Av. SANTA FE 2427 - 82-9442

Libros
Livres
Books

LA LIBRERÍA DE
UNA GRAN CIUDAD

ATLÁNTIDA

FLORIDA 643

SIEMPRE CON LAS ÚLTIMAS
NOVEDADES

Librería HUEMUL

textos primarios
secundarios y
universitarios

Solicite nuestros catálogos
SANTA FE 2237 - 83-1666
Buenos Aires

NOVEDADES LITERARIAS
NOUVEAUTÉS FRANCAISES
LIBROS DE ARTE
SUSCRIPCIONES
REVISTAS EXTRANJERAS
ENCUADERNACIONES
ARTICULOS DE PAPELERIA

LIBRERIA
"SARMIENTO"
LIBERTAD 1214-20
T. E. 41-4792-9500

Libros de Arte
Suscripciones
Diapositivas
Encuadernación

de las artes
librería - galería



Av. Córdoba 943 32-6399



LIBRERÍA EDITORIAL
JORGE ALVAREZ

SOCIOLOGIA - ECONOMIA
POLITICA - DERECHO - OBRAS
NACIONALES Y EXTRANJERAS

TALCAHUANO 485 - T. E. 35-6875


SABANAS
Grafa
La marca está en el ourlo



olivetti

La planta industrial que produce en el país las máquinas Olivetti constituye un importante aporte al desarrollo fabril argentino.
OLIVETTI ARGENTINA, **la mayor industria latinoamericana de máquinas para oficina,** ya produce, vende y exporta las dos nuevas sumadoras del último modelo, SUMMA PRIMA 20 y QUANTA, mientras continúa la fabricación de la afamada máquina de escribir LEXICON 80 y de la mundialmente difundida calculadora eléctrica DIVISUMMA 14.
Además de su producción, Olivetti Argentina vende calculadoras super automáticas, contables electromecánicas, facturadoras electrónicas, máquinas de mecanización integral, importados de Italia, con los cuales OLIVETTI cumple con la función de brindar el instrumental de cultura y cálculo, destinado a satisfacer las crecientes necesidades de nuestro mercado.

H0008092

PRECIO: $

S1CJ.15.1.2